

Concurso de narrativa breve IGN 2023

Ignacio Fernández Pérez
Sergio García Moñibas
Jorge J. Codina
Luis María Oncala Sibajas
Cristina Cifuentes Bayo
Fernando Gómez Hernández
Ramón J. Soria Breña
Guillermo Rubio Arias-Paz
Victoria Rodríguez García
Francesc J. Barrio
Carmen Ordóñez Fernández



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Concurso
de narrativa
breve IGN
2023

Concurso de narrativa breve IGN 2023.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Editado en julio de 2023

Publica:

© de esta edición O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2023.

Autoría:

Ignacio Fernández Pérez, Sergio García Moñibas, Jorge J. Codina, Luis María Oncala Sibajas, Cristina Cifuentes Bayo, Fernando Gómez Hernández, Ramón J. Soria Breña, Guillermo Rubio Arias-Paz, Victoria Rodríguez García, Francesc J. Barrio, Carmen Ordóñez Fernández.

© Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2023

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)

(Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio)

Imagen de portada:

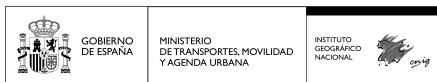
Juan de la Cosa. 1500. Carta Universal.

Original en el Museo Naval de Madrid. Reproducción facsímil en la Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional (912-361).

NIPO digital: 798-23-036-5

DOI: <https://doi.org/10.7419/162.10.2023>

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.



CNIG: Calle General Ibañez de Ibero, 3

28003 - Madrid (España)

www.ign.es / www.cnig.es

consulta@cnig.es

Índice

Prólogo

Emilio López Romero 5

El último viaje

Ignacio Fernández Pérez 9

Hacer lo correcto

Sergio García Moñibas 33

El joven Jorge Juan

Jorge J. Codina 49

El cielo neandertal

Luis María Oncala Sibajas 73

Triángulos

Cristina Cifuentes Bayo 85

Sangre en la laguna

Fernando Gómez Hernández 97

Un mapa en el aire

Ramón J. Soria Breña 109

Hasta que se mueva el eje de la Tierra

Guillermo Rubio Arias-Paz 129

Iter Auris

Victoria Rodríguez García 149

Amber, es el fin

Francesc J. Barrio 173

Azarquiel

Carmen Ordóñez Fernández 191

Prólogo

Emilio López Romero

La sexta edición del Concurso de Narrativa Breve del IGN, año 2023, ha seguido la tendencia alcista en relación con el número de relatos presentados, alcanzando la cifra de 65, lo que demuestra el creciente interés y la vigencia de este modesto certamen.

Las temáticas de los relatos presentados han sido muy diversas, todas relacionadas con las materias que el Instituto Geográfico Nacional desarrolla en el cumplimiento de sus funciones, desde la astronomía, a la topografía, pasando por la cartografía, la observación del territorio o la sismología.

El jurado compuesto por siete personas de organizaciones relacionadas profesionalmente con las disciplinas del IGN y el CNIG han llevado a cabo una meticulosa labor de evaluación de los escritos, valorando su calidad literaria, corrección y trama.

Por consenso, se decidió que el fallo del jurado fuera el siguiente:

- Ganador: «El último viaje», Portulano (pseudónimo de Ignacio Fernández Pérez).
- Accésit: «Hacer lo correcto», de Alfa Centauri (pseudónimo de Sergio García Moñibas).

«El último viaje» es un relato cautivador que narra la vida de uno de los personajes más importantes de la expedición de Colón. La trama, que se desarrolla en dos tiempos, transporta al lector a través de las aventuras y reflexiones íntimas de Juan de la Cosa, capitán de la Santa María, marino, cartógrafo y conquistador.

La prosa es ágil y directa, y mantiene el ritmo a lo largo de toda la narración, logrando una excelente combinación entre la historia y la ficción. Además, la representación del trabajo de Juan de la Cosa como cartógrafo es excepcional, permitiendo al lector entender la importancia de su actividad y la influencia de su trabajo en la exploración del Nuevo Mundo. Este relato, ganador del concurso de narrativa breve del IGN, conquista al lector con su estilo narrativo y su interesante trama histórica.

Por su parte, «Hacer lo correcto» nos presenta la emocionante historia de una joven apasionada por la astronomía, cuyo padre le inculcó la necesidad de hacer siempre lo correcto y le enseñó a amar las estrellas. El ritmo del relato es fluido y mantiene al lector interesado en el desarrollo de la carrera en astronomía de la protagonista, mostrando tanto las alegrías como las dificultades que enfrenta en su camino.

El estilo de la escritura está muy bien adaptado al tema de la astronomía, con una rica selección de términos y expresiones que se integran de manera natural en la prosa, evocando imágenes y sensaciones que complementan la trama de la historia. En resumen, este relato es una obra muy agradable que transmite la pasión por la astronomía y la importancia de seguir nuestros sueños.

Sin embargo, también se han considerado otros originales merecedores de formar parte de esta obra:

- «El joven Jorge Juan», de Jorge J. Codina
- «El cielo neandertal», de Luis María Oncala Sibajas
- «Triángulos», de Cristina Cifuentes Bayo
- «Sangre en la Laguna», de Fernando Gómez Hernández

- «Un mapa en el aire», de Ramón J. Soria Breña
- «Hasta que se mueva el eje de la tierra», de Guillermo Rubio Arias-Paz
- «Iter Auris», de Victoria Rodríguez García
- «Amber, es el fin», de Francesc J. Barrio
- «Azarquiél», de Carmen Ordóñez Fernández

Solo me queda desearos una buena lectura que os divierta, os enamore un poco más de las ciencias geográficas y que os deje con ganas de un poco más para la siguiente edición.

El último viaje

Ignacio Fernández Pérez

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2023»

El último viaje

Ignacio Fernández Pérez

Turbaco, costa de la actual Colombia. 1510.

Mira la mar. La miraba cada día y se perdía en ella como se pierde un hombre en los ojos de su enamorada. Miraba la mar desde pequeño, desde el primer momento en que se dio cuenta de aquella inmensidad de agua que se abría ante él. Se preguntaba qué habría al otro lado y no era consciente, cuando era niño, de que algún día lo descubriría, que lo descubriría el primero y que lo descubrirían otros también, gracias a él.

Mira la mar.

Mira la mar, enamorado, y se da cuenta de que siempre la ha amado y siempre la amaré.

— ¡Alarma! ¡Nos atacan!

Observa a su alrededor y los ve surgir de la selva que hay junto a la playa. No sabe cuántos son, pero les superan.

Siente un golpe. Le han herido.

Sabe que tiene poco tiempo y un pensamiento le asalta. ¿Qué se recordará de él en los siglos venideros? ¿Recordarán al marino? ¿Al cartógrafo? ¿Al conquistador? Quizás se le recuerde por todas aquellas cosas o por ninguna.

Quizás su memoria se pierda, arrastrada por las olas en aquel lugar del Nuevo Mundo.

Es entonces cuando piensa en el día en que su vida cambió.

1492.

Era entonces un comerciante con fortuna. Su nave, la Gallega, hacía continuos viajes entre El Puerto de Santa María y otros puertos de la costa atlántica.

No era desconocido en el Puerto y no era un desconocido para los pilotos de la zona.

— Os presento a don Cristóbal Colón, recién nombrado por sus majestades Almirante de la Mar Océana.

Aquél enigmático hombre habló deprisa. Los hermanos Pinzón eran garantía suficiente para él, lo mismo que sus majestades, para los que había trabajado en el pasado. Todo le parecía bien, pero la empresa era arriesgada. Quería su nao para un viaje hacia poniente. Su riqueza, su Gallega.

Y aceptó.

Aceptó porque amaba la mar. Aceptó por las garantías y aceptó porque la seguridad del discurso de aquel Colón le cautivó. Aceptó el viaje, las condiciones, viajar como maestro y hasta el cambio de nombre de su nao, Gallega, por Santa María. No iba mal alguna bendición para aquél viaje y la Pinta y la Niña no iban a ser las naves capitanas.

Pese a lo ocurrido, nunca se arrepintió.

Aquellas islas eran el paraíso. Arribaron a ellas el 12 de octubre de 1492. Todo quedó para siempre en su memoria. Recordaría eternamente los olores y los sonidos de las olas que suavemente lamían las arenas de unas playas que no habían visto nunca hombres europeos.

— Las Indias —dijo el Almirante.

Fue entonces cuando empezó a sentir la necesidad de tomar notas. Era cierto que se hallaban en una nueva tierra. Aquel no iba a ser el primer viaje y, desde entonces, no dejó de tomar distancias.

Situaban la nao a distancia de la costa y hacía sus cálculos con la brújula en la mano, cálculos que volvía a hacer cuando se habían alejado un poco más.

Navegaban a pocos nudos, controlando vela y viento, y él, con la letra que le permitía el vaivén de la cubierta del navío, marcaba en sus notas las distancias, los cabos, los golfos y bahías. Todos recibían nombre en aquel momento: santos, lugares... se sentían hombres poderosos, como Adán nombrando las criaturas del Edén.

— ¿Habéis apuntado ya? —preguntaba el Almirante. Luego movían el barco, se rehacía el cálculo y se seguía apuntado.

Tomaba las notas a su manera. A veces el Almirante le corregía o procuraba decirle cómo hacerlo, pero él se conocía bien a sí mismo. Era un buen piloto, de eso no tenía duda. Había marchado de su Santoña natal, había establecido su negocio y tenía una buena nave. Como piloto conocía su oficio y hacía tiempo que había alcanzado el grado de experto en cartas de marear. Había navegado lo suficiente para conocer la forma de crear cartas portulanas y había visto a muchos cosmógrafos trabajar, incluso al Almirante. Su experiencia como piloto era fundamental. Sabía lo que quería.

Turbaco, 1510.

Otro golpe. Queda poco tiempo.

Empieza a llover.

Los sonidos de la lucha llegan a sus oídos de forma nítida.

— ¡Reagruparos! ¡Por Santiago! ¡Reagrupaos!

Sus hombres intentan reorganizarse desde la playa. Apenas han tenido tiempo de parapetarse tras el inicio del ataque. Tres o cuatro yacen ya en la arena de la playa por intentar alcanzar los botes.

Insensatos.

No supieron ver lo que venía y él, el primero. Era su jefe y volvió a pasar. Volvió a estar más interesado en sus preocupaciones y sus cargos, volvió a fallar a sus hombres.

Los enemigos acechan y son muchos, demasiados para ellos. No cabe esperar ayuda, no llegará. Sólo hay que esperar al final. Ahora sólo le quedan los recuerdos.

Han pasado los años y recuerda un viaje y un tiempo que no volverán. Todo se torció entonces. ¿Fueron envidias? No lo sabe. Si fueron envidias, Dios nuestro Señor sabe que no las hubo por su parte y se sabe perdonado ante el juicio que le espera.

Isla La Española. Navidad de 1492.

Celebraban el nacimiento de Cristo en alguna de aquellas bahías. El mar estaba en calma y el clima era benigno. Los hombres estaban en tierra, disfrutando de una cena especial y él se encontraba de guardia en la Santa María. Caminaba por la nave, pero sus pensamientos estaban en sus notas.

Todo en su cabeza eran cálculos, distancias y dibujos de las costas que estaban bautizando. Era una obsesión. Lo único que quería era volver a sus notas y acabar su trabajo del día, aunque fuera a la titilante luz de una vela. No importaba. Quería acabar el trabajo, pero no podía.

Le tocaba guardia aquella noche de hermosa luna llena. En aquella vigilia de Navidad. Los grumetes estaban a bordo haciendo tareas de limpieza.

Las hogueras de la playa, la música y los sonidos del mar. Todo parecía ponerle nervioso. Era tiempo perdido hacer guardia en una noche apacible como aquella.

— ¡Pedro!

El grumete dejó el cabo que tenía entre manos y se dirigió hacia él.

— Pedro, necesito que te quedes un momento al mando. Vigila. La noche está tranquila y no pasará nada.

— Pero señor, yo... yo soy un simple grumete.

— Será un momento. Voy a bajar a revisar unas notas. Si pasa algo das una voz y estaré arriba enseguida.

No fue un momento y no supo nunca cuando perdió la noción del tiempo. La vela se consumía y por dos veces la tuvo que apartar cuando la cera derretida tocó el pergamino. Revisaba cálculos sin parar, las posiciones de las estrellas, cuántas millas había hasta aquel punto o aquella playa. Dibujaba también el contorno de la costa. No cabía duda de que se estaba haciendo un buen trabajo.

El golpe lo zarandeó.

Fue violento, brutal. La mesa volcó y él con ella. La vela al golpear la llama contra el suelo sumió todo en noche oscura. Recogió las cosas como pudo y, al recoger el último de los pergaminos lo notó mojado. Había agua en el barco.

Subió lo más rápido que pudo a cubierta. Estaba amanecido. ¿Cuánto tiempo había pasado? El grumete se encontraba en el suelo, con una brecha en la cabeza que sangraba sin parar. No había tiempo que perder. Se arrancó la manga de la camisa y se la puso en la herida.

— ¿Qué ha pasado? ¡Maldita sea, Pedro! ¿Qué ha pasado?

— No lo sé señor. Creo que me quedé dormido.

Miró alrededor y se dio cuenta del desastre. Habían embarrancado la nave.

Su nave. Su Gallega, su Santa María.

El sonido había despertado a los que dormían y se había escuchado desde la playa. Los botes partían ya hacia las naves. Ordenó a los grumetes bajar a las bodegas para procurar salvar el máximo de enseres posibles. Él esperaba la llegada de los botes. No iba a ser fácil de explicar que se había puesto a trabajar en horas de guardia.

Los hombres de la playa llegaron y fueron subiendo al navío, que poco a poco iba escorándose más a la derecha. Todo eran preguntas inconexas, hechas por muchos hombres. Murmuraciones de borrachos y adormilados. El Almirante se abrió paso entre los hombres, apartándolos a empujones y con cara de pocos amigos. Se abrió un pasillo y vio al final al dueño de la nave, al encargado de la guardia de aquella noche. Al culpable.

— ¿Qué narices estabais haciendo? ¿Qué tipo de maestre sois? ¡No sois capaz ni de vigilar vuestra propia nave! ¡Habéis encallado mi nave capitana! ¿No podíais estar haciendo guardia como debíais?

Los ojos de Cristóbal Colón mostraban auténtica ira. Estaban inyectados en sangre. No iba a permitirle que le tratara así y más cuando estaban en aguas desconocidas e incontroladas. Podía tener culpa, pero tenía cierto orgullo y, además, la nave era suya.

— ¡No olvide el Almirante que era mi nave! ¡Pierdo tanto o más que vos!

La nave volvió a zarandearse y varios marinos cayeron rodando por cubierta mientras el resto buscaba un cabo o cualquier saliente en la madera para sujetarse. Colón miró por la borda del buque y observó que las mareas cambiaban con mucha facilidad. Había que conocer muy bien esas aguas y quizás no fuera culpa del maestre, pero verlo allí, de pie con sus pergaminos en la mano y su mirada desafiante, le hizo acercarse.

— Sois un buen piloto y un buen marino, Juan, pero no sé si puedo fiarme de vos. Era vuestra nave, pero yo soy el Almirante por mandato real. No lo olvidéis.

Ahora colaboremos en ver qué podemos rescatar de todo esto.

Turbaco, 1510.

Siente un nuevo golpe y su mano empieza a agarrotarse.

Veneno, piensa. Esos malditos han puesto veneno. Ya lleva tres flechas clavadas en la piel y la última ha sido en la pierna. Pero el veneno actúa lentamente. No sabe cuánto tiempo tendrá hasta que deje de pensar con claridad o hasta que deje de moverse. Se revuelve con dificultad, pero consigue ocultarse detrás de una de las enormes palmeras que hay en la playa. Todo son gritos a su alrededor. Sabe que no puede escapar y mira su mano agarrotada.

Un espasmo.

Los recuerdos vuelven, nítidos de momento. Con la otra mano consigue desprender el pañuelo que lleva ceñido al brazo. Un pañuelo que evoca tiempos más felices, tiempos únicos.

Aún mantiene el olor de ella. Huele a los naranjos en los primeros días de la primavera. Huele a flor de azahar, a las barricas de vino de su bodega en El Puerto de Santa María y al salitre del agua del océano. Y a lluvia, a la lluvia que está cayendo sobre aquella playa remota.

Recuerdos tiernos. Recuerdos felices.

¡Ojalá estuviera ella allí para decirle todo lo que lo sentía! Siempre fue especial para él, pero siempre en segundo plano, lejos de su vida de alta mar. Y justo ahora, cuando todo iba a cambiar, aquellas flechas envenenadas iban a separarlos.

El Puerto de Santa María, 1500.

Sus ojos azules eran una inspiración.

Fue lo primero en que se fijó cuando la conoció. Unos ojos profundos, escrutadores, maravillosos. Eran intensos y azules, como el mar que le había visto nacer, crecer y luchar. Unos ojos que invitaban a perderse en la inmensidad de aquella mujer que le fue cautivando poco a poco con su mirada, con su sonrisa y con su conversación. Si había una mujer capaz de que olvidara momentáneamente la sensación de libertad que provocaba el viento golpeándole la cara en el castillo de popa de una nave, era ella. En definitiva, una mujer capaz de hacerle olvidar la mar.

Juana del Corral.

Los amigos hicieron bromas, y no era para menos. Juan y Juana, vaya pareja.

— Así se llaman los hijos de sus majestades Isabel y Fernando —respondió él en cierta ocasión.

— Sí, pero no van a casarse entre ellos.

Y risas y más risas.

Le dio igual, era ella y no otra. No podía haber otra, no existía esa opción.

Juana estaba siempre allí donde él iba. Si marchaba a una nueva expedición, estaba en el muelle para despedirle, si estaba en las tierras ignotas del otro lado del océano, vivía en sus pensamientos y, si volvía de aquellas tierras ignotas, estaba en el muelle esperándole, como si no se hubiera movido de allí, como si no hubiera pasado el tiempo.

Aquel día de 1500 soplabla una suave brisa y hacía apenas un mes que había regresado de la última aventura. Se levantó muy pronto, cuando aún era de noche, como cada mañana cuando estaba en su casa en El Puerto. Se vistió procurando no despertar a Juana y salió a la terraza del segundo piso.

El sol empezó a iluminar el nuevo día. Allí estaba su mar, teñido del suave color anaranjado del sol naciente.

La bahía de Cádiz se extendía ante él y el soplo del viento de poniente le traía el frescor de las aguas frías del océano. Cerró los ojos, aspiró profundo y dejó que el salitre del olor a mar le transportase a sus viajes. Intentaba encontrar en aquel viento los olores de aquellas tierras que había descubierto y de las que apenas hacía días que había regresado, pero no. Aquellos olores vivían en su mente, pero no atravesaban el océano.

— Sabía que os encontraría aquí —la figura de Juana se recortaba en la puerta de la terraza. Adormilada todavía, pero bella, radiante y hermosa. Se acercó a él, tomó su mano y la besó con esa ternura con la que solo besan los que aman—. ¿Qué os atormenta?

— Tengo un nuevo encargo.

Los ojos de ella se nublaron por el miedo a una nueva marcha. No podía evitarlo. Estaba casada con un hombre importante, influyente y valiente. Uno de esos pilotos y cartógrafos que estaba descubriendo tierras fantásticas allende los mares. Cada viaje suponía meses de soledad, de nervios, de miedos. Él regresaba siempre, pero muchos no regresaban.

— ¿De qué se trata?

— Una carta de marear.

Juana suspiró. Sabía que su marido era experto en ellas y sabía que tras cada viaje realizaba varias. Siempre regresaba con escritos, con números y apuntes sin aparente sentido que acababan convirtiéndose en maravillosos dibujos que ella apenas entendía. A él se le daban bien esas cosas y ella no comprendía las dudas que estaba mostrando su marido.

— Habéis hecho muchas en estos años desde que volvisteis por primera vez de aquellas tierras. Una más, y pagada, no será tanto problema.

— Es diferente —los ojos del marino volvieron a posarse en el horizonte, donde Cádiz se mostraba radiante al final de la bahía—. Es una carta para sus majestades.

Juana se acomodó en la barandilla junto a él. Era su forma de recordarle que estaba allí, que podía contar con ella. Quizás no sabía de cálculos, brújulas, astrolabios o cartas de marear, pero estaba allí.

— Estamos viviendo momentos de muchos cambios Juana. Los reyes quieren saber la verdad de lo que hay al otro lado del mar, de lo que estamos descubriendo. No se fían sólo del Almirante. Además, tenemos el problema de los portugueses.

— ¿Los portugueses?

— Sí. Han doblado el cabo de Buena Esperanza y llevan ya un año haciendo ruta a las Indias por el sur de África. Es un viaje largo, pero está dando sus frutos. Tienen su ruta a la especiería y ahí está lo extraño. Nuestras naves no se han cruzado todavía con las naves portuguesas.

— Pero creía que había un tratado entre Castilla y Portugal para marcar el control de los territorios. No deberíais cruzaros.

— Es cierto, pero pese a lo firmado en Tordesillas no es fácil cuando uno está al otro lado del mar. El Almirante no deja de recordar que hemos llegado a las Indias, pero mientras los navíos portugueses regresan llenos de especias, con informes claros de los puertos, de nuevos océanos y una costa africana perfectamente trazada en sus cartas, nosotros descubrimos lugares maravillosos, bahías de ensueño, islas que son el paraíso, pero no concuerdan con lo que muestran los portugueses —el marino dejó de mirar la bahía y se sentó junto a su mujer, la tomó de sus manos y decidió aliviar el peso de su conciencia en ella—. Eso es lo que me han encargado. El obispo Fonseca quiere una carta de marear, una carta grande, no como las transportables que llevamos en los navíos para asegurar la navegación, sino una carta para mostrar las distancias y las nuevas tierras a sus majestades.

— Y, ¿cuál es el problema?

El marino volvió a mirar al horizonte.

— Que dudo, Juana. Que empiezo a dudar de varias cosas —observó la cara de su esposa. Estaba claro que no le entendía—. Esperad un momento. Os lo voy a enseñar.

Entró en la casa y la dejó sola. Juana perdió sus ojos azules en las vistas a ese mar en calma que se unía a las aguas dulces del río Guadalete en aquél maravilloso Puerto de Santa María. Estaba preocupada por él, pero era una preocupación nueva. Pocas veces hablaba así, aunque si aquel nuevo empeño significaba que su marido estuviera más en casa, bienvenido era.

Regresó portando una arqueta con todos sus enseres de mar. Sus apuntes de los últimos viajes y algunas de las cartas de marear que había ido recibiendo de otros pilotos.

— ¿Recordáis mi último viaje? —preguntó directamente mientras esparcía todo sobre el suelo de la terraza. Ella asintió—. Alonso de Ojeda y yo lo hicimos a petición del obispo Fonseca para intentar descubrir la ruta que nos dijeron había seguido el Almirante. Está visto que no se fían de él, pero también teníamos que descubrir dónde narices están los portugueses. El viaje nos mostró nuevas tierras que no parecían islas, ya que avistamos varias millas de costa seguida, donde ya estuvieron antes Costa y Niño. No hicimos riquezas, pero sí pude ver con mis ojos y tomar cálculos de las nuevas tierras. Juana, aquello no parece el mismo sitio del que hablan los marinos portugueses.

— ¿Cómo lo sabéis?

— Las noticias corren y más en esta zona. Navíos que vienen de Portugal traen noticias, también nuestros espías en la corte portuguesa —al oírlo, Juana se estremeció. Sabía que antes de asentarse en El Puerto, antes de conocerla, su marido había espiado también a los portugueses en su corte. Sabía que aquello era peligroso—. Ellos hablan de las islas de la especiería, pero nosotros estamos encontrando tierra firme. Y hay más.

— ¿A qué os referís?

— ¿Verdad que os hablé del juramento en la tierra de Cuba?

Ella asintió.

Recordó lo que le explicó su marido. Fue el 12 de junio de 1494 cuando Colón ordenó al escribano Pérez de Luna redactar un documento en el que toda la tripulación atestiguaba que estaban en la tierra firme de la India. Una península. Todos firmaron, también su marido. Y recordó aún más, que aquella firma era vinculante. No podían cambiar de opinión so pena de perder la lengua y una multa de diez mil maravedís. El Almirante era un hombre obsesionado con la tierra firme de las Indias.

— Estoy convencido de que aquello no es tierra firme. Es una isla.

— Pero jurasteis que...

— ¡No juré! Me obligaron a jurar, que es diferente. Pero no podemos faltar a la verdad, y menos ahora. Fonseca quiere una carta de marear que explique la realidad y sus majestades necesitan saber la realidad. La verdad es la verdad, aunque al Almirante no le guste.

— Y, ¿cuál es la verdad? ¿Cómo sabéis que es una isla? Os pueden juzgar y cortaros la lengua.

— Cuando regresamos de este último viaje tuvimos que poner rumbo a La Española para cargar mercancías y que el viaje no fuese una ruina. Alonso decidió regresar a Castilla por el norte siguiendo los vientos y bordeamos las costas de Cuba y mantuvimos rumbo norte. La costa de Cuba toma un giro extraño y parece haber un estrecho. Las corrientes demuestran que lo que nos decían los nativos era cierto. Cuba tiene que ser una isla. Si hago esa carta de marear para Fonseca y los reyes, tengo que afrontar la verdad y enfrentarme al Almirante. Aquello no es tierra firme, estoy seguro, y también de que los portugueses no están allí. Hay muchas cosas que no cuadran, Juana, los cálculos no mienten, pero me juego mucho —la miró directamente, entró en la profundidad de sus ojos, de aquellos ojos azules de mar—. Los dos nos jugamos mucho.

La respiración de Juana se entrecortaba. No podía mostrar miedo. Él estaba abriendo su corazón, sus preocupaciones y aquella lucha por la verdad hacía que se enorgulleciera aún más de su marido, pero la empresa era arriesgada.

Había gente muy poderosa por medio. El altivo Almirante, Cristóbal Colón, que había ensanchado las fronteras de Castilla allende los mares y el obispo Fonseca, que buscaba que el dominio de los reyes sobre aquellas tierras se afianzara, a la vez que su orgullo y poder personal. Y, en medio de aquella lucha, ella y su marido. Su hacienda, su tranquilidad. Su vida.

— ¿Qué pensáis hacer?

Turbaco, 1510.

Los zumbidos de las flechas se escuchan cada vez más cerca, potenciados por la lluvia que no cesa.

Desde donde está no puede hacer conjeturas. La palmera le oculta, pero sabe que será por poco tiempo. Un reguero de sangre les conducirá irremediablemente hasta él. Su cuerpo va perdiendo vida por momentos. Su sangre se une a la lluvia que no cesa. Una, dos y tres. Tres flechas cuenta en su cuerpo mientras el veneno de sus puntas sigue afectándole. La mano está cada vez más agarrotada y empieza a notar las piernas dormidas.

— ¡Protegeos como podáis! ¡Ocultaos tras las piedras o los árboles!

«Es inútil» quiere gritar, pero la voz no le sale. Les han cogido desprevenidos, sin preparar ningún tipo de defensa. Se creyeron invulnerables y ahora sufren las consecuencias. Todo está perdido.

Mira a izquierda y derecha. Entre el fragor de la batalla, los gritos, los golpes y el sonido de la lluvia apenas puede pensar con claridad. Busca un nuevo escondite, algo que le permita burlar a la muerte unos instantes más.

Su mirada se topa con una arqueta tirada en la arena de la playa y la reconoce.

Es su arqueta. En ella va una parte de él: mapas de marear, cálculos, astrolabio, brújula... todo. Ojalá pudiera llegar hasta ella, proteger su legado. Hay poca distancia, unos veinte pasos, calcula con esa vista de marinero que le permitió cartografiar tantas costas. Piensa en ir hasta ella, aunque con las piernas dormidas será complicado.

Una flecha zumba junto a él y se clava en la arqueta con un golpe seco. La sigue una segunda que cae en la arena. Esas dos flechas le devuelven a la realidad. Es imposible acercarse hasta allí y total, ¿para qué iba a hacerlo? Rescatarla no servirá de nada. Los nativos son superiores.

No va a quedar nadie vivo.

Un espasmo en su mano derecha le sorprende. Observa su mano y se da cuenta de que no la puede controlar. Su mano, con la que tantas veces firmó documentos, con la que dibujó sus cartas y con la que escribió sus cálculos. La mano con la que pasaba aquel mechón rebelde de Juana por detrás de la oreja. Su mano empieza a no responderle.

Pierde su mano y recuerda su obra. Aquella que tanto orgullo le produjo hacer, aquella que a ella tanto le gustaba contemplar.

El Puerto de Santa María, 1500.

Todas sus demandas fueron aceptadas.

Llegaron cajas y más cajas que quedaron custodiadas en el castillo de san Marcos, de donde él entraba y salía sin ninguna oposición. Pasó horas consultando informes, cruzando datos y calculando y recalculando distancias. Todo aquello era absolutamente necesario antes de empezar el trabajo.

El obispo Fonseca fue muy comprensivo y entendió lo que el marino le pedía. Si quería un buen trabajo debía darle toda la información y esta debía es-

tar actualizada. Los viajes allende el océano eran constantes ya desde el sur de la península. Ya no era sólo Colón quien viajaba. Los hermanos Pinzón, Alonso de Ojeda... varios marinos excelentes habían puesto proa a aquellas nuevas tierras y todos estaban trazando cartas de marear. También los portugueses.

Desde que Vasco da Gama había bordeado África, los portulanos portugueses no paraban de cambiar y las costas africanas quedaban cada vez más definidas y las informaciones que empezaban a llegar de la India y la especiería eran cada vez más claras. También estaban los viajes que habían empezado los ingleses con pilotos como Caboto, descubriendo territorios al norte de Cuba y La Española.

Si quería una buena carta necesitaba copias de todo y saberlo todo. Aquello era una auténtica carrera y sus majestades Isabel y Fernando debían estar bien aconsejados y tener toda la información.

Toda.

Los miedos del principio se fueron disipando. El obispo Fonseca, conocedor del documento firmado en Cuba, le prometió que no sufriría daño alguno si realmente mostraba que aquel territorio era una isla, pero la duda seguía allí.

Preparó todo con esmero y muy pocos conocían el objeto de su trabajo. Escogió personalmente varias vitelas de pergamino sabiendo que una carta así debía ser más grande de lo común. Las estudió con calma y acabó desechando varias hasta quedarse con dos. Junto con Juana prepararon aquellas pieles y las unieron en una única superficie que ocupaba más que un hombre. Hizo preparar una mesa especial a los carpinteros del puerto y empezó a trabajar cuando llegó el verano.

Cada día el mismo procedimiento.

Se levantaba temprano y veía el amanecer desde las torres del castillo. Cuando ya había suficiente luz estudiaba los cálculos y trazaba bocetos, que por la tarde fijaría en aquella carta de marear. Poco a poco las costas, tan fijas en su cabeza, iban traducéndose en líneas con nombres para cada puerto, cabo y bahía. El mundo empezaba a emerger en aquellos pergaminos unidos y el marino, el cartógrafo, observaba con emoción el fruto de su trabajo.

Aquel día soplaban viento de levante.

En El Puerto de Santa María todo el mundo sabía que, en verano, cuando soplaban Levante, la vida se volvía insoportable. El calor de África y la humedad del Mediterráneo provocaban un tiempo cálido, asfixiante y agotador. Las gentes, siempre simpáticas y alegres en aquella zona del mundo, se volvían algo irascibles y menos amistosas. Eran efectos de un viento que los marinos conocían bien, pues también podían provocar problemas con su fuerza arrolladora.

Aquel día el sudor perlaba la frente del cartógrafo y las gotas caían sobre sus ojos tras traspasar aquellas fronteras de pelo que eran sus cejas.

Así era imposible trabajar.

Se levantó antes que una gota de sudor cayera sobre la pintura verde recién esparcida y le acabara estropeando el trabajo. Se pasó la palma de la mano por la frente y se acercó a la ventana mientras tomaba un vaso de agua.

Juana le miraba. A contraluz, en la ventana, no era más que una figura ennegrecida ante la luz del día. A ella le gustaba verlo trabajar y aquel encargo le parecía un sueño porque podía tenerle más tiempo en casa, lejos de las aventuras marítimas que ella, en silencio, tanto aborrecía.

— Este calor es insoportable —dijo él.

En aquellos días de Levante echaba de menos el frescor de la brisa del océano golpeándole en la cara. No era capaz de aguantar más. Necesitaba de nuevo viajar, sentir bajo sus pies el crujir de las maderas de un navío rumbo a lo desconocido. Necesitaba volver a sentirse vivo.

— ¿Habéis avanzado mucho?

— Creo que voy a buen ritmo.

Juana se acercó a aquella mesa que ocupaba gran parte de la estancia. El olor de la vitela era inconfundible. Las líneas se dibujaban de forma particular

con ciertas letras y palabras. El cartógrafo se situó detrás de ella y estampó un beso en su cuello.

— ¿Cómo sois capaz? Quiero decir, ¿cómo lo hacéis? —él la miró extrañado—. Siempre observo vuestro trabajo. Os veo ir y venir con miles de notas y apuntes, os veo con esos instrumentos de un lado para otro y luego, con esas maravillosas manos que Dios os ha dado comenzáis a trazar estas líneas que sólo los marinos parecéis comprender. ¿Cómo lo hacéis?

— Hace mucho calor para seguir trabajando ahora. Así que sentaos, que os lo voy a explicar.

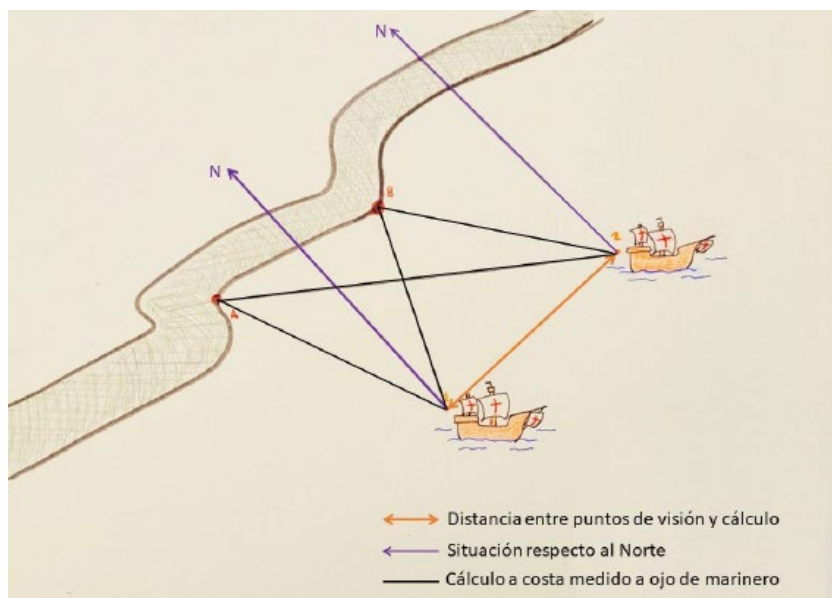
Juana se sentó mientras su marido empezó a coger una vieja red de pesca y la estiró por el suelo de la estancia creando diversos dobleces, imitando con ella algunas de las costas dibujadas en su carta. Luego cogió dos pequeñas figuras de navíos, una que recuerda su amada Gallega, su Santa María, y otra que era una copia del barco de su padre, en el que aprendió a navegar. Los dejó en el suelo, a tres pies de la red, y abrió la arqueta que contenía sus instrumentos.

— Esto es un astrolabio —dijo mostrando con la mano derecha una especie de esfera metálica con varios discos y unas agujas que podían girar—. Esto otro es una brújula.

— ¿La brújula es con la que marcáis el norte? —él asintió.

— Ahora imaginad que estos dos barcos son un único barco en dos posiciones distintas. La red es la línea de la costa, donde están las playas, los acantilados y los cabos. El astrolabio nos permite conocer la hora en la que estamos gracias a la posición de las estrellas en función del Sol. Se va girando esta aguja de detrás, apuntas a la estrella que buscas y calculas los grados en el eje para luego, por el otro lado, mover estas esferas hasta que la aguja coincida con el grado. Así puedes saber en qué hora estás y cuál es tu posición respecto a la estrella en cuestión.

— ¿Pero eso de qué os sirve para la carta de marear?



— Eso sirve para saber situarse en alta mar. Las cartas de marear son caminos y puertos que te permiten saber dónde está el lugar al que quieres llegar. Para ello, una vez sabes dónde estás gracias al astrolabio, sitúas el barco a una distancia de tierra que, intentarás, siempre sea la misma. Como está el barco respecto a la red. Desde aquí y situando el norte con la brújula haces un cálculo de distancia a ojo. Hay que tener buen ojo y haber hecho muchos cálculos, si no, puede salir mal. Estas distancias las mides varias veces, desde puntos separados, calculando los ángulos con relación al norte con brújula.

Entonces vas trazando líneas así —el cartógrafo observó la brújula y marcó una N donde se situaba el norte, luego tomó un trozo de tiza y trazó unas líneas rectas, desde la red, hasta el primer barco y, desde el mismo punto de la red hasta el otro barco. Lo mismo repitió desde otro de los puntos de la red, donde esta hacía un giro, como si fuera una bahía. Parecía una X entrecruzada con una M—. Una vez está esto anotado, calculas las distancias en función de los ángulos respecto al norte y las millas hasta la costa. Tomas notas y haces un boceto.



— ¿Cómo sabéis donde va cada una en la carta?

— Observad la que estoy haciendo —se acercaron sobre la mesa observando la obra del cartógrafo—. ¿Veis estas redondas? Son rosas de los vientos. Muestran cada uno de los puntos cardinales y de cada uno salen treinta y dos líneas. También hay otros puntos de donde salen las mismas líneas. Cada uno de estos puntos marca los puntos directrices de los cálculos de esta carta. Al final, las líneas forman un entramado por toda la carta marcando direcciones. Cuesta entenderlo, pero son realmente efectivas. Es importante situar el norte, con eso y la brújula, sabes qué dirección tomar en función de cada punto.

Los ojos de Juana, aquellos ojos azules como el agua del océano se posaban en la obra de su marido. Había visto muchas cartas antes como para saber dónde se encontraba El Puerto de Santa María y, mirando hacia su izquierda, hacia donde su marido había escrito «MARE OCEANUM», vio una de esas rosas de los vientos que le decía y más allá, casi al extremo de la vitela, toda una tierra pintada en verde.

— ¿Por qué esta zona es verde?

— El verde es el color de aquellas tierras. Todo es selva, vegetación... no sabía cómo representarlo, pero así se lo diré a sus majestades. No hay todavía nombre para muchos de esos territorios y otros aún no han sido explorados. Donde no tengo información he intentado seguir la costa como creo que debe de ser. Pero no sé qué dibujos hacer en su interior.

Juana observó un dibujo en el extremo de la vitela. Un hombre transportando un niño. Un san Cristóbal.

— ¿Y este?

— Es por el Almirante. Nos guste o no, él nos llevó hasta allí la primera vez. Y quién sabe si, como san Cristóbal transportó a Jesús a través de un río, hay un paso que nos lleve hasta la zona donde están los portugueses.

— Y... ¿esta isla? — pregunta temerosa, conociendo la respuesta.

— Cuba.



Turbaco, 1510.

Los recuerdos le asaltan mientras la vida parece abandonarle.

Intenta recordar cómo entregó la carta de marear, cómo los reyes le agradecieron sus servicios. Intenta recordar cuando estuvo presente en las comisiones de los pilotos de Indias y se reunieron todos en Burgos, cómo se dieron cuenta de que aquel mundo era diferente. Intenta recordar que ha sido nombrado alguacil mayor de Urabá, que su mujer espera con sus hijas en La Española a que se asiente para que vayan con él.

Intenta recodar, pero es tarde.

Reúne las fuerzas que le quedan y consigue que sus manos venzan por un momento al veneno que ya se extiende por su cuerpo. Empieza a no ver con claridad, pero aún puede distinguir, pese a la fuerte lluvia, las aguas del océano romper contra la playa.

Aquellas aguas azules como los ojos de su mujer, de su Juana, que esperará por siempre un regreso que no ocurrirá. Aquellas aguas de la mar que le había visto nacer en Santoña, que había cruzado tantas veces, con tanta valentía, con tantas esperanzas.

Se levanta poco a poco, las piernas adormecidas, la manos ya casi agarrotadas y tres flechas en el cuerpo, pero es igual.

Mira la mar.

Mira la mar, enamorado, y sabe que siempre la amará.

Da un paso, luego otro...

Desoye las voces que le gritan que se detenga. Que vuelva atrás, pero no puede escucharlas. No escucha nada ni a nadie. Solo a la mar que le llama para que le dé un último abrazo.

Extiende sus brazos.

Recibe un nuevo flechazo, y otro, y otro.

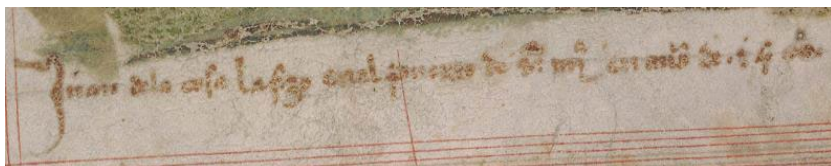
Ya no sabe cuántas flechas lleva en el cuerpo, sólo sabe que quiere seguir caminando hacia la mar.

Por un instante vuelve el recuerdo a la memoria y vuelve a reflexionar por última vez. ¿Qué se recordará de él en los siglos venideros? ¿Recordarán al marino? ¿Al cartógrafo? ¿Al conquistador? Quizás se le recuerde por todas aquellas cosas o por ninguna. Quizás su memoria se pierda arrastrada por las olas en aquel lugar del Nuevo Mundo.

Cae derrotado en la arena. A sólo unos metros de su amada. Quiere morir tocándola y extiende su mano derecha. Se arrastra por la arena húmeda del mar y de la lluvia. Se arrastra con las últimas fuerzas que le quedan mientras en su espalda siguen clavándose las flechas de los nativos.

El frescor del agua toca su mano y él sonríe. Sonríe porque su amada mar le coge de la mano. Aquella mano con la que firmó aquella carta de marear. Aquella mano que escribió las palabras por las que siempre le recordará la historia.

«Juan de la Cosa la hizo en el Puerto de S. M^a en año de 1500».



Mapa: Juan de la Cosa. 1500. Carta Universal

Original en el Museo Naval de Madrid.

Reproducción facsímil en la Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional (912-361).

Hacer lo correcto

Sergio García Moñibas

Relato ganador del del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2023»

Hacer lo correcto

Sergio García Moñibas

Relato ganador del del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2023»

I

El padre de Eloísa, Sebastián, siempre tuvo claro que el destino de su hija se encontraba fuera de este mundo. Cuando era un bebé, la pequeña era un terremoto de ojos azules; lo único capaz de calmarla era aquel solitario punto blanco que horadaba el cielo oscuro. Aprendió a recitar el nombre de las constelaciones antes que el de sus padres y hermanos, y más tarde, en el colegio, a hacer ecuaciones antes que el resto de sus compañeros de clase. El mundo era un pasatiempo y su inteligencia, el lápiz.

En casa eran tres hermanos, Marta, Samuel y ella; Eloísa era la menor y la más inquieta, la única que heredaba la ropa y los libros de texto, el olor a nuevo le era extraño, aunque no le daba mucha importancia: era la única realidad que conocía. Ninguno de sus hermanos se interesó lo más mínimo por la droguería familiar, un negocio que tenía los días contados, un establecimiento que había perdido su sitio en la era del capitalismo del aquí y el ahora. La pequeña tienda conservaba su encanto, pero ya parecía más un recuerdo en blanco y negro que un medio para ganarse la vida. Las únicas alegrías que albergaba la droguería sucedían cuando Eloísa la visitaba y recitaba casi de memoria los compuestos químicos y las fórmulas de suavizantes y detergentes. Un día descubrió algo que le sorprendió:

—Papá, ¿sabes que uno de los componentes de los jabones y los detergentes es un componente de las moléculas que constituyen las membranas celulares? ¡Es una partícula que está en el origen de la vida! ¿Crees que habrá más componentes así en otras partes del universo?

Sebastián no supo qué responder, como tantas otras veces. El mundo se le quedaba pequeño. Sebastián sentía que su hija estaba encerrada en una jaula abandonada en una habitación oscura, así que un día compró un telescopio con el fin de abrir una pequeña ventana para que entrase un poco de luz. El aparato era, al igual que mucha de su ropa y de sus libros de texto, de segunda mano; pero el vendedor, un aficionado amante de la astronomía, parecía de fiar.

Unos años después, padre e hija fueron a pasar una noche a Guadalajara para ver las estrellas. La contaminación no había tejido su tela de araña sobre el cielo de aquella parte de España en la que seguía reinando la naturaleza.

—Hija —le dijo mientras colocaba su ojo derecho en el visor—, me alegro de que seas capaz de distinguir unos puntos de otros. Algún día, esto te servirá de algo. No quiero que tengas una vida como la mía. Te mereces algo más.

—Papá, algún día haré algo grande y os compraré un coche y terminaremos de pagar la hipoteca de la casa.

—Tú céntrate en ganar lo suficiente como para tener tu propia casa y hacer crecer tu propia familia.

—¿No te gustaría que heredase la droguería?

—No. De ninguna manera. En cuanto me jubile, venderemos el local y ese dinero será para tus hermanos y para ti... o para tu madre y para mí en caso de que nuestras pensiones sean muy bajitas. No quiero que te pases la vida entre detergentes.

—Así siempre oleré bien y tendré la ropa limpita —sonrió Eloísa.

—Cuando tengas dinero, oler bien y tener la ropa limpia no serán problemas para ti. Pero ten siempre presente una cosa.

—¿El qué?

—Haz siempre lo correcto.

—¿Cómo sabré qué es lo correcto?

—Porque las estrellas te lo agradecerán.

Ambos sonrieron y continuaron disfrutando de la compañía y de la noche. Sebastián siempre andaba preocupado por el dinero; a fin de cuentas, nunca vivió holgadamente. Le preocupaba que aquella vida, un tanto miserable a su juicio, estuviese grabada a fuego en algún pliegue de su ADN y que lo fuesen a heredar sus hijos. Sebastián había tomado la costumbre de revisar la contabilidad prácticamente a diario, de manera compulsiva, con el objetivo de reducir gastos, pero cada vez había menos donde recortar. «Lo bien que me vendría ahora tener el dinero del telescopio. Mira que si se lo he comprado y a los dos días se cansa de él...», pensaba.

El reloj marcaba las nueve de la noche, se le había hecho tarde. Salió del chiscón en el que elaboraba sus cálculos y bajó el cierre de la tienda con más esfuerzo del habitual. No se encontraba muy bien, llevaba unos días como en un alambre, con una especie de agujero negro en el centro del pecho. No sé sabe a ciencia cierta qué hay más allá del horizonte de sucesos; todo lo que supera esa línea es absorbido sin piedad por una eterna y vacía oscuridad.

Hacia una oscuridad similar se dirigía Sebastián. El agujero negro de su pecho explotó y un frío inmenso se escurrió por todo su cuerpo. Se hizo el silencio, el vacío. Qué sensación tan extraña, tan placentera. Se fue sin remordimientos, sin reproches, de manera repentina. Tal vez como suceden las cosas más importantes de la vida.

II

Eloísa creció con ese vacío. «Pero ¿cómo pudo pasar? ¿Por qué no fue al médico? ¿Y si no me hubiese comprado el telescopio? ¿Hubiese aliviado su estrés?». Dudas que cubrían cientos de recuerdos amables. Su padre fue un hombre bueno y honesto; a las personas así cuesta siempre olvidarlas.

La estabilidad familiar nunca volvió a ser la misma. Las cenas se convirtieron en una constelación de silencios que gravitaban alrededor de un fantasma. Tuvieron que vender el local y sus hermanos mayores empezaron a trabajar como cajeros o reponedores en los supermercados del barrio para ayudar con los gastos de la casa y el pago de la hipoteca. Lo único que calmó aquella herida fue el paso del tiempo y la intensa estancia en la universidad. Eloísa fue el primer miembro de la familia en terminar los estudios de Bachillerato y la única de su instituto que decidió cursar la carrera de Física. Era lo que ella consideraba como lo correcto, tal y como le había aconsejado su padre.

El día de la graduación se acordó especialmente de él. Ojalá hubiese estado esos últimos años en casa, escuchando sus avances en mecánica clásica, cuántica, termodinámica o física de partículas. Seguramente habría puesto la misma cara que tantas otras veces, una mezcla entre asombro y pavor.

En los años que duró la carrera, su interés por el universo seguía dibujando una constante a la que se sumaron otras variables que cambiarían su vida. Nico, aquel chico tímido que conoció en primero, fue su gran apoyo en los momentos más complicados. Era un joven pegado a un ordenador, un verdadero genio de la informática. Fue él quien le enseñó a programar y a crear algoritmos con los que resolver problemas. Eloísa, que a menudo se sentía en deuda, organizó una excursión a Guadalajara para explorar el cielo.

—Sé que este telescopio está un poco anticuado —reconoció—, pero tiene un enorme valor sentimental para mí. Me lo regaló mi padre; hizo un gran sacrificio para que pudiese conseguir mi sueño.

—¿Cuál es tu sueño? —preguntó Nico mientras le acariciaba el pelo.

—Realmente, no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé, Nico. No sé si estoy haciendo lo correcto.

—¿A qué te refieres?

—Pues... me gusta lo que estoy estudiando. Nunca he estado tan estresada como en estos momentos de mi vida, pero lo adoro. Más adelante me gustaría estudiar un máster en Astrofísica y terminar trabajando en algún observatorio...

Eloísa dejó un silencio que rompió Nico.

—¿Sin embargo...?

—Pues que no sé si me podré ganar la vida decentemente.

—Define decentemente.

—Vivir bien, sin ataduras. Me da miedo no encontrar una salida digna; ya sabes que mi familia es más bien humilde.

—Lo conseguirás. Estoy seguro de que lo harás. Eres la persona más inteligente que conozco, ¡mira tus notas!

—Sí, lo sé, pero... a veces pienso que es mejor desarrollar una carrera en alguna de las grandes empresas de Internet y ganar mucho dinero para vivir holgadamente y sin preocupaciones. No quiero que me pase lo que a mi padre.

El universo observable de Eloísa se había expandido. Quería independizarse, ahorrar para la entrada de un piso y formar su propia familia, pero el mercado laboral no siempre premiaba la inteligencia o el talento. ¿Había que esforzarse, tener suerte o haber nacido con otro código postal?

Se sucedieron los meses, se consumieron los cuatrimestres y Eloísa y Nico llegaron al último curso de la mano; su relación, como cualquier otra, había pasado por momentos mejores y peores, pero se había fortalecido. Con alguna

que otra cana, con muchos litros de café y con infinitas horas de estudio a sus espaldas llegaron al momento de presentar los Trabajos de Fin de Grado. Eloísa se centró en el desarrollo de algoritmos para procesar y analizar grandes conjuntos de información astronómica, como datos espectroscópicos, fotométricos o de tiempo de tránsito para identificar características de interés, como exoplanetas, estrellas variables o galaxias en formación. Para llevarlo a cabo tuvo que solicitar acceso a los datos del Observatorio Astronómico Nacional y realizar numerosas visitas a aquel templo consagrado al estudio del universo.

Según los resultados arrojados por los algoritmos, Eloísa había encontrado varios candidatos a exoplanetas. Uno de ellos contaba con un tamaño y una masa intermedios entre la Tierra y Neptuno ($3,8 R_{\oplus}$ y $15 M_{\oplus}$). Orbitaba cerca de su estrella anfitriona (a 0,35 UA), una enana de tipo espectral 4 K0V, en periodos de 80 días; la temperatura de equilibrio podría rondar los 200 °C.

El TFM de Eloísa obtuvo la única Matrícula de Honor de toda su promoción, un mérito que le otorgó cierta fama y prestigio entre sus colegas de profesión y quienes habían sido sus profesores y mentores durante todos esos años. En esos momentos felices se acordaba más que nunca de su padre. Decidió hacer una visita al cementerio y regalarle unas flores.

—Papá, allá donde estés: quiero que sepas que todo esto va por ti, que tú pusiste la primera piedra.

Eloísa sentía que estaba haciendo lo correcto.

III

Eloísa y Nico se compenetraban, se entendían, se respetaban intelectualmente y se traspasaban conocimientos. Ella aprendió de él a manejar lenguajes que solo entienden las máquinas; él aprendió que en el universo no todo se podía explicar con leyes físicas y que la belleza del cosmos, así como el amor, se basaba en fuerzas imposibles de vencer.

Ambos decidieron estudiar un máster en Astrofísica y más tarde ambos consiguieron ofertas para trabajar en el Observatorio de Yebes, en Guadalajara, el lugar que tantas veces había visitado Eloísa para turbar la intimidad de

las estrellas. El observatorio se había convertido en un centro de referencia gracias a los desarrollos tecnológicos, a sus dos radiotelescopios en activo, de 40 y 13,2 m de diámetro, y a sus actividades de divulgación entre la población. Eloísa recibió una oferta para ser investigadora asociada, al fin podría colaborar en proyectos de investigación en áreas como la formación de estrellas, galaxias, agujeros negros y exoplanetas; le habían propuesto retomar su TFG y estudiar en detalle esos candidatos a exoplanetas, su composición química, la edad y la historia evolutiva de esos astros. Nico, por su parte, trabajaría como especialista en procesamiento de datos.

Nico aceptó la propuesta laboral cinco minutos después de tener el pre-contrato en la bandeja de entrada de su correo. Eloísa no contestó ese día. A la mañana siguiente recibió una llamada y dejó que saltase el buzón de voz.

—¿Por qué no les has dicho que sí? ¿A qué estás esperando?

—Nico... he recibido otra oferta de empleo.

Aquella noticia le pilló por sorpresa. Le resultaba extraño que le hubiese ocultado algo así.

—Ah, vaya, no lo sabía... dime, ¿quién ha sido?

—SpaceX.

—¿La empresa de Elon Musk? ¿Para trabajar en Estados Unidos?

—Sí, la oferta es para trabajar en Starlink; y sí, sería en Estados Unidos.

—Vaya —la sola idea de perder a Eloísa le estaba dejando casi sin hablar... ¿qué vas a hacer?

—Me incorporaría al departamento de análisis de datos para optimizar el rendimiento de la red de satélites. Ayudaré a mejorar la calidad de la señal y la conectividad para que llegue a más países y usuarios.

—No, pero, quiero decir... ¿vas a aceptarlo? ¿No va en contra de tus principios? Lo hemos hablado en más de una ocasión: los satélites de esta empresa son una enorme fuente de contaminación lumínica. Además...

—Lo sé, Nico, lo sé —le interrumpió—. Conozco de sobra las quejas de la comunidad.

—Esos satélites —continuó Nico— dejan trazas brillantes en las imágenes astronómicas y pueden causar interferencias en los radiotelescopios. Por no hablar del aumento del tráfico espacial. Eloísa, piénsatelo, por favor; esos satélites son solo un estorbo para la observación astronómica. Además, ¿qué va a ser de nosotros?

—No pienso romper contigo, Nico. Serán solamente un par de años... más o menos.

—¿Más o menos? Eloísa, dos años es mucho tiempo.

—Son tan solo dos vueltas al Sol, el paso de ocho estaciones.

—Son también recuerdos que dejaremos de tener.

—Pero haremos videollamadas todos los días y pasaremos juntos todas las vacaciones.

La tristeza que sentía Nico era inabarcable, pero si aquella era su decisión tenía que aceptarlo.

—¿Y cuándo empezarías? —preguntó, resignado.

—En dos meses.

—Y... ¿cuánto te pagan? Si se puede saber, claro.

Eloísa había impreso la oferta. Tenía subrayada la propuesta económica, completamente desorbitada. A Nico no le quedó más remedio que asentir y afrontar la nueva realidad. Dos lágrimas iniciaron ese proceso.

Se despidieron veinticinco días después en el aeropuerto. Sus hermanos, su madre y Nico, todos fueron a despedirla, todos la apoyaban. Ya no era la niña que heredaba libros y ropa, se había convertido en una estrella y pronto, si nada se torcía, se convertiría en una referencia en su campo y un ejemplo a seguir para tantas otras niñas. Eloísa iniciaba un nuevo proyecto vital, completamente sola. Una tormenta de dudas le impidió dormir durante el vuelo, pero solo una de ellas le calaba profundamente: ¿estaba realmente haciendo lo correcto?

IV

El primer año se hizo largo. Al principio fue incluso algo muy extraño. Ni Nico ni ella estaban acostumbrados a esa dependencia frenética del teléfono móvil para saber cómo le iba al otro; ninguno había experimentado esa necesidad de que llegase el fin de semana para charlar, cámara web mediante, durante largas horas y ver la misma película, la misma escena, pero con kilómetros de por medio.

La tecnología era el único puente para acortar esa distancia, también un tema de conversación recurrente que en alguna que otra ocasión bordeaba el reproche.

—Estoy empleando técnicas de interpolación para reemplazar los píxeles que se ven afectados por las trazas de vuestros satélites —comentó Nico.

—No empieces... —le rogó Eloísa.

—Sería más sencillo para nosotros, claro, si supiésemos la posición y velocidad de los satélites de antemano. Así podríamos crear un modelo de las trazas de los satélites en las imágenes y luego restárselo al modelo original. He estado analizando la base de datos que rastrea la posición de vuestros satélites en tiempo real, pero es imposible replicar nada: lanzáis nuevos satélites y cambiáis la posición y la velocidad cuando os viene en gana.

—Ya sabes que estamos haciendo continuamente pruebas. También estamos ajustando las órbitas para reducir el impacto en la observación astronómica.

—Hacéis lo que os da la gana, la verdad.

—Por favor, no empieces... ya sabes lo mal que me sienta tener este tipo de charlas.

—Vale, ya paro. Es que me gustaría tanto que estuvieses aquí...

Ambos apartaron la mirada de la webcam. Eloísa contemplaba un salón grande, decorado con sobriedad pero con gusto. Al fondo, al lado de la ventana, descansaba el telescopio que le regaló su padre...

—Pero bueno —continuó Nico—, tengo una buena noticia: voy a formar parte de un equipo internacional que va a buscar moléculas clave en el origen de la vida.

—Anda, ¡qué bien! ¡Enhorabuena!

—Gracias. El rostro de Nico no era el de alguien que acababa de dar una buena noticia. Hablaba con resignación.

—No te noto muy alegre. ¿Qué te pasa?

—Es que no creo que encontremos nada verdaderamente relevante. Quizá solo sea una pérdida de tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Mira, no quiero echar la culpa a tu empresa, pero... últimamente nos cuesta más que nunca obtener datos que sirvan para algo. Paso más tiempo limpiando y depurando datos que analizándolos y extrayendo conclusiones. Va a ser un fracaso y nos jugamos el apoyo financiero del Ministerio.

—No digas eso. Seguro que conseguís algo importante.

Eloísa entendía perfectamente las preocupaciones de Nico. Era una lucha entre el pequeño contra el más grande; ella se debía al segundo, pero sentía que, de alguna manera, quería estar con el primero. La constelación de Starlink incluía miles de satélites en órbita terrestre baja, lo que complicaba

la coordinación de sus posiciones y trayectorias e impedía dejar libres áreas de observación específicas de determinados radiotelescopios, como el de Yebes. Eloísa llevó a varias reuniones con los responsables del departamento de negocio de Starlink soluciones colaborativas para que la comunidad de astrónomos y la empresa operasen de manera efectiva y eficiente. Propuso la coordinación de horarios y frecuencias para que los radiotelescopios pudiesen planificar observaciones en momentos y bandas de frecuencia en los que se minimizase la interferencia de los satélites. También expuso la posibilidad de participar en esfuerzos de investigación y desarrollo del uso de filtros de radiofrecuencia más selectivos, el apantallamiento mejorado de los componentes electrónicos o métodos de transmisión más eficientes. Todas esas propuestas fueron ignoradas, la empresa estaba centrada en asuntos más importantes.

El equipo de Nico no avanzaba y Eloísa no conseguía dormir bien. Salía del trabajo, pedía algo para cenar, se daba una ducha y encendía su ordenador personal para hacer una serie de pruebas y simulaciones con unos algoritmos en los que estaba trabajando. Tras más de diez noches en vela consiguió algo que parecía funcionar, un sistema sigiloso, un código prácticamente imperceptible. Copió los archivos y toda la información a su memoria USB con el logo de Starlink y lo metió en su mochila. Volvió a dormir bien.

V

Dos semanas después, Nico parecía exultante.

—¡Al fin estamos obteniendo datos útiles! ¿Sabes...? No me quiero emocionar, pero parece que hemos hallado una molécula importante.

—¿Ah, sí? ¡No sabes cuánto me alegro!

Eloísa, entre tanto, se había convertido en una autómatas: recibía un comando y ella simplemente ejecutaba la orden. Sin ponerle pasión, de manera gris. Tan solo era feliz el último día de cada mes, cuando recibía la nómina. Pagaba al casero, enviaba algo a su madre y, aun así, le sobraba para ahorrar. La vida de su padre habría sido completamente diferente con unos ingresos así, pero ¿habría sido igual de atento y un buen padre? ¿Le habría dejado plena libertad para tomar sus decisiones y experimentar? Nunca lo sabría.

Pasaron los meses y el ambiente en su compañía empeoró. Las órbitas de los satélites hacían movimientos extraños y cada vez eran más los usuarios que protestaban ante los continuos fallos de conectividad y cobertura. Los planes de expansión no se activarían hasta que no se resolviesen aquellos problemas. A Eloísa, los malos resultados y las broncas dejaron de preocuparle, había construido un muro de indiferencia a su alrededor. Sus únicas alegrías se las proporcionaba Nico.

—¡Lo tenemos, Eloísa!

—¿El qué? —preguntó ella con una sonrisa.

—El visto bueno de los revisores, al fin vamos a publicar nuestro descubrimiento en la Proceedings of the National Academy of Sciences. Eloísa, hemos detectado en el espacio una molécula clave en el origen de la vida, ¡es la primera vez que se consigue algo así!

—¡Te lo mereces, mi amor!

—¡Gracias! Ojalá estuvieses aquí para celebrarlo contigo; no te imaginas lo contento que estoy. Quizá pueda tomarme unos días de vacaciones e ir contigo, ¿qué te parece?

—Creo que no es el mejor momento.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Hablamos mañana, ¿vale? Estoy un poco cansada, están siendo unos días muy complicados por aquí. Ya sabes que la cosa no va bien; ve y disfruta por mí.

Unos días después apareció publicado en PNAS el artículo del que hablaba Nico y en el que explicaba que los radiotelescopios españoles del Observatorio de Yebes y el del IRAM habían detectado por primera vez la etanolamina en el espacio interestelar. La etanolamina era uno de los componentes de los fosfolípidos, las moléculas que constituyen las membranas celulares. Aquel hallazgo ayudaría a entender cómo pudieron formarse las primeras membranas celulares.

Etanolamina.

Eloísa recordó una conversación que tuvo con su padre. Ella había leído esa palabra hace mucho tiempo, en la droguería de su padre.

Etanolamina, $\text{NH}_2\text{CH}_2\text{CH}_2\text{OH}$.

La etanolamina era uno de los componentes de jabones y detergentes, de esos botes de plástico que lo acompañaron durante toda su vida y hasta el momento de su muerte. De la pequeña tienda de barrio al espacio interestelar. Aquel descubrimiento le llenó de paz; sintió que, de alguna manera, había hecho las paces con una parte de sí que se había levantado en armas. Aunque todavía quedaba un fleco por cerrar.

A la mañana siguiente llegó la primera a la oficina con la tranquilidad y el sosiego de quien ha hecho bien las cosas y no se arrepiente de nada, de quien sabe que un punto final es el comienzo de otra historia o la continuación de una que se dejó a medias. Recogió sus cosas, desenchufó del ordenador el USB de memoria y lo guardó en su bolso para freírlo en el microondas. Comenzaron a llegar sus compañeros, pero ella ya no estaba allí, tenía la mente y el corazón a kilómetros de distancia. Presentó su dimisión en cuanto apareció su superior directo, a quien su marcha no pareció importarle demasiado. «Muchas gracias, ha sido un placer. Suerte en tu nueva etapa en España», eso, y un apretón de manos, fue todo lo que recibió una persona que casi dos años atrás lo había dejado todo por esa oportunidad.

—Por cierto —le dijo a su superior—. Ya he solucionado el problema de los movimientos extraños de los satélites. Vuelven todos a recorrer sus órbitas habituales.

—Ah, genial. ¿Cómo lo has hecho?

Eloísa se encogió de hombros.

—Siempre he tenido suerte en la vida.

Ya en casa, con la noche descansando en todos los hogares, se preparó un chocolate caliente y se sentó al lado del viejo telescopio. Las estrellas palpitaban, tal vez sonreían. Eloísa sacó su móvil del bolsillo y mandó un mensaje a Nico con algo que llevaba queriendo decirle mucho tiempo: «Estoy preparando las maletas, vuelvo a casa en breve. Por favor, habla con el director del Observatorio, quiero aceptar la propuesta que no acepté en su día. Esta vez sí, voy a hacer lo correcto».

El joven Jorge Juan

Jorge J. Codina

El joven Jorge Juan

Jorge J. Codina

I

La rata se alzó sobre sus patas traseras y mostró dos temibles dientes a través del falso catalejo, que no era más que una caña gruesa hueca. La niña, con voz firme, habló, blandiendo ahora la caña como un sable:

—¡Capitán! Ese miserable nos amenaza.

El muchacho se giró hacia su amiga y asintió con la cabeza. Estaban dispuestos a defender su nave contra el ataque de la rata corsaria.

—¡Demos su merecido a ese truhan! ¡Todo a estribor! ¡A toda vela!

Corrieron hacia el enemigo mientras gritaban con toda la fuerza de sus gargantas.

La rata escapó entre unas grietas.

Jorge Juan y Ana Penalva eran dos chiquillos de diez años que se divertían jugando en los alrededores del puerto y por la playa en la que varaban las barcas de pesca.

Jorge, delgado y de piel clara, tenía grandes ojos verdosos y un revoltoso cabello castaño. Ana, más baja y rellenita, lucía un cabello oscuro, tez morena y unos ojos negros, pero tan brillantes como brea reluciente.

Él llevaba un tricornio de fieltro azul desgastado y un chalequillo de terciopelo verde oliva sobre la camisola blanca que le daba un aire aventurero. Ana, por su parte, vestía una falda larga marrón y una blusa blanca con una chaqueta de lana sobre los hombros que la hacía adorable.

Jorge había quedado huérfano de padre cuando tenía tres años y había ido a vivir con su tío don Antonio Juan, canónigo de la colegiata de San Nicolás. Asistía al colegio de la Compañía de Jesús, pero su tío lo instruía también en gramática y matemáticas. Ella vivía acogida por las monjas que ayudaban en el cuidado de la colegiata. La habían encontrado una madrugada en el portal del convento. El canónigo le había enseñado a leer y le proporcionaba alguna lectura. «Jesuitas y capuchinas pronto acaban. En la u y el diez dicen: ¡bastante!», solía protestar don Antonio, malhumorado.

Eran buenos amigos desde muy niños y solían jugar juntos en sus ratos libres. Ese sábado, como las clases terminaban a media mañana, se dedicaban a su juego favorito: ser exploradores. Corrían y se escondían detrás de las paredes de las casas antiguas, tratando de encontrar el camino hacia la cueva del pirata.

Jorge sacó su brújula, una vieja brújula rota sin aguja ni cristal, y la sostuvo con orgullo.

—Tenemos que seguir esta dirección para llegar a la cueva del pirata —propuso, señalando hacia el oeste por azar.

Ana, con su catalejo, miró hacia el cielo.

—No veo nada —dijo, y se echaron a reír.

Juntos avanzaron hacia la colegiata de San Nicolás, mirando hacia el puerto mientras se abrían camino entre las callejuelas. Desde allí podían ver los barcos atracando o zarpando hacia el Mediterráneo, mientras que los pesca-

dores desembarcaban sus capturas del día en el muelle. Los niños se detuvieron unos instantes, fascinados por el grandioso velamen de un galeón que abandonaba la bahía, soñando con aventuras en la mar.

Al fin, llegaron a la colegiata, una imponente iglesia que destacaba en la ciudad por su esplendor. Se sentaron en las escaleras de piedra para descansar y admiraron la belleza del edificio.

—Algún día seré un gran navegante, como Elcano —dijo Jorge, mirando hacia las nubes en busca de inspiración.

Ana sonrió y asintió, imaginando que, hasta que llegase ese momento, compartiría cada aventura con su amigo, sin importar a dónde los llevara su destino.

La brisa marina soplaba con suavidad, mientras los dos niños se perdían en sus pensamientos y en los sueños de lo que podrían llegar a ser. La luz del sol reflejada en las paredes de la plazuela regalaba sus rostros con un cálido resplandor, iluminando las chispas de imaginación que brillaban en sus ojos. Cada uno de ellos sabía que la vida les depararía grandes sorpresas, y que, tal vez juntos, serían capaces de enfrentar cualquier desafío que se les presentara.

Se hizo la hora de comer. El aroma de pucheros y caldos empezó a extenderse por las callejas. Como iban manchados de arena, no quisieron atravesar la nave de la colegiata y decidieron entrar por el portón que daba directamente al claustro.

Los chicos doblaron la esquina de una callejuela estrecha, oscura y solitaria.

Aunque era mediodía, allí apenas llegaba la luz. Los muros altos de las casas cercanas lo tapaban todo, creando un ambiente lóbrego y gris que sólo el verdín sobre algunas piedras difuminaba. Vieron, en la parte más alejada del callejón, a un hombre que sujetaba a otro contra el muro de la colegiata mientras le ponía una daga en el cuello. Sobresaltados, se escondieron detrás de un barril vacío desde el que podían escuchar la conversación que tenían los dos hombres en el otro extremo.

El primero era un vendedor del puerto, rollizo y menudo, con aspecto asustado y apresurado en sus gestos, que procuraba no perder de vista la daga que le amenazaba. El otro, un hombre flaco, rudo y desagradable, vestido con buenas ropas oscuras y un sombrero de ala ancha que le cubría el rostro; no parecía un ladrón.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el comerciante con nerviosismo.

—Necesito que dibujes planos de castillo —respondió el tipo flaco con voz fría, cortante, y acento extranjero.

—¡Eso es imposible! Yo no sé nada de planos; ni sé dibujar... —mintió el comerciante, intentando alejarse.

—No hagas perder tiempo —dijo el hombre irritado, agarrándolo del brazo y empujándolo de nuevo contra el muro a su espalda—. Tienes tienda llena de retratos y paisajes. Sabrás dibujar planos de fortaleza de Santa Bárbara y defensas.

Llevas víveres allí cada día con mula. Y, además, conseguir buena bolsa de oro si hacer bien trabajo.

—Señor, de verdad, agradezco su generosidad, pero yo no necesito oro...

—Está bien. Sin oro. Tienes semana para dibujar planos. Esconderás bajo montón piedras cerca fuente ermita San Blas.

—¡Por favor, señor!

—No olvides. Siete días. Y entonces, volverás a ver hija.

—¿Qué...? —enmudeció el hombre menudo.

Jorge y Ana intercambiaron una mirada de asombro y miedo. ¿Qué iba a hacer aquel hombre extraño con los planos del castillo? ¿Y con la hija del comerciante?

Los dos niños se mantuvieron agazapados detrás del barril, tratando de no hacer ruido, mientras el tipo flaco se alejaba, dejando al tendero en el callejón oscuro, temblando de terror.

—«Gudbai» —le oyeron decir al desaparecer por el fondo del callejón con una carcajada.

—Tenemos que hacer algo —susurró Ana.

—Sí, pero ¿qué? —respondió Jorge, preocupado.

El comerciante se alejaba a toda prisa, presa del miedo y la incertidumbre.

Decidieron seguirle para averiguar más sobre la situación y, tal vez, poder ayudar de alguna manera.

Anduvieron tras él durante un rato y lo vieron entrar en su tienda. Los chicos fingieron curiosear las mercancías a la venta junto a la puerta. Le escucharon que explicaba el incidente del callejón a su esposa y, a continuación, empezó la discusión. Se echaban la culpa el uno al otro por haber mandado a la hija a hacer unos recados. Y es que, en efecto, la niña no había regresado.

—Estoy desesperado. No sé nada sobre los planos, ni mapas, ni sobre defensas militares. Yo sólo hago bocetos de rostros y de lugares por distracción, pero nada sé de artes nobles, que para eso hacen falta muchos estudios y buena sesera —se lamentaba el hombre.

—Algo habrá que hacer para salvar a nuestra hija, Toribio —dijo su esposa con voz angustiada.

Los jóvenes regresaron hacia la colegiata. Jorge se detuvo ante el portón lateral y sacó un pequeño estuche de su bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana, intrigada.

—Ganzúas —respondió él; abrió el estuche y le mostró el contenido—. Mi tío me enseñó a usarlas. Son para abrir cerraduras.

—¿Y por qué tendrías tú que abrir cerraduras?

—Porque a veces, de noche, se queda encerrado en la colegiata —respondió con una sonrisa—. Le gusta el vino de misa en exceso y, de tanto en cuanto, se queda dormido en la sacristía o en la biblioteca. Vengo a por él y lo llevo a casa. No quiere que los demás clérigos se enteren.

Con destreza, movió las ganzúas, abrió el portón, cruzaron el claustro y entraron en la colegiata de San Nicolás por el transepto norte; el interior se encontraba en penumbra, apenas iluminado por la luz que se filtraba por los vitrales de colores de las ventanas. El suelo empedrado resonaba con cada paso que daban los chicos.

—¿Qué te ha parecido todo lo que hemos oído, Ana?

—No lo sé, me ha parecido algo raro. ¿De verdad el comerciante Toribio va a dibujarle los planos al espía?

—No, se los vamos a dibujar nosotros —respondió Jorge con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿Cómo? —preguntó ella con los ojos abiertos como platos.

—Se me ha ocurrido algo —dijo mientras caminaban, bordeando el ábside, hacia el pequeño comedor que había junto a la sacristía.

La conversación quedó en ese punto, ya que se sentaron a la mesa y comieron el guiso de verduras en silencio. A continuación, fueron al cuarto que servía de aula, la clase comenzó y los niños fingieron prestar atención a las lecciones del canónigo don Antonio. La mente de Jorge estaba ocupada en el plan que había comenzado a fraguar en su cabeza. La de Ana, inquieta por el centelleo en los ojos de Jorge.

II

Jorge Juan y Ana Penalva avanzaban con sigilo y cautela por los bosquecillos de pinos y carrascas que cubrían la ladera oriental del monte Benacantil. Iban dejando la fortaleza a su izquierda, monte arriba, y la playa del Postiguet allá abajo, a su derecha. Cualquier ruido o movimiento en falso podía delatar su presencia y arruinar todo su plan. El corazón les latía a mil por hora. A pesar de ser temprano, empezaba a hacer calor, pero el sudor que recorría sus frentes era frío.

No era lugar donde jugasen a menudo porque se encontraba algo alejado de la ciudad, pero tampoco era zona desconocida. En otoño, en particular, iban muchas veces a buscar robellones por encargo de las monjas para hacer cocas rellenas. En una de aquellas salidas, Jorge se había dado cuenta de que existía una hilera de algarrobos alineados con gran exactitud que empezaban en lo alto de la ladera, junto al muro exterior de la fortaleza. La línea de algarrobos acababa tras unas casas de pescadores frente a la ermita del Socorro.

Los muchachos se acercaron al algarrobo que tenían más cercano. A un paso del árbol, Jorge le señaló a su amiga un orificio en el suelo de menos de un palmo de ancho. Cogió un guijarro del tamaño de medio puño y lo dejó caer en el agujero. Al poco, se oyó el ruido de la piedra al tocar el fondo.

—No es muy hondo —dijo la chica.

—No, no lo es. Y hay más. Al lado de cada algarrobo de esta línea, hay uno como este.

—Pues son muchos. ¡Menudo trabajo! ¿Para qué iba alguien a hacer semejante esfuerzo?

—Piensa, Ana. ¿Para qué sirve un agujero en el suelo?

—Para recoger agua. ¿Es un pozo? ¿Por qué no los han hecho más anchos?

—Porque no hace falta. Estos pozos no son para agua —aclaró Jorge.

—¡Oh, venga! Dilo ya, sabelotodo.

—Estos pozos son para que entre aire. Son pozos de ventilación.

—¿Y para qué diantres quiere alguien meter aire dentro de una monta...?

La muchacha se quedó pensativa sin acabar la frase. Jorge se le acercó y le golpeó un par de veces la frente con los nudillos, muy despacio.

—¡Ana Penalva! Eres la chica más lista del mundo.

Tras bajar la ladera siguiendo la hilera recta de algarrobos lograron encontrar, a unos pocos pasos del penúltimo árbol, una pila de piedras de forma cuadrada que no se habían amontonado por casualidad. Ana utilizó la caña que siempre llevaba consigo, y Jorge buscó una rama para remover, con cuidado de no pincharse, unos matojos que la mantenían medio oculta. A continuación, quitaron las piedras. Estas ocultaban, a su vez, una portezuela de madera de apenas dos pies de lado. En cuanto los muchachos tocaron los tablones, la madera se deshizo entre sus dedos.

Aquellas tablas podridas debían de llevar años a la intemperie.

Jorge se deslizó por el estrecho boquete, seguido de cerca por Ana. Unos pies más allá, el estrecho pasadizo se volvía algo más amplio, pero era oscuro y opresivo; parecía estar en cuesta, siguiendo el perfil de la montaña. En la lejanía se distinguían diminutos puntos de la luz que debía de filtrarse por los orificios de ventilación. Aun así, el aire era asfixiante y los hacía sentir como si estuvieran sumergidos en un profundo pozo. Cada paso que daban les parecía más peligroso que el anterior.

—¡Jorge, para! —rogó Ana; apenas habían avanzado—. Con esta oscuridad nos vamos a romper la crisma.

—¡Maldita sea! Tienes razón. Salgamos de aquí y regresemos mañana —respondió dando media vuelta.

—¡Oh, no! Nada de volver mañana. Tú me esperas bajo el algarrobo. Tengo una idea.

—Ana, escucha...

—Bajo el algarrobo —repitió mientras bajaba dando brincos por la ladera—. Mientras, chupa una raíz de regaliz —ordenó sonriente.

Jorge la vio desaparecer entre las casas de pescadores de la calle del Socorro.

El chico se sobresaltó al despertarse. Estaba con la espalda apoyada en el tronco del algarrobo. Cuando quiso levantar la vista e incorporarse, notó la presión de un objeto en el pecho.

—¡Daos preso, rufián!

Vio una caña gruesa apoyada en su esternón que seguía empujándolo contra el árbol. La empuñaba una mano no muy grande que, de inmediato, reconoció.

—¡Arriba, holgazán! —ordenó Ana—. Ya podemos explorar el pasadizo.

La chica corrió hasta la entrada. Se giró hacia su camarada que aún estaba componiéndose las ropas.

—¡Vamos, no tenemos todo el día!

—A sus órdenes —replicó él con cierta desgana al tiempo que se encaminaba a la portezuela del túnel.

Cuando traspasó a gatas la entrada, Ana estaba sacando del hueco de la caña una antorcha pequeña apagada. Miró al muchacho y, aunque no entraba demasiada luz, mostraba expresión de asombro.

—¿De dónde la has sacado?

—De la ermita del Socorro. De día, los pescadores no la necesitan tanto.

Las esposas de los pescadores mantenían una antorcha encendida en el campanario de la ermita, día y noche. Era una costumbre antigua, para que sus esposos supieran dónde estaba la tierra firme. Aunque al final de la escollera, en el puerto, ya se había edificado un faro moderno, seguían manteniendo la tradición en la creencia de que la Virgen les brindaba su luz espiritual también.

—Y, ¿cómo la vas a prender?

—¿Con este chispero? —preguntó a su vez ella, mientras mostraba el borde de una cajita de madera que asomaba del bolsillo de su faldón—. ¿Por quién me tomas, maese Juan?

En cuanto la antorcha prendió, los jóvenes se cogieron de la mano y avanzaron por el corredor, subiendo los escalones que, de trecho en trecho, iban salvando el desnivel de la montaña.

Por el corredor, encontraron algunos esqueletos de pequeños animales que habrían caído por los pozos de ventilación, habrían entrado por grietas en las rocas o se habrían colado por las entradas de algunas galerías laterales que iban encontrando al avanzar. Dedujeron que ese pasadizo no era más que uno de los muchos que debían de configurar una red de galerías ocultas bajo el Benacantil. Era un excelente sistema para burlar los asedios. Jorge había llevado en su zurrón algunas de las hojas que usaban durante las clases en la colegiata y un carboncillo. Iba dibujando un mapa del recorrido.

Se sentaron a descansar un poco. Ella sacó de otro bolsillo unos higos secos y unas almendras. También bebieron agua de un odre que Jorge, previsor, llevaba al hombro.

—No comprendo por qué dibujas los planos tú también, si ya lo va hacer Toribio, el mercader —dijo Ana.

—Toribio es un gran dibujante, pero de retratos, de paisajes, de frutas... es sólo arte. La cartografía, el arte de los mapas, es, además, ciencia. Si les presenta unos planos muy artísticos, pero poco útiles, su niñita está condenada. Esos perros ingleses no la liberarán.

—¿Por qué han de ser ingleses? Podrían ser de cualquier parte. ¿No te caen bien los ingleses?

—No me caen bien quienes apresan niñas. Pero, sí, son ingleses. ¿Te acuerdas lo que dijo el flaco cuando se marchaba del callejón? «Gudbai». Es adiós en inglés.

—¿Es que entiendes el inglés, Jorge?

—No, pero si pasas suficiente tiempo por el puerto, acabas entendiendo algunas palabras: italiano, francés, beréber, portugués...

—Y, ¿para qué iban a querer los ingleses esos mapas?

—Todavía andan a la greña. Si después de hacerse con Malta, Gibraltar y Menorca, lograsen conquistar Alicante, irían a por Cartagena y podrían dominar el Mediterráneo. Y eso no sería bueno para nosotros, los españoles.

—Ves, eres un sabelotodo, Jorge Juan —dijo la chica fingiendo contrariedad.

—Los puertos son como las grandes enciclopedias. Y no hay mejores maestros que los marinos experimentados.

—Pero entregar los mapas a los ingleses sería traición. Podrían ahorcarte.

Jorge miró a su amiga. Al resplandor de la antorcha, sus ojos negros volían a brillar como brea, pero con cierta inquietud. Intentó tranquilizarla.

—No voy a darles ninguno de estos mapas —dijo el chico con tono sereno.

—Cada vez te entiendo menos.

Continuaron el ascenso por el pasadizo hasta que llegaron a otra trampilla de madera, similar a la que habían encontrado al acceder al túnel. Tampoco tuvieron dificultad para romperla de una patada, porque la madera también estaba podrida por la humedad y los años. Accedieron a una amplia sala subterránea, repleta de cajas y barriles, que seguramente contenían provisiones

para los soldados del castillo. Inspeccionaron el lugar con detenimiento, y al no encontrar peligro aparente, Jorge señaló a Ana, con un gesto de la mano, que subieran la escalera de piedra que había en una de las esquinas de la sala.

Cada escalón que subían parecía más pesado que el anterior, y los rápidos latidos del corazón les hacía sentir que el tiempo se movía a un ritmo diferente. Al final, llegaron a lo alto de la escalera, Jorge abrió una pequeña portezuela y asomó con precaución la cabeza para cerciorarse de que no hubiera peligro inminente.

Del otro lado se encontraron con una pequeña habitación, iluminada por velas, con una mesa y varias sillas. En uno de los rincones de la habitación divisaron una puerta grande reforzada que estaba entreabierta y parecía ser la entrada a los pasillos principales del castillo.

Jorge miró a Ana, que asintió con complicidad. Se acercaron a la puerta y empujaron la hoja con la máxima precaución, hasta abrirla lo suficiente para poder pasar.

Observaron a ambos lados del pasillo para asegurarse de que no hubiera guardias en la zona. Estaban tan tensos que sentían doloridas las manos, de tan fuerte que se las apretaban.

Mientras avanzaban por los pasillos, oscuros a pesar de ser de día, pudieron observar con detenimiento los detalles de la estructura del castillo, la disposición de las habitaciones, la ubicación de las puertas, así como los movimientos de algunos guardias en los patios, a través de las saeteras. Jorge hacía esbozos rápidos pero cuidadosos, sin perder detalle de lo que veía. Había partido el carboncillo y le había dado una hoja a Ana para que fuera anotando algunas medidas que le iba dictando en voz muy baja.

De repente, escucharon unos pasos acelerados y una voz.

—¡Alto! ¡No os mováis!

Los muchachos se dieron la vuelta y vieron a dos soldados corriendo hacia ellos, con las espadas desenvainadas en una mano, y unas lámparas de aceite en la otra.

Los chicos reaccionaron rápidamente. Corrieron, deshaciendo el camino y volvieron al pasadizo. Los soldados les seguían de cerca porque podían escuchar el sonido de sus espadas chocando contra las paredes de piedra. Sin embargo, lograron despistarlos en uno de los cruces del laberinto de túneles, cuando, en vez de continuar cuesta abajo, tomaron una galería lateral y apagaron la antorcha que no habían soltado en ningún momento.

Después de permanecer ocultos y bien callados en la oscuridad durante un buen rato, prendieron la tea y volvieron hasta la intersección en el pasadizo secreto.

Estaban sin aliento y sudando profusamente, pero sabían que no podían detenerse.

Jorge miró a su alrededor, intentando determinar cuál era la mejor dirección a tomar.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —preguntó la joven, tratando de recuperar todavía el aliento.

Él señaló hacia abajo.

—Por aquí regresaremos a la entrada. Pero tenemos que tener cuidado, no sabemos qué han hecho los soldados. Podrían haber vuelto a la fortaleza o estar patrullando por aquí abajo.

Los dos se movieron rápidamente, tratando de hacer el menor ruido posible; cada sonido parecía amplificado en el estrecho pasillo.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el resplandor de la antorcha delatara su posición a los guardias que retornaban a la fortaleza.

—¡Intrusos, deteneos! —gritó un soldado.

Jorge y Ana, desesperados, corrieron con la intención de escapar. Pero los soldados se iban acercando.

La niña tropezó y cayó al suelo, incapaz de levantarse. Los soldados se abalanzaron sobre ella. El chico que, casi a tientas, había logrado llegar a un lugar seguro, se sintió impotente mientras escuchaba los gritos de su amiga.

El oficial de guardia estaba sentado detrás de un escritorio en una habitación austera. El hombre, de aspecto tosco y mirada fría, miró a la muchacha con desdén.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó brusco.

Ana no dijo nada, tratando de mantener la compostura. Sabía que cualquier cosa que dijera podría empeorar su situación.

El oficial de guardia la miró fijamente por un momento antes de dar un suspiro exasperado:

—Muy bien, no te preocupes por hablar. Te encerraremos en las mazmorras hasta que el alcaide regrese y decida qué hacer contigo. —Cortó una loncha gruesa de tocino e hizo un ademán para que se la llevaran.

Los soldados la arrastraron por un pasillo oscuro y húmedo hasta los calabozos, en las profundidades del castillo. La celda era pequeña y fría, y solo había un montón de paja para dormir en el suelo y un cubo para las necesidades.

La niña se sentó en la paja, desolada y desesperada. En el rincón opuesto, le pareció ver una rata que se alzaba sobre sus patas traseras y mostraba dos temibles dientes. Tuvo la sensación de haberla visto antes. Y también de que la rata se reía.

En la profundidad de los pasadizos que horadaban la montaña, después de bastantes intentos, Jorge, con los ojos cerrados y la respiración agitada, empezó a vislumbrar en su pensamiento líneas de tiza luminosa, la fortaleza, los pozos, los túneles, las murallas, las torres... Era como ver por dentro uno de aquellos globos terráneos que algunos capitanes tenían en sus camarotes.

Ana entreabrió los ojos. En la penumbra de la celda, delante de ella, alguien arrodillado guardaba una ganzúa en una cajita metálica. Apenas la chica movió la cabeza, le pusieron una mano en la boca. Jorge la ayudó a incorporarse y la sujetó mientras salían al largo pasillo del calabozo, repleto, a un lado y a otro, de puertas gruesas. Lo recorrieron a gatas y con mucha precaución, para no llamar la atención de los demás cautivos que, de descubrirlos, podían alertar a los guardias del exterior. Al fondo, había una piedra separada del muro que dejaba entrever una oquedad al otro lado. El muchacho cogió un candil de la pared que cerraba el pasillo de los calabozos y se deslizaron por el hueco. Ya desde el otro lado, fue moviendo la piedra sin esfuerzo, hasta colocarla en su posición original.

Jorge advirtió que la muchacha lo interrogaba con sus enormes ojos negros abiertos.

—Pumita —susurró el joven—. El tío Antonio la usa para limar las durezas de sus codos. Es tan ligera que hasta flota en el agua. Recorriendo el castillo, la he visto en las paredes de bastantes habitáculos. Y me preguntaba por qué. Imagina una telaraña de pasadizos desplegada a unas varas bajo la superficie de la montaña.

Estoy convencido de que existe un acceso secreto en la mayoría de las estancias.

Tras el largo descenso, salieron por fin del túnel. Atardecía. Miraron a su alrededor, buscando cualquier signo de peligro. Parecía que habían logrado escapar sin ser descubiertos.

Ana se desplomó en el suelo. Temblaba todavía. Habían pasado horas en el interior de la fortaleza, y el aire fresco era una bendición.

—Estás a salvo ahora —dijo su joven amigo, tratando de tranquilizarla—, no volveremos a hacer algo así sin un plan adecuado.

La chica asintió y, poco después, preguntó:

—¿Y ahora qué?

El joven frunció el ceño, pensando en sus próximos movimientos.

—Necesitamos encontrar un lugar seguro donde podamos analizar las notas que hemos recopilado. No podemos arriesgarnos a que españoles o ingleses las encuentren.

Caminaron hacia la playa, alejándose de la fortaleza. Por la orilla, retornaron hasta la Puerta Nueva del Mar y a la colegiata. Estaban hambrientos. Por suerte, llegaron antes que el tío. Los domingos iba a decirles misa a las clarisas de Santa Faz y tenía legua y media para ir y otro tanto para volver. Así evitaron dar explicaciones durante la cena. O, peor aún, mentir.

III

Jorge se había despertado temprano. Tenían que aprovechar que era Pentecostés; no había colegio y sus labores cotidianas, tanto en el convento de las capuchinas como en San Nicolás, eran escasas. Cuando Ana bajó a la cripta de la colegiata, donde habían acordado encontrarse tras el desayuno, el chico ya tenía todo el suelo cubierto con las hojas de medidas, bocetos y borradores que habían esbozado en los subterráneos de la fortaleza. Había dispuesto bastantes velas sobre los sepulcros, de forma que el espacio quedaba bien iluminado. En el centro de la cripta había un altar amplio, sobre el que había extendido una gran hoja de papel, y en la que ya había dibujado un primer esquema.

La niña examinó de forma muy minuciosa las líneas, tomándose su tiempo. Miró a su amigo de reojo y volvió a prestar mucha atención al croquis. A menudo, se acercaba a revisar alguno de los bocetos que había en el suelo de la cripta.

Mientras, el joven la observaba con gesto divertido.

—Jorge, no te ofendas —dijo al fin—, pero me parece que estás dibujando una chapuza.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste —replicó ella—, es que no se ajusta a lo que vimos. Las líneas de las murallas sí parecen correctas, pero todo el interior está mal, desplazado. Casi no hay nada que concuerde.

—Perfecto.

—¿Perfecto, dices? ¡Oye, muchachito! Te convendría un poco de humildad, ¿no crees?

—¡Ay, Ana! ¿Crees de veras que voy a trazar para los ingleses unos mapas rigurosos y precisos? Vamos a darles unos falsos. Si algún día los usan, acabarán perdidos en el laberinto de corredores. No hay peor trampa que un mapa inexacto.

Había pasado gran parte de la noche retocando los mapas que había dibujado, con la entusiasta ayuda de Ana, durante los últimos días. Ya era sábado y, ahora, tenía que estar listo para seguir a Toribio, el tendero, y asegurarse de recuperar los planos que este hubiera esbozado y sustituirlos por los suyos: los falsos.

Metió los mapas en el hueco de la caña gruesa que su camarada le había prestado, subió desde la cripta y cruzó el claustro de la colegiata hasta el portón norte. Las calles estaban tranquilas todavía, con solo unos pocos transeúntes tempraneros caminando hacía sus labores. Se oía a ratos el sonido de los cascos de alguna caballería y se olía el aroma de las hogazas que iban sacando de los hornos. Se movió con sigilo entre las sombras, tratando de no llamar la atención.

Se apostó cerca de la tienda de Toribio, junto a la plaza de las Barcas. Apenas clareó, el hombre salió de su casa. El comerciante parecía nervioso, y Jorge podía entender por qué. Traicionar a su país era un acto peligroso, y si lo descubrían, la sentencia sería la muerte.

Ambos se paraban a menudo para observar con cautela. Jorge aprovechaba los portales y salientes para mantenerse oculto, al tiempo que mantenía una distancia segura para no levantar sospechas.

Toribio enfiló la calle de San Francisco y salió de las murallas que delimitaban la ciudad. Luego continuó por un camino bordeado de cipreses y palmeras hacia la ermita de San Blas y los caseríos que la rodeaban. Bordo la ermita y bajó una senda estrecha. A unos cincuenta pasos estaba la fuente.

Jorge se acercó con sigilo y se agazapó sobre un montículo, tras unos arbustos de aliaga. Desde allí, podía observar sin que le vieran. Toribio excavó un poco con las manos en una zona arenosa del suelo, a unos diez pasos del caño del agua.

Acomodó los mapas y los cubrió con un montón de cantos y guijarros. Miró a su alrededor y, apresurado, emprendió el camino de vuelta a la ciudad. Tan pronto como Jorge se aseguró de que el hombre se había alejado lo suficiente, bajó corriendo por el pequeño terraplén hasta la pila de piedras.

Con las manos temblorosas, levantó las piedras y se apoderó de los verdaderos planos de la ciudadela. Al chico le sorprendió el buen trabajo que había hecho el mercader. Extrajo del hueco de la caña los mapas falsos y los dobló con cuidado.

Colocó las piedras cubriéndolos otra vez y escondió los planos de Toribio en el interior de la caña.

Trepó hasta lo alto del terraplén. Había una carrasca y algunas plantas de romero y tomillo. Aprovechó para ponerse a la sombra. Quedaba bien oculto para quien mirase en esa dirección desde el camino, la ermita o la fuente. Era momento de descansar un poco.

Jorge escuchó una montura al galope. El sonido se alejaba. Abrió los ojos y un fogonazo de claridad lo cegó durante un momento. Alarmado, se incorporó sobre un codo a tiempo de ver un jinete flaco, con ropaje oscuro y un sombrero de ala ancha, que espoleaba a su caballo en dirección a Alicante. A gatas, arañándose las palmas de las manos, se deslizó hasta el borde del montículo. La pila de piedras estaba desmoronada y el agujero en el suelo, vacío.

Mientras se ponía el sol, un carro avanzaba despacio por la calle. Se detuvo frente a la tienda del comerciante y eso llamó la atención de Ana y Jorge.

Estaban sentados unos pasos más allá, sobre unos capazos de esparto amontonados. Del carro bajó un labriego con las ropas polvorientas y sombrero de paja grande. Rodeó el mulo y, por el lado opuesto, ayudó a bajar a una niña de piel lívida que miraba a un lado y a otro, desorientada.

Toribio apareció por la puerta del colmado y corrió hacia los brazos de su hija. La abrazó con fuerza mientras no cesaba de suspirar y gritar:

—¡Mujer, mujer! ¡La tenemos!

La esposa salió llorando y se unió al abrazo:

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios! —repetía.

Algunos vecinos y propietarios de tiendas cercanas se arremolinaron. Jorge y Ana se unieron al corro. El dueño del carruaje explicó que había encontrado a la niña vagando sola, asustada y confusa, cerca de la fuente de San Blas. El labrador sacó un trozo de papel del bolsillo.

—La chica llevaba esto en la mano —añadió, y mostró el papel a los congregados;

«*Toribio, thank you. Well done*» —. Yo no sé leer, pero pregunté a un fraile que pasaba por allí. Dijo que él solo entendía Toribio, pero con eso me bastó para traerla.

Todos los presentes comenzaron a vitorear y aplaudir al agricultor que sonreía, saludaba satisfecho, sombrero en mano, y hacía leves reverencias.

—Gracias, gracias —insistía el comerciante con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo puedo recompensar tu amabilidad?

—No hay necesidad de recompensa, señor —dijo el hombre del carro—. Es nuestro deber ayudarnos unos a otros en tiempos difíciles.

—Ve con Dios —dijo la esposa del comerciante sin dejar de abrazar a la hija mientras entraban en la casa.

El labriego subió al carro y se alejó. También los demás, tras felicitar y despedirse de Toribio, se fueron marchando a sus quehaceres.

Jorge y Ana se quedaron los últimos. Se acercaron al comerciante.

—Creo que es hora de que le cuente la verdad sobre los mapas —dijo Jorge bajando la voz. El comerciante los miró con asombro y curiosidad.

—¿Qué mapas? —disimuló Toribio.

—Los que le pidieron los ingleses. Están a salvo en nuestras manos.

El hombre miró a los chicos desconcertado. Ana asintió con la cabeza confirmando lo que su amigo había dicho.

El hombre se sentó sobre un saco de habas secas. Miraba al suelo, confundido.

—Pero han liberado a mi niña... ¿Cómo sabéis vosotros lo de los mapas?

Durante un rato, Ana fue narrándole a Toribio los hechos de los últimos días. Los ojos del mercader se iluminaban, cada vez más, con una mezcla de sorpresa y alivio:

—¡Es increíble! ¡Habéis logrado engañarlos!

—Mi amigo Jorge será un gran cartógrafo, señor, ya lo verá.

—También hemos tenido la suerte de que el tipejo flaco y sus secuaces no lo sean.

—admitió Jorge.

—Sois unos chicos muy valientes y astutos —exclamó Toribio, emocionado—. Habéis salvado mi vida y la de mi hija. Como muestra de gratitud, quiero que veáis algo. Seguidme.

Al fondo de la tienda, Toribio bajó de un estante un libro grueso:

—Lo empeñó el capitán portugués de un bergantín y jamás volvió a por él.

«Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos. Pedro Teixeira».

Los jóvenes pasaron algunas hojas en silencio. Era el libro más hermoso que habían visto nunca.

El hombre les dejó contemplar los mapas del libro un rato más mientras él sacaba algo de un arcón. Luego, interrumpió:

—Muchacha, abre esto.

Ana sujetó el cilindro de cuero. Abrió la tapa y sacó despacio un objeto alargado y brillante de latón.

—Es para ti —dijo Toribio.

Hechizada por la belleza del catalejo, solo pudo decir:

—¿Y qué hago ahora con la caña?

Se echaron a reír todos.

Toribio, miró a los chicos con dulzura y admiración. Se acercó y los abrazó emocionado.

—¡Marchaos! Ya ha anochecido. —Apoyó la mano sobre la cabeza de Jorge con cariño, le revolió un poco el pelo y añadió—: Llévate el libro. Te hará falta pronto, chico. Estoy seguro.

El cielo neandertal

Luis María Oncala Sibajas

El cielo neandertal

Luis María Oncala Sibajas

La mejor forma de establecer un vínculo eterno e inquebrantable con alguien es a través de un secreto. El cielo esconde secretos. El subsuelo también. La Tierra recoge manifestaciones y vestigios de su existencia. El ser humano interpreta las pruebas e infiere los signos a su manera. Lo oculto se traslada a lo terrenal a través de nuestros propios gestos y proezas. El planeta en el que vivimos se convierte así en un nexo de enigmas, misterios y vivencias. Esto lo convierte en un mundo atrevido y osado para morar, a la par que interesante por y para descubrir.

A mi padre le fascina el cielo; a mí el subsuelo. Las trazas de nuestra personalidad están cortadas por la misma tijera (esa que consigue elevar la cabezonería a su máxima expresión). Somos dos tercos solitarios, sin más compañía terrenal que nuestra especial relación paternofilial; sin más genialidad que la persistencia en el trabajo y el amor incondicional del uno por el otro. Te contaré algo que tenemos guardado en lo más profundo de nuestro interior y que algún día sacaremos a la luz para el deleite del gran público. Te daré una pista. Tiene que ver con un tesoro, con una reliquia mejor guardada que el más inalcanzable destello de las estrellas de la galaxia. Empezaré por el principio.

Estudié mi carrera de forma *online*, sin poner un pie en la facultad. Y con mi título bajo el brazo decidí enfrascarme en la compleja tarea de realizar un doctorado universitario. Mi tutor de tesis me explicó (en un correo electrónico) que, para ser doctora, debía elegir un tema relacionado con mi formación y, posteriormente, atesorar el máximo de conocimientos sobre él, hasta convertirme en una experta en la materia. El pensamiento abstracto de los *neandertales* sonaba a caballo ganador.

Me dedico a estudiar la prehistoria y, aunque mi día a día consiste en intentar comprender algunos de los hechos acaecidos antes del nacimiento de Cristo, cuando no había escritura, esta historia (la mía) se remonta al siglo veintiuno de nuestra era. Puedo asegurar que en los tiempos en los que me ha tocado vivir, ya se conoce (y es bastante popular) el uso de la escritura. Por tal motivo, no es de extrañar que me haya atrevido con esta herramienta humana para revelar mi espectacular secreto a la humanidad.

Mi madre me dio la vida (cuarenta años atrás). Conozco muy poco de ella. Únicamente, que deseaba tenerme por encima de cualquier cosa y que de mocita no superó un examen importante de mecanografía porque le faltaba una de las falanges del dedo índice derecho. Tanto empeño puso en darme a luz, que acabó falleciendo en el mismísimo parto. Una serie de errores y complicaciones en cadena fueron los culpables de tal infortunio y desatino. Desde ese instante, mi padre se erigió el encargado de mi crianza, el escudero de mis andanzas y el oyente de mis alegrías y pesares. A pesar de que sus miradas siempre iban encaminadas hacia el cielo, su ojito derecho me echaba de vez en cuando un vistazo para que no me cayera de las nubes de fantasía en las que mi progenitor había convertido mi tierna infancia.

Mi padre me llama Cielo desde que tengo uso de razón. Creo que mi nombre se debe a la fascinación que siente por toda esa masa corpórea e incorpórea que va desde lo alto de nuestras cabezas hasta el más lejano de los infinitos.

—No te entretengas con las piedras, Cielo. Puede haber escorpiones debajo de una de ellas.

—No me importa. A mí me gustan las piedras. No tengo miedo a los escorpiones.

—Ya nos queda poco. Te voy a enseñar las nubes desde lo más alto de esa colina.

—No quiero andar más. A mí me gustan las piedras. Llévame a una cueva.

Recuerdo, como si fuera ayer, nuestras divertidas excursiones al campo y las entrañables conversaciones que entablábamos mientras tanto. Cantimplora y brújula (en mochila y mano) nos adentrábamos en lo más oculto, en lo más guardado de la civilización, hasta llegar al claro más alto y pensar en voz alta (con claridad).

—Algún día comprenderás que todas las respuestas están ahí arriba. Solo hay que saber leer los mensajes que están escritos.

—Papá, yo no sé leer todavía.

—No me refiero a esa clase de leer, Cielo. Me refiero a saber interpretar lo que se muestra ante nuestros ojos.

—Pues yo solo tengo ojos para el bocadillo que llevas en la mochila.

—Es cierto, se me olvidaba. Hagamos una parada y comamos algo antes de continuar.

Al inicio de mi relato decía que a mi padre le fascina el cielo. Se me olvidó añadir que tal fascinación le llevó a hacer de la astronomía su mayor afición y a hacer del Instituto Geográfico Nacional su particular trabajo. Me alegra saber que aún quedamos personas en este mundo capaces de hacer de su pasión, su profesión, y que tal simbiosis nos acompañe durante toda la vida. Quizás me inculcara desde pequeña la importancia de saber conciliar la obligación con el interés, puesto que en ningún momento de mi vida me he planteado dedicarme a otra cosa que no sea lo que realmente me apasiona.

Recuerdo con bastante nitidez la terraza de nuestro hogar. Nos pasábamos noches enteras acampados en ese recinto, al que denominábamos guarida. Allí aprendí a masticar chicle mientras mis joviales ojos se colaban por el telescopio en intrépidos intentos de caza de estrellas fugaces. Cuando conseguía ver el rastro que dejaba alguna de ellas sobre la oscuridad de la noche, mi padre me obligaba a formular un deseo en secreto. Nos quedábamos en silencio unos minutos. Sus ojos brillaban intensamente. Ahora que soy mayor sé que todo era debido a unas tímidas lágrimas de soledad que no se atrevían a brotar al exterior. Estoy segura de que ambos coincidíamos en el mismo deseo.

Ese era y es nuestro mayor secreto. No podíamos contárselo a nadie si queríamos que se cumpliera algún día lo de volver a ver a mamá.

—Papá, ¿tú te sabes de memoria el mapa del cielo?

—Creo que estoy cerca de conseguirlo. Para la vida en la Tierra es de suma importancia descifrar lo que pasa ahí arriba. ¿Sabías que todos los mapas que ha hecho el hombre se basan en las pruebas que nos deja el firmamento?

—Papá.

—Dime, Cielo.

— ¿Mamá está en el cielo?

— Claro que sí, hija.

— Entonces, ¿por qué no la vemos con el telescopio?

— Pues porque no es un aparato que pueda encontrar el mapa de las almas.

— Cuando sea mayor estudiaré mucho para encontrar a mamá en el firmamento. Seré la mujer que invente el mapa de las almas.

— Puedes conseguir todo lo que te propongas. Deséalo fuerte y pídeselo al cielo.

Llevo toda la vida ansiando mis deseos con mucha fuerza y pidiéndole al cielo que nos dé mucha salud a mi padre y a mí para continuar ejecutando nuestras pasiones y seguir desvelando enigmas y misterios sobre el cielo y el subsuelo. Desde pequeña me gustan las piedras. Mi padre tuvo la culpa de mi interés por la historia, lo cual tuvo ya lugar en mi adolescencia. En uno de sus múltiples intentos para explicarme el atractivo de la Vía Láctea yo caí en los influjos de un pueblo primitivo (de lo que se conocía muy poco a través de los vestigios localizados), cuya existencia ha sido vital para la propia existencia de la humanidad.

—Allí, entre los ríos Tigris y Éufrates vivió una civilización cuyos componentes se consideraban descendientes de seres que procedían de las estrellas. Ellos consideraban a estos extraterrestres como dioses con conocimientos sobrenaturales como la escritura, la metalurgia o la agricultura. ¿No ves lo interesante que es estudiar el firmamento, Cielo?

—Interesante. ¿Me lo puedes explicar mejor?

—Pues en las antiguas ciudades de Lagash, Kish o Uruk existía la creencia de unos seres extraterrestres...

—No, no. Háblame del origen de la escritura, de la metalurgia y de la agricultura...

Crecí muy rápido según el mundo adulto, pero desde mi óptica, el paso de los dieciséis a los diecisiete y de los diecisiete a los dieciocho me parecieron sendas eternidades. Se ve que la magnitud tiempo es variable dependiendo de la edad física del observador. Mi padre comprendió que, cuanto más atrás en la historia y cuanto más profundo en la tierra, más interés mostraba su elo-cuente hijita. El Neolítico sucumbió al Paleolítico y el homo sapiens hizo lo propio con los neandertales. Los libros y las revistas especializadas copaban las estanterías de mi habitación compartiendo dormitorio, paradójicamente, con algunos ejemplares de la revista *Súper Pop*.

Llegué a la mayoría de edad y el regalo de mi padre me dejó perpleja. De un plumazo cumplió a sabiendas dos de mis deseos más solicitados al cielo, a Lourdes y a cualquier religión que existiera en la faz de la Tierra.

—Papá, tú que sabes mucho del cielo, aquí en mi horóscopo de la *Súper Pop* dice que la semana que viene voy a tener una cita muy importante. ¿Tú crees que Mario, el de mi clase, me pedirá salir de una vez?

—Te he dicho, Cielo, que no creas en esas tonterías. Que son rollos para comeros el coco a los jóvenes.

—Papá, pero si tú te dedicas a eso ¿no?

—No, hija. Yo soy astrónomo, no astrólogo.

—Bueno, pero se parecen mucho las palabras. ¿Habrá astrólogos allí en tu trabajo no? Quizás en otro pasillo. —Cielo, no. Lo mejor que puedes hacer es invitar tú misma a Mario y no esperar a que nada ni nadie haga las cosas por ti.

—¿Dónde me llevas? ¿Estamos en Andalucía, no?

—Queda poco. Vas a visitar una cueva y a conocer a tu madre.

Ya en Ardales me ofreció una linterna y un casco de esos de obrero que adosé a mi cabeza para protegerme de la posible caída de escombros. Me fascina el subsuelo. Creo que lo he dicho antes. Las coordenadas del GPS nos llevaron exactamente a la entrada de aquella maravilla de la naturaleza. Una cancela impedía la entrada al recinto sin la pertinente llave que encajase con la cerradura.

Para mi sorpresa, el astrónomo de mi padre había establecido contacto con los responsables de las visitas al yacimiento, por lo que de su bolsillo sacó la herramienta que nos permitió descender a lo más profundo de la Tierra. Fuera, hacía un frío que pelaba. Dentro, el no sé qué térmico obligaba al visitante a desprenderse de cualquier prenda del torso que fuese más allá de una simple camiseta. Estalactitas y estalagmitas por todos lados. Allí estaban, casi imperceptibles. Escondidas del mundanal ruido, como los mejores secretos. Las primeras pinturas rupestres que contemplaron mis ojos tenían el acento malagueño de la cueva de Ardales y sonaban genial en mi cabeza. Pero mi especial regalo de cumpleaños no terminaba ahí. Mi padre enfocó la luz hacia una pared. Me obligó a que apagara mi linterna.

—Fíjate bien, Cielo.

Se trataba de una mano en negativo con una antigüedad de más de treinta mil años. Mi corazón se puso a mil, como cuando una semana después Mario (el de mi clase) me dio mi primer beso.

—¿Qué te parece, Cielo?

—El mejor regalo que podías hacerme en la vida.

—A tu madre le gustaban mucho las cuevas. Pasábamos horas hablando.

Cuando hablaba de pinturas rupestres yo dejaba de pensar en cualquier cosa que tuviera que ver con el cielo.

—A mí también me gustan mucho. Eso lo he tenido que heredar de ella.

—Estoy seguro de que sí.

—Fíjate bien en la mano rupestre. Le falta algo, ¿verdad?

—Sí, papá. Le falta parte de uno de sus de...

—En efecto. Una parte del dedo índice de su mano derecha. Tu madre me decía que en otra vida fue una mujer Neandertal que creó la primera obra de arte de la historia de la humanidad.

— Pero eso no es posible, papá. Yo no creo en esas tonterías.

— Cielo, tú puedes y debes creer en todas las cosas que quieras. Yo quiero pensar que esa pintura es una fotografía de la mano de tu madre y si quieres puedo compartir esa creencia contigo.

—Sí, quiero. Así era la mano de mamá. Es preciosa.

Seguí haciéndome mayor, pero la especial relación con mi padre nunca cambió. Comprendí que mirar al cielo era importante, sobre todo cuando llegaban las vacaciones y había que decidir si ir a la playa o no, a capricho de las precipitaciones y anticiclones. La universidad me dio alas, así que emprendí el vuelo de la sabiduría y conocimiento en cuanto pude para volar alto con el poder de mis sueños. Y mis sueños no iban de convertirme en princesa, ni de matar a un dragón, ni de convertirme en famosa, ni de salir en la revista Súper Pop. Mis sueños eran las cuevas, las primeras civilizaciones, la historia que no se pudo contar en su día, los signos del subsuelo que no saben hablar, pero que yo sí puedo leer.

Mi padre me decía que mirara al cielo para intentar descifrar sus secretos. Ahora que soy casi doctora en prehistoria, lo llamo por teléfono y le digo que haga lo propio y mire al subsuelo conmigo una sola vez.

—Papá, voy a recogerte en coche. Trae una linterna y un bocadillo para el camino. Vamos a ver la mano de mamá. No hace falta que solicites autorización, que voy con un permiso de investigación de la universidad para mi tesis doctoral.

La tecnología ha permitido avances en todas las disciplinas del conocimiento humano. Cada día estamos más cerca de saber los secretos del universo gracias al empleo de técnicas y avances tecnológicos. Una de estas innovaciones, el mapeo en tres dimensiones de los recintos cerrados con un dron teledirigido permite crear mapas de paredes y cavidades en cuevas con sus consiguientes pinturas, grabados y perforaciones, donde la mano del hombre ha tenido presencia en algún momento de la historia.

Días atrás, en el salón de mi casa, a través de la pantalla del ordenador, pude observar una serie de puntos alineados de una forma peculiar en la cueva de Ardales. No soy muy experta en el firmamento, pero llevo toda la vida escuchando aventuras celestiales y buscando nuevos universos con un telescopio, incapaz de encontrar el alma de mi madre. En Francia, en las cuevas de Lascaux, se han encontrado unas inscripciones que bien pudieran representar a Vega, Deneb, Altair o las Pléyades. Tales pinturas están realizadas hace diecisiete mil años. Si la interpretación que he hecho (de las imágenes de Ardales en tres dimensiones) es correcta, podría concluir mi tesis sobre el pensamiento abstracto de los *neandertales* con broche de oro. La figurada mano de mi madre podría señalar un mapa del cielo de unos treinta mil años de antigüedad. Para defender mi hipótesis, preciso de la ayuda del mejor astrónomo que conozco (y me consta que es también el que me va a salir más barato).

—Papá, enfoca tu linterna a la pared de la mano de mamá. ¿Qué ves?

— A ti.

—No, más a la derecha.

—A ti, Cielo. Es la bóveda celestial. Lo que llevo observando y amando toda la vida. A mi Cielo junto a su madre.

Al parecer, a los primeros homínidos artistas también les fascinaba aquello que pululaba sobre sus cabezas. Desde entonces, creo que mi padre es un telescopio capaz de encontrar planetas, estrellas fugaces y almas de personas en el cielo. Por eso siempre lo apoyaré y confiaré en él, para que sus hallazgos puedan ayudar a mucha gente. Dije que crearía ese instrumento. Espero que te haya gustado nuestro secreto en forma de patente. Ahora me despido, que me toca demostrar que esos puntitos son el firmamento del hombre (mejor dicho, de la mujer) de Neandertal.

Puedo y debo creer en lo que yo quiera.

—Mi madre, la primera artista de la Historia. Vaya pasada. Y eso que le faltaba un dedo.

Triángulos

Cristina Cifuentes Bayo

Triángulos

Cristina Cifuentes Bayo

A Joaquín Cifuentes, topógrafo

Mi padre triangulador.

Suele estar fuera toda la semana, pero puede llegar a casa con una jaula en la que brilla un destello naranja y cantarín. Me dice que se llama Pedro y le enseña a comer de su mano y a posarse en su hombro. A pesar de que yo lleno la mía de alpiste, no salta alegre si no es con él. Yo le pongo a Pedro, mientras él no está, una hoja de lechuga fresca cada mañana antes de irme al colegio, lleno la pequeña bañera transparente de agua limpia y me paso las tardes mirándolo cantar mientras hago los deberes o leo. Me gusta mucho leer escuchando a Pedro. De lejos se oye la radio en el cuarto de la costura, pero yo prefiero las canciones brillantes del canario.

El fin de semana nos vamos al pueblo, porque allí también hay un cuarto de la costura y una radio, y así cambiamos de aires. A mí me gusta más el pueblo que la ciudad, porque puedo salir sola de casa, a la plaza, donde siempre hay otros niños para jugar. También he aprendido a ir en bicicleta y a trepar a los árboles. O me voy al huerto con el vecino, montada en la mula, y le ayudo a coger judías y tomates. El fin de semana se pasa muy deprisa con tantas cosas diferentes que hacer. Volvemos por la carretera mientras se hace de noche.

El camino es muy largo y con muchas curvas. Es aburrido, aunque nunca me mareo. A veces cantamos canciones que inventa, pero si no tiene ganas de hablar ni cantar, se concentra en las luces que van delante, o en las que vienen de frente cuando quiere adelantar. Yo intento estar despierta para intentar ver todos los postes de los kilómetros, que son blancos con el sombrero rojo y los números negros, pero casi siempre me duermo y me tiene que subir a casa en brazos.

El lunes vuelvo del colegio y veo la mesa puesta para nosotras y ya sé que se ha ido otra vez con el dos caballos azul. Dice que con él anda mejor los caminos, que no importa que se ensucie de polvo y barro. Me ha prometido que cuando pueda con la bolsa del teodolito me iré con él a un viaje. Yo pruebo cada vez que viene, pero apenas puedo levantarla un poco. Hay que llegar, con ella al hombro, desde donde acaba el camino hasta lo alto del monte. He visto fotos y se ve todo el mundo desde donde ponen el pilote con el hierro que se llama «hito». Pero yo sé que a veces sube con él un albañil con una mula como la del vecino del pueblo, cargada con material, bien podría ella subir también la bolsa que pesa tanto.

En el pueblo también hay montes, pero él no quiere subir conmigo a lo más alto, dice que es peligroso. A mí me gustaría ver este mundo, el del pueblo, desde arriba, como en sus fotos. Sin embargo, cuando llegan las vacaciones, sí que subimos con el tío a otras montañas mucho más altas pero que no deben ser peligrosas, y desde ellas se ve un mundo muchísimo más grande. Incluso he visto un mundo de tierra y otro mundo enorme de mar azul.

Otro día vuelve antes de lo previsto. Deja caer las bolsas de los aparatos y me levanta hasta que doy con la cabeza en el techo. Desde lo alto del mundo de mi casa yo veo que la bolsa del teodolito se mueve sola y grito, porque a lo mejor se le ha metido una serpiente en el monte. Él también se asusta y la abre muy despacio, con cuidado. Yo me asomo por detrás de la esquina del pasillo con mucho miedo y veo que sale una cabeza pequeña, blanca y peluda, con unas orejas negras y unos ojos también muy negros y brillantes. La abre del todo y sale un perro muy chico, como un muñeco o un bebé de perro y yo me echo a llorar porque siempre he querido tener un perro. Le ponemos de nombre Perrito, porque no se me ocurre todavía un nombre de perro mejor. Pero esa noche se quedan hablando en el salón hasta muy tarde. Yo intento saber

qué pasa. No consigo oír bien porque el perro lloriquea porque no me dejan subirlo a la cama y al final me quedo dormida con el perro en la alfombra.

Llega el sábado y nos vamos con Perrito al pueblo. Lo saco a la plaza y me lo llevo de paseo por el camino con una correa para que no se escape y se caiga del puente al río o se suba al monte, que es más peligroso. Al llegar la tarde del domingo me dice que ahora tengo que dejar a Perrito con el vecino porque no puede estar en casa, pero que lo veré todos los fines de semana. A mí se me ponen los ojos negros y brillantes llenos de lágrimas y ya sé de qué hablaban esa noche, pero no quiero llorar hasta que dejo a Perrito con la correa y la cesta con su manta y corro al asiento de atrás del coche y me pongo boca abajo y entonces lloro todo lo que me había aguantado. Lloro mientras conduce y se hace de noche y no levanto la cabeza ni para cantar ni para ver los kilómetros ni nada. Lloro hasta que me quedo dormida porque tampoco habla nadie en los asientos de delante del coche, ni me dicen nada.

Algunas veces él no sale al monte durante la semana, sobre todo en invierno, cuando hace muy mal tiempo. Se va a la oficina mientras yo estoy en el colegio. Por las tardes, despliega los enormes mapas, todos marcados con cruces y líneas que se cruzan. Si estoy quieta me deja mirar cómo maneja su regla especial, distinta a las mías del colegio, y traza líneas de colores, y luego escribe en su libreta. Al final no sé cómo se pueden entender esos mapas, con tantas rayas y tachones. Pedro escucha su voz y canta mucho más alegre que cuando él no está, y se come la lechuga y se baña también más. Yo también estoy más feliz, por lo menos está él, aunque ya no esté Perrito, y sé que también lo echa de menos, porque los fines de semana viene con nosotros de paseo.

La última vez que sale al monte vuelve enseguida. Ese día no trae ningún regalo, ni me alza por el aire ni nada. Saca el teodolito y lo limpia bien, pieza por pieza, hasta que está brillante. También quita bastante barro y polvo de la bolsa. Cuando todo queda listo, lo guarda en la parte de arriba del armario ropero. Y ya no ha vuelto a salir al monte, ni a trazar líneas en los mapas. Sin embargo, tampoco por las tardes puedo jugar con él, porque ahora le han traído a casa una máquina grande, como de escribir, pero que tiene una televisión pequeña con letras. Mira los mapas y su libreta y escribe en la máquina, llenando la pantalla de números. Dice que son coordenadas. Todo lo que escribe es

parecido. Cambian los números, pero siempre son igual de largos. La pantalla queda ordenada, por eso se llamarán así.

En el salón tenemos otra televisión, pero a mí no me gusta. Las cosas son como de mentira, porque no tienen colores. Ni siquiera los colores de los libros de niños, los colores fijos del parchís: rojo, amarillo, azul y verde. Mucho menos los colores de verdad, de los montes o el mar. Sobre todo, los del mar, que cambia a cada rato. Me gusta mucho, muchísimo, mirar el mar. Ahora vamos más al mar que a las montañas. Desde la playa se ve mucho mundo de mar sin que haga falta subirse a ningún sitio.

Hoy en el colegio me han enseñado los triángulos y he vuelto muy contenta a casa, porque ahora ya sé en qué trabaja cuando llena los mapas de rayas. Me he dado cuenta yo sola de que él hablaba de triangular y lo que hacía era construir triángulos sobre los planos de los montes del mundo. Cada tres líneas son un triángulo, así que yo he dibujado un pueblo, con sus montes detrás, el río y un cielo azul con nubes en una hoja de mi cuaderno y después he pintado muchos triángulos por encima, usando mi regla y mis rotuladores de colores. Luego se lo he enseñado, muy orgullosa, y él ha puesto mi dibujo con cuatro chinchetas en la pared como si fuera un cuadro. Ha quedado precioso.

Al final se han llevado la máquina del salón y él ya no trabaja más que por la mañana en la oficina, pero tampoco quiere jugar conmigo por la tarde. Ni tampoco saca a Pedro a comer de su mano. Se va a leer al cuarto de la costura o mira la televisión en el salón, fumando y fumando, hasta que toda la habitación está llena de humo. Yo también paso las horas haciendo deberes, pintando y leyendo, pero el humo me molesta y por eso estoy en mi cuarto. En el cuarto de la costura se sigue oyendo la radio lejana. Nadie habla. Hasta Pedro se ha ensimismado en el silencio.

Tampoco vamos todos los fines de semana al pueblo. Yo sé que Perrito nos espera, porque cuando llegamos está en la puerta de casa, levantado, moviendo el rabo y listo para saltar sobre mí en cuanto abro la puerta del coche. A mí me da mucha pena pensar en Perrito esperando y esperando. Creo que se pondrá muy triste cuando se haga de noche y no oiga el auto desde lejos y sepa que no vamos a llegar. Para no pensar en Perrito salgo con mis amigas al cine.

Me han mandado unos días con mis tíos al mar. Son muy cariñosos y amables conmigo. Si hace bueno vamos a la playa y, si no, por la ciudad, de tiendas o a las cafeterías. También al cine. El domingo salimos de excursión y siempre subimos a lo alto de una montaña, porque mis tíos dicen que son montañeros. Pero no saben nada de lo que hablo yo cuando me acuerdo del teodolito y de los hitos y de los triángulos sobre los mapas. Mis tíos suben y bajan los montes por gusto, no por trabajo. Ellos también tienen un perro que sube montañas, a pesar de que es muy pequeño. A mí me asombra cuánto corre cuesta arriba, se aleja de nosotros, vuelve a bajar y otra vez nos adelanta a toda velocidad. Yo creo que por lo menos sube y baja tres veces cada montaña si sumas todas sus carreras. Nunca parece cansado, aunque luego se echa unas siestas de campeón. Me gusta también este perrito que se deja abrazar cuando me ve sola y un poco triste porque me acuerdo de mi casa, del pueblo o de Perrito. Mis tíos son muy buenos, pero no se dan cuenta de que yo estoy triste.

Una mañana mis tíos preparan mi maleta y dicen que papá va a venir a buscarme. Que comeremos todos juntos, que tengo que estar contenta y ser fuerte y feliz, aunque me cueste, porque ellos sí saben que lo he pasado mal y que me tragaba las lágrimas para que no me vieran, pero que era mejor no decirme nada. También me dicen que me quieren mucho, muchísimo, y que me van a echar muchísimo de menos y que vuelva a pasar temporadas con ellos siempre que quiera. A mí todo esto me asusta bastante, porque yo he pensado mucho en muchas cosas, pero creo que es porque me estoy haciendo mayor y pienso más, aunque no sepa qué es lo que me corre por dentro.

La gran sorpresa es que él viene con Perrito, que se lanza sobre mí, apoyando las patas sobre mis hombros y llenándome la cara de lengüetazos. Lloro, sí, pero de alegría, y abrazo a los dos a la vez. Cargamos la maleta y veo que en el maletero del coche está la bolsa del teodolito. Entonces me pregunta si creo que puedo con ella. Y yo, que he crecido bastante, la cojo y, como le veía hacer a él, me la echo sobre un hombro y, aunque pesa muchísimo, camino un poco sin tambalearme. Vuelvo a dejarla en su sitio y veo que también hay dos mochilas nuevas, una grande y otra más pequeña, y otros bultos que no sé qué son. Entonces me dice que vamos a hacer el viaje que me prometió.

Viajamos todo el día. Donde llegamos la primera noche vamos a una fonda en la que tienen muchas jaulas con canarios. Se ve que le conocen y le quie-

ren, y a mí me llenan de besos y dicen que qué gusto conocerme en persona, porque habían visto fotos mías de niña. Hay una pequeña discusión porque quieren que volvamos a dormir todas las noches, pero luego entienden que es un viaje especial. Después de cenar nos acostamos pronto. Estamos cansados y mañana ya vamos a subir el primer monte. Perrito y yo nos dormimos enseguida.

Cargamos las mochilas con agua y la comida que nos han preparado y, tras unos pocos kilómetros, nos metemos en un camino que trepa por un monte con pinos. Por fin, dejamos el coche en un claro del bosque y cogemos, ya a pie, una senda ascendente. No vamos deprisa, porque él siempre dice que hay que reservar fuerzas, y que me fije en cómo caminan las vacas que hay sueltas en las montañas. Ellas nunca se cansan. Solo corren un poco cuando Perrito las persigue, pero enseguida le dan la cara y le amenazan con sus cuernos. Perrito se retira con el rabo entre las patas. Él sólo quería jugar.

Cuando llegamos a lo más alto ya no hay árboles, sólo pasto verde entre las rocas. Nos sentamos al sol y descansamos, comemos y nos refrescamos. Perrito y yo somos los más felices del mundo entero. O, por lo menos, de todo el mundo que se ve desde el hito que marca la altura de este monte. Ese hito es el primero que puso cuando empezó a trabajar. De eso hace ya muchos, muchos años. Yo ni siquiera había nacido. Me cuenta que conseguir ese trabajo le había hecho muy feliz, porque siempre había soñado con algo parecido. Un trabajo que le permitiera estar en contacto con la naturaleza, aunque dentro de un sistema que le ofreciera seguridad. Ya su padre, que también era ingeniero de montes, le había hablado de esta posibilidad si no quería encerrarse en un despacho.

Después bajamos la senda otra vez hasta el coche y, antes de que anochezca, saca otra bolsa alargada del maletero y, de ella, un montón de hierros y lonas. Es una tienda de campaña, y vamos a dormir dentro. Los otros bultos son dos sacos de dormir. Es todo tan emocionante que creo que no voy a poder pegar ojo en toda la noche, pero ni me entero del momento en que se me cierran los párpados.

Los días se repiten uno tras otro. Al amanecer, tras un desayuno copioso, recogemos la tienda y los sacos, el camping-gas y los utensilios, los pijamas

y la ropa sucia y nos movemos con el dos caballos hasta la base del siguiente hito. La ascensión es a veces más corta y abrupta, otras más larga y suave, pero siempre asequible a pesar de que los primeros días yo tengo agujetas. Al llegar a la cima, él me explica el mundo. Me señala el hito en el que estuvimos el día anterior, los nombres de las montañas, los valles y los pueblos que alcanzo a distinguir y, después de comer, me cuenta historias de su vida. De lo que había tenido importancia en ella. Sus «hitos». A mí me gustaron mucho algunos, como cuando se enamoró, cuando se casó, cuando yo nací, cuando nos cambiamos a una casa nueva con calefacción para el invierno. Otros, aunque para él han sido importantes, a mí no me interesan demasiado: cuando se licenció, cuando aprobó una oposición, cuando le ascendieron, cuando empezó a ganar más dinero, cuando le dieron la jefatura... Pero quiere que entienda que en la vida ha tenido que esforzarse, y que, cuando crezca, también estudiaré y lucharé por conseguir mis sueños, que no es el sueño que a mí me entra después de comer si el hito correspondiente no me parece emocionante. A Perrito ninguno le parece emocionante, porque se duerme todos los días.

Me acostumbro a montar y desmontar la tienda de campaña, a dormir en el suelo con el saco. Pierdo el miedo a las arañas o a los insectos que entran a dormir calientes con nosotros. Ya no tengo agujetas y a veces corro con Perrito por delante y vuelvo si oigo un silbido porque no le gusta perdersen de vista. Cruzo riachuelos por tablas o saltando de piedra en piedra sin mojarme. Aprendo los nombres de las plantas y de los pájaros y mi piel toma un color tan moreno como el suyo. Van pasando los días, los montes y los hitos.

Esta mañana llegamos al pueblo del que sale el camino del que, según dice, es el penúltimo día de nuestro viaje. Yo sé que se está acabando agosto y pronto empezará el colegio, por eso se terminan las vacaciones todos los años. Hoy el camino es duro, tiene muchas subidas llenas de piedras. Además, está nublado y se ha levantado un viento frío. Cuando llegamos al hito, nos colocamos de forma que nos haga de cortavientos para comer. No nos entretenemos apenas, hay nubes negras y panzudas que amenazan lluvia.

—Bajemos ya —dice papá en cuanto terminamos el bocadillo.

—¿No descansamos? ¿No me cuentas nada hoy?

—Te lo cuento de camino. No hay que perder tiempo, puede ser peligroso.

El camino de hoy, aunque empinado, es ancho. Papá me toma de la mano para bajar.

—Tú sabes que mamá lleva mucho tiempo enferma, ¿verdad?

—Sí. Creo que siempre ha estado enferma desde que yo me acuerdo. Por eso está siempre sentada, cosiendo, leyendo o escuchando la radio. Por eso no puede jugar, ni hacer excursiones ni subir montañas.

—Eso es. Por eso se quedaban, la tía y ella, cuando el tío, tú y yo nos íbamos a ver mundo, o a nadar en el mar. Y por eso empecé yo a salir menos al monte, porque quería estar más tiempo cerca de ella.

—Y por eso no podía estar Perrito en casa.

—Por eso. Cuando yo me iba, tú eras demasiado pequeña para cuidar de él.

—Luego ya no te ibas al monte nunca, te quedaste en la oficina.

—Sí, ese fue un hito muy duro, como el que hemos hecho hoy. A mí me gusta mucho más trabajar en el monte. Pero a veces no podemos hacer lo que nos gusta, porque tenemos que elegir. También quería pasar más tiempo con ella.

—Ahora has elegido pasar más tiempo conmigo y con Perrito.

—Sí. Ahora eres tú el hito más importante.

Comienzan a caer unas gotas grandes y pesadas. No hago más preguntas. En cada curva del camino se ve más cerca el pueblo, la placita pequeña, el dos caballos como un cochecito de juguete. Terminamos de descender en silencio, dejando que la lluvia se mezcle con las lágrimas.

Cuando llegamos, nos refugiamos en el coche. Perrito jadea en el asiento de atrás y huele a mojado.

—Hoy dormiremos en la fonda. No vamos a montar la tienda con esta lluvia.

—Papá.

—Dime.

—Mañana no quiero subir al último hito. Prefiero volver ya a casa.

—De acuerdo, hija. Mañana volveremos a casa. Por el camino haremos planes. ¿Quieres?

—Sí, haremos nuevos planes. Tendremos que buscar nuevos mapas y llenar de triángulos de colores otro mundo distinto.

Nos quedamos en silencio, viendo resbalar las gotas por el cristal. Luego trago saliva y pregunto:

—Papá, ¿podremos quedarnos con Perrito? Necesitamos un lado más para nuestro triángulo.

Sangre en la laguna

Fernando Gómez Hernández

Sangre en la laguna

Fernando Gómez Hernández

El viernes tres de noviembre de mil ochocientos ochenta y dos Jacinto Saldaña abordó la jornada con la misma indolencia con que lo hacía todos los días del año. Se levantó de la cama, hizo unos sencillos ejercicios para despejarse, realizó una ligera higiene de tórax y cara para terminar centrándose en las orejas frotándoselas de tal manera que cualquiera que lo viera diría que iba a arrancárselas. A continuación, enfiló sus pasos al comedor y tomó asiento en un butacón junto a la ventana. Se dispuso a desayunar una tostada untada con mermelada a la que acompañó con un tazón donde humeaba la leche. Entre mordisco y trago se zambulló en la lectura de la prensa matinal.

Las tres primeras hojas del diario no le provocaron interés, las dos siguientes no le depararon nada mejor que las anteriores; pero al llegar a la página seis la monotonía se quebró como un cristal después de una pedrada. Tras releer la información y pellizcarse la perilla alcanzó de encima de la chimenea una campanilla de plata. La hizo sonar en repetidas ocasiones y no cesó hasta que vio que entraba en la sala el mayordomo.

—¡Lea! —le interpeló con desdén alargando el periódico.

El criado, acostumbrado a cumplir los caprichos de su amo, comenzó la lectura sin demostrar el menor atisbo de pasión en ello.

—Junto a la ermita de la Virgen del Buen Acuerdo, término de Gallocanta, partido de Daroca, han aparecido esta mañana los cadáveres de los señores

médicos de Used y Tornos. Habíanse citado en dicho punto para arreglar ciertas diferencias, y no hallando términos hábiles para llegar a una inteligencia común, debió trabarse entre ellos una lucha horrible, que dio por resultado la muerte de ambos.

—¡Vaya sangría! —no pudo contenerse de exclamar al concluir la lectura de la escalofriante noticia.

—Es el reflejo de la España negra en la que nos ha tocado vivir —aclaró Saldaña, retirando el diario de las manos de su criado al suponer que ya no tenía en ellas utilidad alguna—. Dos galenos anteponiendo violencia a diálogo. ¡Menuda sinrazón! ¡Siglo de locos éste en el que nos ha tocado vivir!

El mayordomo lo contemplaba sin saber que hacer, si retirarse o continuar inmóvil al ser conversación que no le interesaba.

—¡Algo misterioso esconde esa matanza! ¡Puede estar seguro! —vaticinó Saldaña, quien después de permanecer meditabundo durante un corto espacio de tiempo exclamó mientras encendía, con movimientos perezosos, el primer cigarro de la mañana—: ¡Le aseguro que no pararé hasta descubrir quién es el culpable de este suceso! ¡Acto de tal calibre no puede quedar impune!

Al mayordomo no le extrañaron ni el tono ni las palabras. Las manías del señor le resultaban familiares, quizá, por qué no decirlo, excesivamente familiares. Unas extravagancias fruto de la soledad y el aburrimiento, que combatía coleccionando los crímenes que aparecían en la prensa, archivándolos perfectamente recortados en cajas que guardaba como un tesoro y que las ordenaba no por años, sino por tipos de delitos. En otra caja, separada del resto como si tuviera la lepra, guardaba los planos de las más importantes capitales europeas, a los que recurría cuando le llegaban noticias de crímenes ocurridos en esas ciudades. Viajero que nunca había salido en su vida de Barcelona, a excepción de un par de días en que pernoctó en San Andres del Palomar, era socio sin presencia en la Sociedad Geográfica de Madrid, conservaba los boletines de la institución como si fueran láminas de oro. Era de ese tipo de personas que pensaba que los salones de la Sociedad Geográfica rebosaban de personas con monóculo y salacot que contaban sus aventuras en lugares lejanos y de nombres hermosos. Samarcanda, Bagdad, Taormina...

—Acérqueme aquel libro. ¡Rápido! —ordenó al mayordomo señalando la estantería donde se hallaba en perfecto orden una enciclopedia que bien podría tratarse de la impresa por Francisco de Paula Mellado.

Obediente, el mayordomo se dirigió hacia el lugar al que señalaba el índice de su señor. Al tener dudas sobre hacia cuál de los volúmenes iba dirigida la uña, alcanzó al tuntún el que estaba a la izquierda.

—¡No!... ¿Qué hace?... ¡Ese no, por Dios! ¡Preste mayor atención! ¡El de su derecha! —le llamó la atención.

Al contar con el libro en su poder, los dedos de Saldaña ventilaron las hojas al encuentro del término Gallocanta.

—Gallo... Gallocan... ¡Gallocanta! Aquí está —dijo al localizarlo.

—Ande, no pierda el tiempo y lea lo que pone.

Leyó de corrido lo de municipio sujeto a la audiencia territorial y a la diócesis de Zaragoza. Atendió con más aplicación a donde ponía unas frases robadas a don Pascual Madoz:

—Su clima es templado y poco sano por tener en sus inmediaciones una laguna cuyas evaporaciones causan tercianas muy malignas.

—¡Vuelva a leerme eso!

—Su clima es templado y poco sano por tener en sus inmediaciones una laguna cuyas evaporaciones causan tercianas muy malignas. —Repitió desconociendo su interés.

—¡Ajaja! —pronunció Saldaña— ¡Tercianas! ¡Ahí está el busilis!

El mayordomo no entendía esa explosión de alegría, aunque poco le importaba. Hecho que no le impidió recordar que terciana era una calentura intermitente que repite cada tercer día. Saldaña a su vez se encontraba en otro universo, imaginando la disputa desarrollada a la sombra de la ermita.

Un paciente, víctima de esas evaporaciones, enfrentó en sus diagnósticos a los médicos de ambas poblaciones hasta provocar un resultado dramático. —Se atizaron a estacazo limpio como en el grabado de Goya. El enfermo el instrumento, la laguna la culpable. ¡Tan sencillo como la tabla del uno! —pronunció entre dientes, satisfecho de su sagacidad y creyendo haber concluido la investigación sin moverse de su cómodo hogar.

Sin demora, dejando a medias la tostada, arrojando el batín con actitud desganada sobre el respaldo de una silla y colocándose la levita, abandonó la casa con la intención de dirigirse lo antes posible al Círculo Ecuestre.

En el Círculo se arrellanó en un sillón. Encendió un cigarro de manufactura filipina, lanzó el espeso humo gris con dirección al artesonado y esperó la llegada de Evaristo Morillas, jubilado del Cuerpo Ejecutivo de Correos, quien se vanagloriaba de conocer todos los rincones de España.

—¡Don Evaristo! ¡Don Evaristo! —le llamó nada más verlo entrar en el salón.

Morillas se acercó e intercambiaron el consabido saludo de bienvenida que desde hacía un cuarto de siglo realizaban a diario.

—Estimado amigo, ¿qué puede contarme de Gallocanta? —preguntó sin más preámbulos a Morillas.

—¿Gallocanta? —pensó unos instantes al tiempo que jugueteaba con el bigote como si su boca fuera un reloj al que daba cuerda—, ¿Gallocanta?... ¡Gallocanta!... Supongo que se debe de estar refiriendo al pueblo de Zaragoza.

—Sí, al que tiene una laguna.

—Bien, bien... de aquí hasta Calatayud —recitó a modo de lección bien memorizada—, de Calatayud a Daroca y de allí a Gallocanta un valijero que no tiene día fijo... Así al menos es como recuerdo que era hace treinta años el itinerario que seguía la correspondencia; pero en la actualidad quién sabe, el mundo ha avanzado una barbaridad en los últimos tiempos. La Compañía

de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante lo ha venido a trastocar todo, aunque creo que la ruta no diferirá demasiado de la que le he contado.

—¿Conoce ese lugar de Gallocanta? —preguntó con curiosidad.

—¡Perfectamente! Tuve el honor de acompañar al General Ramón Cabrera, que Dios guarde en su gloria, en la capitulación de Daroca. Casi una hora nos costó a la tropa recorrer su laguna a trote alegre. El general en persona recomendó que nuestros caballos no bebieran de sus aguas ya que nos advirtió que su sabor era salmuera.

—¡Permítanme una puntualización! —sonó a sus espaldas una voz hueca y en cierto punto engolada.

Allí estaba parado Nicanor Castells, que bien sabía todo el Círculo Ecuestre que era licenciado en cartografía topográfica.

—No quisiera entrometerme en conversaciones ajenas, pero esa laguna me es familiar por haber conferenciado sobre ella en diversas ocasiones y en varias universidades. Aún recuerdo con contenida emoción la salva de aplausos con que fui obsequiado tanto por catedráticos como por estudiantes en las ciudades de Santiago y Alcalá—. Respiró hondo y después de un leve carraspeo comenzó su lección magistral. —La laguna de Gallocanta está situada en el fondo de una extensa cuenca endorreica, originada por el hundimiento tectónico de parte del Sistema Ibérico.

Morillas y Saldaña, se miraron con sorpresa, desconocían el significado preciso de endorreico y tectónico, pero no manifestaron la más mínima señal de su ignorancia.

—En sus caras percibo desconocimiento —continuó Castells—, discúlpennos por usar tecnicismos en los que solo los doctos nos movemos.

Cuencas endorreicas son aquellas cuyas aguas no llegan al mar porque los ríos desembocan en lagunas interiores o porque se agotan por evaporación, infiltración o consumo, ¿entienden?

—Entendemos, entendemos— contestaron sin querer entrar en la conversación.

—Y por su parte, una fosa tectónica es una larga depresión limitada en ambos lados por fallas paralelas, que dejan bloques elevados, y entre los cuales el terreno se ha hundido por fuerzas internas. Oyen bien, fuerzas internas, ¿entienden?

—Entendemos... Entendemos. —Pronunciaron a coro

—Puedo añadir de la Laguna de Gallocanta que sus aguas son salinas como ha apuntado con acierto hace un momento don Evaristo, habiéndolo oído en boca de Cabrera. Añadiré, eso sí, que su profundidad puede sobrepasar los dos metros y el nivel de las mismas fluctúa en ciclos de varios años, causa por la que algunos veranos permanece seca y cubierta por una costra de sal.

Y sin interrupción, sin dar tiempo a que los dos oyentes dijieran entendido, entendido, pasó a hablar de su fauna enumerando de carrerilla a chorlitos, zarapitos, archibebes, ánades tanto silbones como reales, sin dejar de lado los patos cuchara, las grullas y las avutardas. De la fauna saltó a la flora con la misma naturalidad de quien pasa del segundo plato al postre. Ese impasse fue aprovechado por Morillas y Saldaña para efectuar una decorosa retirada sin ni tan siquiera despedirse ni darle las gracias por tan soberbia conferencia, que poco tenía que envidiar a las pronunciadas en su día en Santiago de Compostela y en Alcalá de Henares.

Ramblas abajo, Saldaña recordó una librería en la cual, según afirmaba la publicidad que se intercalaba en la prensa, libro que no descansaba en sus estanterías era imposible encontrarlo en ninguna otra parte. Lo que no estaba allí no existía. En el mostrador de la tienda, solicitó al propietario algún volumen que hablase de Aragón y, en concreto, puntualizó deletreándola para evitar dudas, de la laguna de Gallocanta.

Al recibir el encargo el librero empezó a moverse compulsivamente como si estuviera siendo pinchado con alfileres. Con precisión, trepó a una banqueta y en lo alto solo con las vigas de madera como nubes se detenía en una hilera de libros apoyados en la pared. Repiqueteaba las yemas de los dedos en los

lomos de los libros que encontraba a su paso. Al no descubrir lo pretendido resoplaba. Acto seguido se bajó a toda prisa y se dirigió a la otra esquina del establecimiento encaramándose en la estantería con cualidades más de acróbata que de hombre de letras. A los pocos minutos y tras presenciar con espanto varios saltos mortales Saldaña ya contaba con un volumen de geografía en las manos.

—...se halla la famosa laguna de Gallocanta —leyó impaciente en busca de la pista definitiva— por los años de 1673 el pueblo sacaba del arrendamiento de su pesca ochenta mil reales de vellón y dieciocho mil arrobas de tencas, sin la caza de gansos, anadones, fochas, chilladeras, gumietas, chorlitos de varias especies y hermosos gorrones...

—¿Se lo va a llevar o lo piensa leerlo entero delante de mis narices? —le llamó la atención el librero.

—¡Me lo llevo, me lo llevo! No sea tan tiquismiquis.

En toda la noche Jacinto Saldaña no logró conciliar el sueño. Necesitaba una explicación lógica de porqué el humedal había segado la vida de dos eruditos y fue entonces cuando, en medio de la duermevela, creyó descubrir el secreto tan celosamente guardado. Una laguna que aparecía y desaparecía a su antojo sólo podía tener un objetivo, un plan maligno sin duda, despoblar la zona y aumentar su tamaño hasta convertirse en un mar que uniera el Mediterráneo con el Atlántico. Quería dejar de ser una cuenca endorreica para convertirse en un océano. Por muy fantástica que pudiera considerarse esa teoría, cuanto más la repasaba más seguro estaba de su certeza.

El día siguiente no desayunó y tampoco perdió tiempo en cuidar su higiene como si esa mañana su cuerpo no contara ni con tórax ni con cara. Sus orejas agradecieron el olvido de ser frotadas. Encerrado en el despacho, redactó una carta a Práxedes Mateo Sagasta recomendando al presidente del Consejo de Ministros la desecación de la laguna, alegando que el motivo para realizar tal acción era la utilidad que podría darse a la sal que de ella se extrajera. Ocultó la auténtica verdad de su misiva para no escandalizar al político y también, porque no decirlo, para evitar que pudiera confundirle con un loco.

—Llévela a Correos ahora mismo. —Le entregó la carta al mayordomo—. No la meta a tontas y locas en el buzón. Certifíquela y que salga hoy mismo para Madrid. El tiempo en un drama como este es oro.

En soledad comenzó a leer la diferencia que existe entre un lago y una laguna y se enteró de que la profundidad de las lagunas es menor que la de los lagos. También pudo descubrir que las lagunas solo tienen entrada de agua, mientras que los lagos tienen entradas y salidas.

Por la tarde, cada vez con un estado mayor de excitación, ordenó al mayordomo que le preparara un baúl.

—Ponga muda limpia para siete días. ¡Mejor para diez! Que sea de abrigo, que mañana parto para Daroca.

—¿Los nuevos de cabritilla?

—¡Qué me dice! Ponga los de cuero forrados de conejo, que esa tierra es muy fría por estas fechas y no sería de mi gusto que me salieran sabañones.

Todas estas órdenes eran consecuencia de su decisión de acercarse a la laguna de Gallocanta y alertar en persona a los alcaldes de las poblaciones colindantes del peligro que corrían sus habitantes.

—Tienen que escucharme, si no están perdidos. —Fue la conclusión.

La mañana siguiente, mientras se arrellanaba en el tren que le transportaría a Zaragoza, reparó en que por culpa de las prisas había olvidado la prensa sobre el taquillón del recibidor. Esa situación le puso nervioso. Temió que lo ocurrido en Gallocanta estuviera ocurriendo en otras lagunas como pudiera ser el caso de las lagunas de la Sierra de Gredos o en cualquiera de las lagunas negras. Necesitaba ese periódico, por lo cual mandó al mayordomo a que se dirigiera al quiosco de la estación y se hiciera con un nuevo ejemplar.

El mayordomo no tardó en agarrar uno y pagarlo de su bolsillo, porque su amo no le había dado calderilla. Mientras caminaba con destino al vagón

con la prensa en la mano ojeó las noticias más por curiosidad que por interés. Nada en especial había ocurrido ese día hasta que una noticia le hizo paralizar.

—Afortunadamente —leyó despacio para no confundirse ni saltarse de una línea a otra—, no ha resultado cierta la noticia del trágico fin de los médicos de Used y Tornos. Tuvieron, en efecto, los dos profesores ciertas diferencias, y aun se citaron para tener una explicación en la ermita del Buen Acuerdo, a donde fueron también otras personas respetables de ambas localidades. Con la cooperación de éstas se arregló todo de una manera amistosa.

El mayordomo escondió a toda prisa el periódico en el interior de la camisa y cerró la chaqueta para que Saldaña no pudiera verlo.

—No quedaba ningún periódico, señor —mintió.

Antes de que el tren se pusiera en marcha recibió las últimas instrucciones de su señor.

—Mañana lunes a más tardar lleve mis camisas a la lavandería a que les almidonen cuello y puños... ¡ah!, y si un día de estos el cartero llega con un escrito de don Práxedes déjelo en el escritorio bajo mi abrecartas de plata.

—Eso haré, señor.

—Ande, bájese del vagón. Aquí ya no tiene nada que hacer. —Dijo cuando el tren traqueteó y una nube de carbonilla invadió el andén.

Jacinto Saldaña, ilusionado, iba a la caza del culpable de unos crímenes que no existían. Si el mayordomo le había ocultado la verdad era porque en el fondo tenía un cierto aprecio a su señor después de tantos años a su servicio. Era la primera vez que veía a Jacinto Saldaña con ese ánimo que significa el haber encontrado un sentido a su tediosa vida. Por fin iba a realizar su gran viaje, una expedición a la altura de las que leía en los boletines de la Sociedad Geográfica.

Un mapa en el aire

Ramón J. Soria Breña

Un mapa en el aire

Ramón J. Soria Breña

Algunas páginas de las memorias de Frank Salter, piloto del Vuelo Americano de 1956-57

Por unos días has vuelto a Europa, a tocar tierra amiga y dejar la monotonía nerviosa de los turnos, las rayas de colores en el mapa, las fotos aéreas, los debates interminables sobre las maniobras más eficaces, el chirrido de la turbina del Sabre cuando aceleras por la pista de Kimpo y parece que dejas todo atrás, hasta que vuelas en la frontera y comienzas con el movimiento incesante de la cabeza buscando el *Fagot* que va a matarte. Ayer veías pasar los proyectiles del 37 por delante de tu morro y tenían el tamaño de vasos de cubalibre. Hiciste una *scissors* por instinto y tuviste al Mig medio segundo en el punto varias veces. Las ráfagas de tus 12,7 te parecieron chispitas de confeti contra el viento. Al menos, el enemigo picó y desapareció bajo un grupo de nubes. De vuelta, viste el corte de plata del río Yalu y pensaste en los peces que nadarían allí abajo, en quién los pescaría en el futuro y que nunca serías tú. En tierra, tras escribir con un mínimo de palabras el informe de vuelo, te dijeron que tenías por fin el permiso pendiente, el largo, el de diez días. Había unos B-29 a punto de volver a la base de Italia, ya calentando los motores.

En la base alguien te cuenta el proyecto de cartografiar desde el aire toda la península ibérica. Un trabajo largo y minucioso. Muy aburrido, tranquilo. Entrar en el *Army Map Service* sería fácil. Conseguir la acreditación de piloto para un Beechcraft RC-45 es pan comido con tu historial. Recoges del suelo una concha enorme de náyade, por el tamaño, seguro que vivió muchos más años que

tú. Por el color oscuro que aún mantiene por fuera y el brillo nacarado de dentro, intuyes que murió hace bien poco. Tal vez un año o menos. Unos metros delante, como colocada con mimo para una exposición, yace el ala abierta y seca, azul intenso, de un martín pescador. Tal vez un gavilán o el frío o la vejez rompieron el corazón de ese chisporroteo de vida y velocidad que es esa ave-cilla. Eso es volar y no tu *jet*. Recoges el ala seca. Días después la llevarás atada a la palanquita del nivel de los *flaps* a pesar de las protestas del mecánico. Quieres imaginar que, al menos, el zorrillo rebañó la poca carne que tuviera el resto de su cuerpo. Descubres a un pez hociqueando entre unas piedras. Lanzas con cuidado. Tomas la vieja mosca *Bunyan Bug* hecha con madera de balsa y pelos de ternero. Clavas. Sonríes. Tal vez hubieras agujereado a aquel Mig con una de las ráfagas, pero siguió volando como si nada. Si te hubiera tocado a ti uno sólo de los enormes proyectiles de su cañón no estarías aquí, temblando de frío, vivo, pescando barbos en España. Semanas después Emerson te pintó en el último *Sabre* que pilotaste un ala de martín pescador junto a tu nombre. Un mes después dejarás tu segunda guerra. No por miedo. Estabas cansado de la monotonía de la selva Indochina, la comida picante y las borracheras con el aguardiente Ying y la cerveza australiana de los días libres. Volver a Europa era volver a París, a los brazos de Cloe, el estofado de lengua de vaca de Chartier, el Burdeos rico y barato, los paseos en bicicleta por las alamedas de los pueblos perdidos en busca de pequeños ríos donde pescar a mosca. Aunque España no era exactamente París. España no era exactamente Europa.

En el Servicio había sospechas de que todo el precioso y preciso material fotográfico de un anterior «Vuelo alemán» de la *Lufthwaffe* podría haber caído en manos comunistas tras la batalla de Berlín. Además, los vuelos realizados en 1945 eran bastante imprecisos, opacos, con las nubes cubriendo la tierra muchas veces. Los fotogramas carecían de los datos de altímetro, hora de vuelo, de la cámara y de su focal, y, a veces, no había continuidad entre las fotografías. Las sofisticadas cámaras Fairchild y los nuevos sistemas de geolocalización que estaban usando tus compañeros en el sudeste asiático tenían mucha más calidad que aquel trabajo apresurado, realizado diez años atrás. Durante la semana libre que pasaste en París te enteraste de que Cloe se había casado con un exiliado checo. Estaban talando los olmos de muchas carreteras francesas para hacerlas más anchas. Los buenos Burdeos comenzaban a ser caros

y el famoso estofado del restaurante Chartier se había terminado las dos veces que quisiste comer allí.

Hoy hacías un nuevo vuelo a 5500 metros por aquel secarral lleno de las cicatrices brillantes de los ríos. Los mandos de cuerno de aquel Beechcraft RC-45 nada tenían que ver con la nerviosa palanca del Tbolt P-47 con el que acabaste tu primera guerra o con el del Sabre de tu segunda. Pero ahora te gustaba volar así, como hacía tu padre, explorando a conciencia la tierra para descubrir buenos ríos que guardaban grandes truchas. Todos te recordaban por aquel picado desde la máxima altura de combate grabado con cámara contra un Me 262, las ocho Browning del 50 segando el cielo del visor, la vibración de todo, el fogonazo de la turbina antes de explotar.

El río Tajo, que ahora sobrevolabas, estaba lleno de prometedores afluentes. Aunque había pocos bosques y todo estaba lleno de minifundios que formaban un puzle de miles de piezas, de pobres campos labrados, muchos de los torrentes de montaña conservaban un buen caudal de agua incluso en verano. Comenzaba mayo. Habías salido de Getafe a las ocho de la mañana. Tenías tu coche en el taller de la base, así que el viaje desde el Hilton lo habías hecho en un taxi que parecía una pieza de museo mal cuidada, en el que había goteras y tal vez los mapaches roían las tapicerías a juzgar por la roña de óxido de la puerta y la manta de algodón que cubría el antiguo cuero roto del Renault. La carretera de salida pasaba junto a cientos de chabolas y hogueras mal prendidas. No había mapaches en España, pero sí vivía «el animal más bello del mundo». Ava Gardner estaba rodando una película y tu comandante Gene Lucchesi decía que había pasado el sábado con ella. Por eso le hiciste el favor de cambiarle el turno, la resaca le impediría volar dos días. Pero a ti todo aquello ya no te importa, sólo atiendes a hacer bien tu trabajo y a ir visitando luego, durante los días libres, todos aquellos ríos que ves desde lo alto. El Tajo hace en ese lugar varias curvas muy cerradas. Consultaste el mapa del ejército y leíste que el pueblo de la derecha se llamaba Berrocalejo. A la izquierda las montañas de Gredos mantenían su orgullo y su nieve. Algún pico te recordaba al *Granite Peak* entre Wyoming y Montana. Dos días después irías con Dick Nemeth a pescar a uno de aquellos torrentes que desembocaban en el Tiétar con las nuevas moscas que te habías comprado en la tienda Farlows de Londres.

Lucchesi os había explicado el trabajo en el primer *brief* de febrero:

Realizar la cobertura fotográfica aérea de toda España. Recubrimiento estereoscópico. Vuelos a cinco mil metros para tener una escala media de 1:33.000. Un año y medio o dos años de tiempo máximo para hacer todo el rastreo. Ya sabéis que acaba de empezar lo que ahora se comienza a llamar «guerra fría», aunque el teniente ha conocido la guerra caliente en Corea. Los soviéticos tienen ya la Bomba, los comunistas han ganado también en China y, quién sabe, si no comenzará de nuevo otra guerra mundial; así que hay que tener buenos mapas de España, de Europa, del mundo entero...

Luego pasó a contaros los turnos y las primeras zonas de vuelo previstas, para ajustar las cámaras y la forma de volar. También os habló de los placeres de España, la belleza de las madrileñas, lo barata que es la comida en el Hilton. Tu habías leído aquel ensayo de George Orwell en el *Tribune*, al final de la guerra, titulado «Tú y la bomba atómica». Dormitabas en la cama de Cloe Balzac mientras ella había salido un momento a comprar algo para cenar y te pareció muy afortunado el término. Un año después, antes de dejar definitivamente Londres, volviste a leer al viejo George en *The Observer* «después de la conferencia de Moscú en diciembre pasado, Rusia comenzó a hacer una guerra fría contra Reino Unido y el Imperio británico». Cuando viste elevarse hacia la derecha el Me 262, estabas mirando de reojo, por un segundo, el brillo del río Dyle y supiste que tus ráfagas se cruzarían con él. Pensaste en la máquina, en la maravilla de poder volar en un trasto así, a ochocientos kilómetros por hora y sin hélices. No imaginabas que lo harías pocos años después por encima de la selva y que esta nueva guerra en el remoto trópico asiático se iba a llamar como la bautizó el cascarrabias de Orwell: fría, fría, fría.

Antes de comenzar este trabajo estuviste rastreando mapas viejos de la península ibérica en la Biblioteca Nacional y en el Instituto Geográfico y Catastral e hiciste algunas copias fotográficas. Siempre te asombra lo mucho que se parece la Tierra desde arriba a los mapas que dibujaron los cartógrafos de antaño, que jamás se elevaron del suelo. Tras alguna misión en Francia y Alemania, si tenías combustible, subías con el Jug hasta los cuarenta mil pies. Desde allí arriba, la Tierra era de verdad un precioso y soberbio mapa de colores, que no se parecía en nada a ninguna fotografía aérea. Te han revelado algunas de las fotos de esos mapas antiguos y las llevas siempre en los vuelos. Mientras con-

trolas los indicadores, hablas en silencio con Ptolomeo o con John Cary o con Mercator o con Gil es Robert de Vaugondy y les muestras lo bien que hicieron su trabajo, sin haber volado nunca. El Atlas del Mundo del geógrafo griego del siglo II Claudio Ptolomeo es una obra minuciosa. Es verdad que tiene errores importantes de longitud, ya que define un globo terrestre algo inferior al real. Se basó en las estimaciones de Marino de Tiro y tuvo menos en cuenta las mediciones de su maestro Eratóstenes, mucho más ajustadas a la realidad. Su *Geographiae* define muy bien una brillante metodología cartográfica y de proyección. Describe más de cinco mil lugares del mundo conocido hasta entonces y tiene veintisiete mapas muy bien dibujados. Pero se perdieron. Tal vez, los últimos ejemplares se quemaron durante la destrucción de la Biblioteca-hija del Serapeo en Alejandría, expoliada en el 391 d. C. Pero luego, siglos después, los cartógrafos medievales los reconstruyeron. Hiciste ampliar la foto de la xilografía publicada en Ulm y la pinchaste en la pared de tu habitación en la base. Es el primer mapa moderno impreso de España y publicado en 1482. Precisamente estabas pensando en Ptolomeo y, escoltando de vuelta a los B-17 cerca de Bruselas, cuando viste a aquellos Messer 262 trepando desde unos tres mil. Hiciste un chulesco *stall turn* para despejarte y picaste directo hacia ellos. Pasaste a nuestros aviones y empujaste un poco más la palanca del gas. Disparaste una mínima ráfaga para comprobar que las cintas de la munición no se habían agarrado por el hielo. Has dado muchas vueltas a aquellos diez segundos de bajada casi vertical. También mandaste hacer una buena impresión en papel impermeable del mapa de la península que está en *A new elementary atlas containing distinct Maps of al principal kingdoms and States throughout the World*, publicado por John Cary en 1813. Viste al piloto saltar en paracaídas. El revoloteo de la seda al salir del paquete y abrirse. Después, el precioso avión explotar.

Tras el convenio de defensa de 23 de septiembre de 1953, España comenzó a ser un destino apreciado por un tipo de piloto americano muy particular. Las bases aéreas de Morón de la Frontera, Torrejón de Ardoz, Zaragoza y Rota nada tenían que ver con el país que estaba ahí fuera, tras las alambras y los puestos de control. Atrasado, casi medieval, destrozado aún por una guerra civil que fue prólogo de la otra. Pero, a quienes le gustaba cazar y pescar, el sabor de lo exótico y lo primitivo o habían leído con interés a Washington Irving o a Hemingway, pasar una temporada en España era mucho mejor que unas buenas y previsibles vacaciones en Florida o Hawái. Otros equipos de

fotografía aérea andaban cartografiando Alaska, Italia, Noruega, Marruecos, Panamá, Brasil y muchos territorios del Pacífico, pero España tenía algo muy especial. También para el resto de pilotos amigos: John Meyers, Dick Nemeth, Ron Knaus, tu amigo Bil Pollock, Don Robinson, Hal Bradley, que también era un fanático pescador y, sobre todo, para el comandante Gene Lucchesi, ahora que se codeaba con una tal Ava.

La rutina del vuelo es siempre la misma. El vuelo instrumental es lo más importante. Navegáis mediante Radar Doppler, muy atentos a la velocidad media, el cálculo de distancias y rumbos. Tras la primera pasada hacéis un repaso de los datos de navegación y regresáis a la zona para completar la siguiente. Te pregunta Dick Nemeth, que esta vez es tu copiloto: «Tú, que vienes de los cazas, ¿no echas de menos la montaña rusa del Sabre?» Y le respondes: «No, nada de menos. Ya sabes que lo que más me gusta ahora es mirar desde aquí. Mirar y explorar luego los ríos que ves ahí abajo. No he visto un país de Europa que tenga tantos ríos, tan salvajes, tan limpios, tan bonitos». Pronuncias la última palabra en español. Te gusta la palabra «bonito» porque quieres pensar que significa a la vez: *nice, beautiful, pretty*. La primera vez que te alcanzaron ya ibas en un P-47. Tal vez fuera un Flak del 88. Estabas girando para enfilar a una locomotora que corría entre un bosque de abetos. Las otras dos veces fue más doloroso. Sabes que has tenido mucha suerte. Toda la suerte.

Los que van ahí detrás tienen que cuidar cada cámara Fairchild T-11. Os ha dicho Lucchesi que esos mamotretos de setenta kilos cuestan cada uno 14.400 dólares y que «¡quién rompe paga! A sí que, mucho ojo con los aterrizajes, suaves como cuando acaricias unas piernas con medias de seda, ¿vale chicos?». Le ha faltado decir «de mi Ava», pero lo estaba pensando, seguro. Los fotógrafos que van detrás supervisan el sistema electromecánico, las conexiones con el intervalómetro y el altímetro externo, los calefactores para control de temperatura, la carga de los siete kilos del rol o de película Kodak, los ajustes de la suspensión vertical y de las tres monturas giroestabilizadas para el control manual de la desviación de balanceo, cabeceo y guiñada. Y, sobre todo, la calibración del obturador Rapiidyne. Así que tienen poco tiempo para disfrutar del paisaje. Pero tú si puedes mirar y tomar notas para tu siguiente excursión de pesca cuando a Dick le toca pilotar.

Llegáis a Getafe ya de noche. Bill quiere ir al Hilton a tomar unos cubalibres, pero tú te quedas allí. En el barracón de los pilotos ocupas a veces una de las literas que casi nadie usa. Una cama estrecha que solo sirve a los mecánicos para echarse una siesta en las guardias. Aunque hace frío dejas abierto el ventanal. Escuchas el silencio. Luego, alguien en la cantina de la base ha puesto a Frank Sinatra «*In the Heaven stars are dancing / And the mountain moon is new / What a rare night for romancing / Mind if I make love to you?*». Entonces te quedas dormido. Tal vez la lengua de plata del Henares atravesando Guadalajara te había recordado aquel anteúltimo vuelo sobre el río Yalu. «*Migs!, many, many!*», gritaba tu compañero por los auriculares. Cabeceaste y viste el Sabre de «Boots» Blesse detrás de un Mig y luego aquellas sombras negras, proyectiles cañón, como veloces rayas de morse, pasando por delante de tu ala izquierda; tu inmediato giro cerrado a derecha, las ganas de vomitar, las palabras rasposas de Blesse en la radio, la sorpresa de ver entonces el Fagot pasándote por encima, tu mano moviéndose sin que tú lo hubieras ordenado buscando el tiro y la suerte, la ráfaga llegando como a cámara lenta por encima de la tobera del Mig enemigo. Cuando aterrizaste el Sabre limpiaste la bilis del amago de vómito que estaba pegada en la máscara de oxígeno.

Tu padre se había gastado los ahorros de su vida para que pudieras estudiar en la Universidad Stanford y fueras ingeniero. Pero te apoyó sin decir nada cuando preferiste estudiar Clásicas y luego, ya en el último curso, cuando lo dejaste todo, para hacerte piloto e ir a Europa. Al fin y al cabo, él te había metido el veneno de volar el día en que llegó a casa con aquella De Havilland desmontada en un remolque. Sabías que no le gustaría recibir la noticia de que te había hecho carne picada uno de aquellos proyectiles explosivos en un lugar del mundo que ningún americano sabría encontrar en el mapa. A pesar de la borrachera de celebración por el derribo de «Boots» y del tuyo, te acostaste muy pronto, te levantaste temprano y fuiste a los hangares a acariciar tu avión igual que si fuera tu caballo. El vuelo de hoy vuelve al norte de Madrid y a Guadalajara. Cada fotograma que capta la cámara abarca unos 42 kilómetros cuadrados, cada imagen tiene 6 km de lado, lo que dará una escala de 1:33.000. Has señalado en tu cuaderno de notas dos pequeños valles prometedores por los que discurren varios arroyos que desembocan en el río Henares. Gracias a la Gran Depresión del 29 tu padre compró casi nueva a un vecino arruinado la avioneta inglesa De Havilland con la que él, tu hermano y tú comenzasteis a hacer vuestras exploraciones fluviales por Montana y Wyoming. Aquel trasto

tenía un techo de vuelo de sólo 3000 metros y una autonomía de menos de 500 kilómetros. Además, volaba lenta como un cuervo mojado, así que era perfecta para descubrir paraísos a vista de pájaro. Luego aprobaste los cursos muy rápido. No sólo porque ya sabías volar sin problemas la AT-6 Texan de la academia. Hasta las clases teóricas de matemáticas y física aplicada te parecieron fáciles. Susurró para sí el instructor que «¡tenías el don!» También fuiste el mejor en las lecciones de combate aéreo y navegación instrumental. El primero en entrenarte en los Mustang. El primero de tu curso en pulsar en combate el botón de disparo.

Esta mañana, el motor derecho del Beechcraft tarda en calentarse, sientes como un estornudo de fondo en el runrún del motor. Subes un poco las revoluciones. Entonces funciona bien. Mayo ha amanecido muy limpio y, cuando despegas, España parece otra. Todas las siembras están muy verdes, salvo unos pocos recuadros de tierra que siguen en barbecho, marrones, pardos, grises. También el monte y los perdidos tienen un color esmeraldino. En tres minutos llegas a los arrabales de Madrid, las zonas de chabolas, los meandros de agua sucia que brillan como espejos, acero bruñido, por el ángulo del sol de la mañana. Al día siguiente se presentó la lluvia, así que os fuisteis a Madrid. La guapa archivera de la Biblioteca Nacional que habías conocido sabía algo de inglés. Durante esa segunda visita te llevaste a Bill. Os enseñó una copia del mapamundi del Beato de Gerona con la Tierra representada de forma cuadrangular. Para tu amigo fue amor a primera vista. «Tal vez lo dibujase una mujer llamada Ende en 974. ¿Saben que en la biblioteca Vaticana se guarda el mapa más antiguo de la Península, el bizantino *Urbinae Graecus* de 1300? Y luego está el *Hispaniae Nova Descriptio* de Jodocus Hondius, que es un mapa precioso y muy preciso de 1606. En los tres mapas, el cartógrafo o cartógrafa dio mucha importancia a los ríos. Los mapas son una bella forma de describir el mundo. Sirven para que los viajeros no se pierdan y para que los que no deseen viajar lejos y correr peligros imaginen cómo es la tierra remota. Los mapas, aún los más exactos, esconden espacios en blanco, trampas, imprecisiones y es trabajo del viajero saber interpretarlos y leer lo que no está escrito, lo que falta». Te das cuenta de que a ella también le gusta tu compañero. Hablan, se escuchan, se sonríen. No le dices que los mapas son también instrumentos de poder, sirven para dominar a las gentes, para trazar fronteras, planear conquistas, encerrar a los pueblos, llenar de sangre el mundo, destruir territorios hermosos y prístinos paisajes en esa futura tercera guerra mundial de la que

hablan vuestros generales, a medias con miedo, a medias con deseo y avidez. Dejas que el amor siga su curso. Te despides de ellos y te vas a Chicote a tomar unas copas con el comandante y la tal Ava.

Recuerdas cómo os contaba a tu hermano y a ti el viaje que hizo con la avioneta hasta Oklahoma, atravesando de parte a parte Wyoming y Kansas para ayudar a su primo Guthrie con el papeleo de una hipoteca vencida. Eran los años del Dust Bowl, el Cuenco de Polvo, tormentas negras y secas que esterilizaron la tierra. Tres millones de granjeros tuvieron que abandonar su hogar y huir hacia el Oeste. Luego, todo eso lo leerías en las novelas de Steinbeck *Las uvas de la ira* y *De ratones y hombres*. Pero las palabras de tu padre se te quedaron más dentro, porque su espanto era el de un hombre que pudo contemplar desde el cielo, y luego a ras de tierra, la enorme catástrofe. La sequía edáfica es invisible y mucho más terrible que el vaivén temporal de los ríos superficiales. La humedad de la tierra depende de la lluvia, pero también de la cubierta vegetal que la cubre, las aguas subterráneas, el tipo de agricultura que se practique y el uso que damos a las infinitas pequeñas arterias visibles e invisibles que al final confluyen en un río. Siempre habías pensado que España era así, igual que Oklahoma. Un secarral invivible sin ondinás, ni náyadas. Lleváis casi un mes en este país y aún no se te ha pasado el asombro por tanta maravilla y belleza. A ras de tierra, en los pueblos casi medievales, las carreteras mal asfaltadas y peor trazadas o en las ventas donde a veces paráis a comer algo y beber vino malo o cerveza caliente, —¡ay! ¡no ha venido hoy el del hielo, señor capitán! — es fácil tocar la miseria, el desastre, los rastros de la guerra ganada o perdida por alguien. Pero por encima de todo, a diecisiete mil pies de altura el país es distinto. Estabas muy equivocado. Demasiadas lecturas al pie de la letra de aquel Don Quijote que también atesoraba tu abuelo. El secarral manchego, la España esteparia, el horizonte duro con sangre, sudor y polvo de los viejos poetas para ti ya no existe. Ya te lo había dicho Ernest en París mientras tomaba caviar con una cucharada sopera de una lata de un kilo y bebía Clicquot a morro en medio de la gran suite. «¡Chaval! ¡Si te gusta pescar no hay país más fabuloso que ese!». Sabía de tu hazaña en el cielo y te avergonzaba bastante que se lo contase a todos los que celebraban la liberación de la ciudad inventándose el lance. Describiendo las maniobras de tu avión con dos cucharillas vacías, mientras una mujer que se parecía a la Dietrich te sonreía con un rictus burlón. «¡Marlene, este chico es un héroe! ¡Encima, pescador! ¡Los ríos más llenos de truchas que hay en el mundo están en

España! ¡En ese país hay miles de torrentes de agua bravas y limpias! ¡Nada que ver con estos ríos mansos de Francia! ¡Si España es el país más montañoso de Europa después de Suiza!» Aunque te habías leído *The Sun Also Rises*, no recordabas los momentos de pesca de los protagonistas en el río Irati o en el Bidasoa. Hemingway sacó de su macuto una guía, arrancó la hoja de un mapa y te fue marcando lugares y ríos de Navarra y la Rioja donde había pescado «¡cientos y cientos de truchas!». Aún conservas ese papel. Encima, todo era verdad. En cada vuelo contemplabas innumerables ríos con buena corriente llenos de afluentes, infinitos arroyos, pequeñas lagunas, manantiales y fuentes de agua, cada uno con su exótico nombre de raíz árabe o celta escrito en los mapas anticuados que os había pasado el ejército español. No entendías el porqué de este sangrante contraste entre el cielo feliz y la tierra baldía. La pobreza ancestral del país con la belleza salvaje del agua que corría desde la nieve y el hielo de las sierras. Habías visto unas fotografías en un Life del 51. El reportaje se titulaba «*Spanish Village*», Pueblo español, del fotógrafo Eugene Smith. Mostraba una aldea miserable en la que no había teléfono, alcantarillado ni agua corriente. Muchos pueblos por donde pasas no son muy diferentes. Llegáis al aeródromo de León casi al anochecer. Los mecánicos os dicen que era cosa de un filtro de la bomba de combustible. La han limpiado y listo. Dice uno de los mecánicos que el taller donde estáis sirvió para el mantenimiento de la Legión Cóndor. Decidís volar a Madrid, aunque ya sea casi de noche. No hay luna. Desde arriba se ven las mortecinas luces de los pueblos. Casi toda la tierra está a oscuras. Te parece que haces un viaje en el tiempo a otro lugar de la historia.

Al día siguiente voláis sobre la Meseta norte y parte del Cantábrico, porque esa zona está despejada de nubes. Toca fotografiar una parte de la provincia de Burgos y de Santander. Durante el vuelo de vuelta, has tomado nota de esa parte del Ebro en la que el río aún corre emboscado y furioso. No has dejado de acordarte de los ojos de la mujer que se cruzó contigo ayer en la pista. Te asombra como, en poquísimos kilómetros, cambia la orografía de esta tierra. De un valle cerrado y boscoso se pasa, de pronto, a una llanura esteparia y luego a picos nevados de alta montaña para sobrevolar después un extraño bosque de árboles muy separados que aquí llaman dehesa. Lo que más te gusta es mirar por la ventanilla, en los vuelos de ascenso y descenso, cuando todo ese paisaje aún tiene relieve y no está tan lejos. Al día siguiente tuvisteis otra vez suerte. Parte meteorológico: tormentas y lluvias por el norte. No te

costó convencer al comandante de hacer una nueva excursión a esa zona del mapa que marcabas con el dedo. Antes de la excursión te acercarse otra vez a Madrid. La bibliotecaria te ha buscado el Gran Atlas Cartográfico de España dibujado por Tomás López y su equipo por encargo de Godoy. Una gran obra cartográfica terminada en 1804. En sus páginas contemplas de nuevo la importancia que daban los geógrafos de entonces a los grandes ríos, sus afluentes y los arroyos que dan vida y embellecen la orografía del país. Buscas en el atlas el Alto Ebro. Cuando bajas por las escaleras de la Biblioteca Nacional, sorpresa, te cruzas con la hija del piloto. Sonríe. Le haces un saludo militar con tus dedos sobre la gorra. No eres capaz de decir nada.

Han pasado trece años de esa guerra y aún tienes pesadillas. Entonces te despiertas, crees que has gritado en sueños. Sales al jardín del chalecito y te bebes el café junto a los compañeros. Son las seis de la mañana. La base ya lleva rato despierta. Los mecánicos han revisado los aviones y llenado los depósitos de fuel, los fotógrafos han cargado los negativos, comprobado los anclajes y las amortiguaciones. Por último, han limpiado las lentes. Te tomas otro café con Luchessi en la cantina. No hay prisa. Esperáis a que el sol esté bien alto. El camarero ha hecho los deberes de cotilla. «La señorita Andrea ha estudiado Filosofía y Letras y tiene un doctorado en Historia Antigua por una universidad americana». Luego tiraste de la lengua a algún mecánico español de la base. Tu conocías muy bien los doscientos setenta F 86 Sabre viejos que tu país había vendido a España. Eran aparatos algo cascados y los *grasillas* siempre te preguntaban detalles cuando supieron que tú los habías volado en Corea. «El padre de Andrea ha estado en las bases de Laughlin en Texas y en la de Nellis en Nevada, así que ella ha pasado allí un año estudiando». Los pilotos españoles estaban encantados con los Sabre y, aunque la mayoría de los aparatos necesitaban revisiones a fondo, los mecánicos eran muy buenos. «Además, a la señorita también le gusta pescar». Ese día comenzasteis a fotografiar Aragón hasta los Pirineos y también Cataluña. Por cuestiones logísticas os quedasteis una semana en Zaragoza. Hasta el viernes no volviste a Getafe. Cuando pasaste esa noche por delante de su casa, de camino a tu chalecito, Andrea fumaba en el porche. «¿Así que tú eres el chico que anda todo el día preguntando por mí? ¿Vais mañana a pescar a algún sitio? Mi padre también pesca y quiere conocerte. Os podemos llevar a uno de nuestros ríos secretos».

Cambias un turno a otro piloto que te debe un favor y te presentas en la biblioteca a la mañana siguiente. Te pasan a la sala de lectura. Pocos minutos después llega ella con un gran libro y una sonrisa. Te muestra el mapa. Aunque a esa hora hay poca gente en la sala, acerca sus labios a tu oído para no molestar a los demás. «Mira. Prefiero la distribución racional y afrancesada de José María de Lanz y de Zaldívar, éste es su mapa de las Prefecturas de 1810, bel o y equilibrado, retuerce la historia de los territorios y utiliza mucho los ríos y los accidentes naturales como lindes y fronteras, busca el reparto equitativo del terreno, salvo Madrid y Murcia, no sé por qué. Pero a nadie le gustó este mapa, les parecía una sensatez afrancesada. Sobre todo, me encantan los nombres de esas prefecturas. Los reinos antiguos, los recortes fronterizos irregulares se van a freír espárragos aquí. A Pepe Botella no le hicieron caso y luego volvió el canalla de Fernando VII, su inquisición, su ranciedad y su atraso borbónicoide. ¡Qué país el nuestro!». Te promete hacer una copia. Salís a tomar algo al café Gijón que está en frente. Le dices, «a veces hablas como una comunista -se ríe-. Será por lo mucho que he aprendido en tu país el año pasado». Pedís unos cafés americanos, el camarero os mira raro. Andrea te sigue hablando de mapas, de geografía, de cosas que luego apuntarás en tu diario y muchos años después volverás a leer. O te leerá ella.

Habéis completado 4533 horas de vuelo, llenado 600 bobinas con 60.000 fotogramas. Nueve compañeros se han casado o se van a casar con mujeres españolas. Quién sabe si tú. Andrea no ha venido a despedirse. Se va contigo. Y contigo pescará en Montana, Nuevo México, Alaska, Virginia, Illinois, Nueva Inglaterra. Obtendrá la licencia de piloto, os compraréis una *Piper J-3*, luego una bimotor *Piper Navajo* a medias con tu hermano, «así podréis llevar a los niños a vuestros ríos». Hará el doctorado con una tesis sobre los «habitantes de tiendas», los *habirû*, los «huidos» que se negaron a vivir en aquellas ciudades magníficas de Mesopotamia. Tú dejarás pronto el *Army Map Service* y viajarás con ella en los setenta a Irak, Siria y Afganistán, siguiendo la Ruta de la Seda y las ciudades de Tamerlán, antes de que las nuevas guerras lleguen a esos lugares. Ha sido muchos años profesora de Historia Antigua en la Universidad de Chicago. Tú, de Literatura Medieval. Ella ha sido una brillante investigadora a la que a veces entrevista la televisión y sigue viajando lejos a sus excavaciones. Tú, un gris profesor cascarrabias al que sólo admira Norman Maclean, porque has escrito también un *Manual de instrucciones para interpretar mapas militares y fotografías aéreas* y sueles pescar muchas más truchas que él. Vuestros

hijos ya se han ido de casa y este es el último curso antes de la jubilación. La vida juntos ha sido buena, feliz a ratos. ¿De verdad han pasado ya veinticinco años desde que te cruzaste con ella en la base de Getafe? Hace dos días llamaste a un amigo de esos tiempos de España para pedirle algunas de las fotografías de aquel vuelo del *Army Map Service* del 56 y 57. Son aún secretas, pero te hará unas copias. Y hoy has ido al río Gallatin a despedirte. Fue el primer río con el que viniste a pescar con Andrea cuando volviste a EE. UU. Estudiaste en la facultad a Galton y su concepto estadístico de correlación y regresión hacia la media, todo eso de la sinestesia y los anticiclones, pero lo que te gustaba de Francis Galton, es que hubiera inventado este saco de dormir en el que ahora te arrebujas junto a ella. La vida al sol hace tiempo que se ha puesto en marcha, pero te gusta esta pereza, el tacto del plumón tras la seda de este saco que es el mismo que compraste entonces. La sensación de flotar sobre la hamaca que colgaste entre dos sauces, la piel desnuda y caliente de tu mujer que se despierta, te sonríe, te besa. El humo de las brasas que la brisa remueve y que te indica que el fuego no se ha apagado. Al final, sales de pronto de tu nido, te pones las botas tras sacudirlas por si los escorpiones, te lavas la cara en una de las corrientes como cuando eras joven y estabas solo, recalientas el café del termo y el medio emparedado que sobró ayer. La grasa del jamón chisporrotea y su olorcillo hace sonreír a tu hambre. Metes tu equipo de pescar en la pequeña mochila y bajas al Codo Largo. Antes, coges tu viejo cuaderno y escribes estas frases.

Luego compruebo por las fechas que han pasado quince años desde la siguiente anotación. Leo ahora las últimas frases de tu diario y contemplo las fotografías que metiste entre sus hojas: «Se puede viajar en el tiempo por el territorio, contemplar en detalle cómo eran los ríos y las tierras de España hace más de cincuenta años. Hoy son públicos y accesibles los 60.000 fotogramas del llamado Vuelo Americano que hicimos entre marzo de 1956 y septiembre de 1957. Cualquiera que haga ese viaje temporal y geográfico se asombrará por todo. Las ciudades y los pueblos todavía no han sufrido el enorme crecimiento urbano de los sesenta y setenta, ni tampoco la desastrosa burbuja del ladrillo de la primera década del siglo XXI. Entonces, la mayoría de este país estaba arado, pastoreado, cultivado y la cantidad de pequeñas parcelas de secano parecía infinita. España seguía siendo un país europeo atrasado y pobre, pero eso no se puede ver desde tan alto. Sobre todo, lo que asombrará a ese viajero del tiempo es la cantidad de ríos y arroyos vivos que cruzaban enton-

ces por todas partes el país. Tras tantos años, hoy, que cumplo noventa y siete, recuerdo y saboreo aún ese asombro».



Aquellos tiempos en Corea tras los fagot.



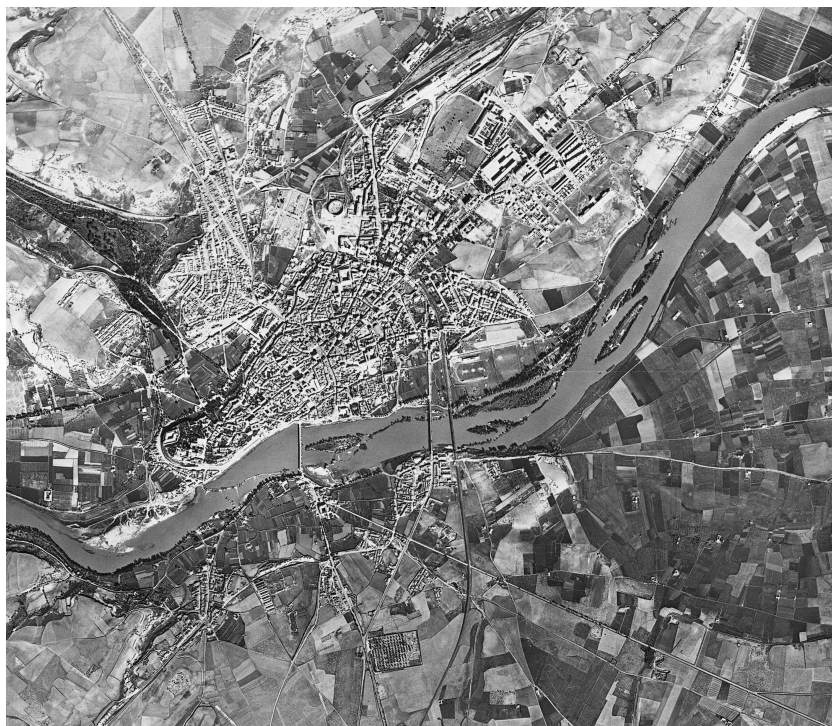
En nuestro Beechcraft RC-45, segundo vuelo.



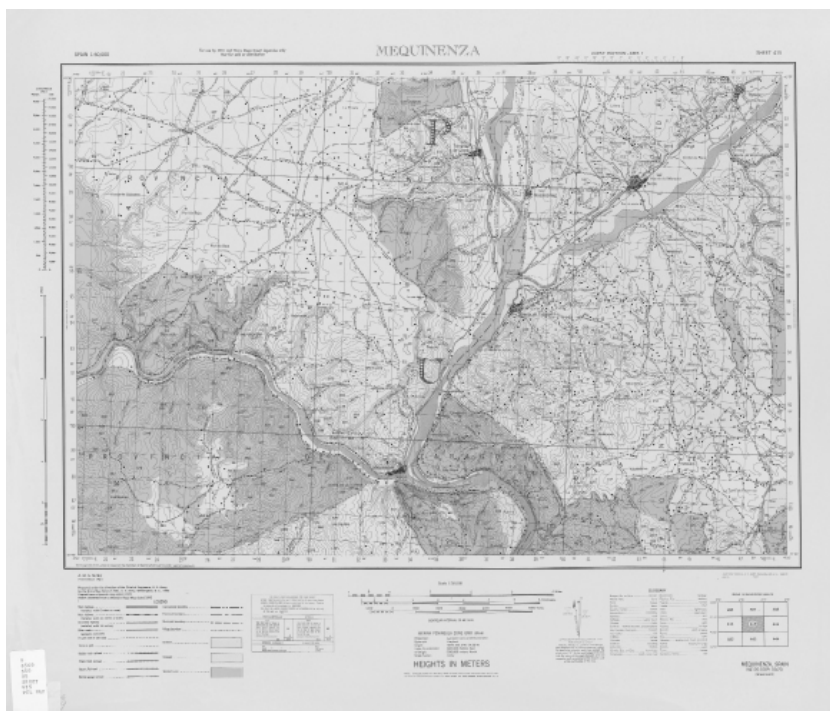
El primer mapa que me regaló Andrea. Archivo de la Fuerza Aérea de los EE. UU.



La vieja Fairchild que luego compré en un mercadillo de Texas. Aircraft Mapping Camera T-11, KC-1, KC-1B and KC-9A Technical Manual (Fairchild camera)



Zamora desde el aire.



El Ebro para cuando volvamos a España

*Fotografías y mapas del Archivo de la Fuerza Aérea de los EE. UU.
Ortofotografía aérea del vuelo Americano Serie B 1956-1957.*

Hasta que se mueva el eje de la Tierra

Guillermo Rubio Arias-Paz

Hasta que se mueva el eje de la Tierra

Guillermo Rubio Arias-Paz

—Te veía en la escuela, te seguía con la mirada.

—Iba dos cursos por debajo de ti, no creo que me miraras tanto.

—En los recreos, mientras jugaba al fútbol, te miraba. Tú también me mirabas, no lo niegues, tus ojos parpadeaban para mí.

—Qué cosas tan bonitas dices, yo solo parpadeaba. Pero notaba tu mirada, me gustaba lo que veía en ella, eras tan...

—¿Tan qué?

—Déjalo.

—No, dime.

—¡Venga, vamos a montar en la noria! —sonríe Miray mientras extiende su brazo hacia el chico.

Sedat obedece al tiempo que se estremece con el roce de la mano, mano tan blanca como la Luna que, tras salir por detrás de las colinas de Asia, tiende ahora un puente de plata sobre el Bósforo, en el verano de 1998.

Compan dos *tickets*, montan en una cesta. Sedat conoce al chico que rompe los *tickets* al entrar, implora con la mirada, el chico le sonríe al tiempo que mueve una palanca y la noria avanza.

—Mira, vamos solos— se extraña Miray, sonríe Sedat, se acomoda en el asiento frente a ella.

Comienza a girar la noria, los dos jóvenes quedan callados contemplando la feria que se aleja, el conjunto de casetas forma una serpiente de luces blancas entre las que la gente camina. Empieza el descenso y se renuevan los gritos. Sedat, desde su banco, toma la mano de Miray en un gesto que es algo más que mera protección, pero puede interpretarse como tal, siguen a la vista de las amigas de ella, con las que ha acudido a la feria. La noria vuelve a ascender, provocando gritos que surgen de cada cesta. Los dos jóvenes observan el suelo y la oscuridad de la noche, sus manos siguen unidas, los dedos de Sedat se atreven a entrelazar los de Miray. No se miran por temor a romper el hechizo, a que todo cambie, a que ese momento no sea eterno. La noria se detiene, su cesta queda parada en lo más alto, meciéndose en silencio, la música ha parado al comenzar una rifa, Sedat se sienta junto a Miray. Sus miradas se encuentran, en sus rostros serios se lee un vértigo que no nace de la altura, sino de sus cuerpos anhelantes de algo desconocido. Ella sonríe, él acerca su boca lentamente. Se rozan los labios entreabiertos, se funden en un beso que nadie ve, que lo dice todo e ilumina sus vidas mucho más que la Luna sobre el Bósforo, más que las luces de la feria, más que las farolas que enmarcan las calles y caminos de Sariyer, a sus pies.

«Sariyer no es Estambul», dicen los vecinos. Comparten un sentimiento de identidad que les une y diferencia, ellos no son estambulíes, son nacidos en el viejo Sariyer, puerto de pesca tranquilo, elegido por el Sultán, hace más de dos siglos, para que las grandes potencias erigieran sus embajadas junto al Bósforo. Cuando crearon Ankara y trasladaron allí la capital, las embajadas de Sariyer, con sus enormes jardines y sus palacetes, quedaron relegadas a residencia de embajadores. Aquí volvían en cuanto les era posible, huyendo de la aburrida nueva capital, para recuperar el pulso al país en su auténtico corazón, Estambul. La vida de Sariyer prosiguió su curso. Alrededor de las embajadas

persistieron los palacetes de la alta burguesía. Junto al mar viven los pescadores y comerciantes. Sobre las colinas, los agricultores, que bajan sus productos a los mercados de la costa.

Sedat ha acabado de ordenar las capturas que, junto a su padre y sus tíos, ha descargado a primera hora de la tarde. Las cajas de madera descansan ahora seleccionadas por especies y tamaños, su padre y tíos echan hielo por encima.

Pide permiso para irse y se va con paso rápido, observa por un momento la embarcación de su familia, amarrada por él a dos norayes y mecida por el suave oleaje. Un día él la patroneará, es su destino. Asciende por un sendero apoyando las manos en los muslos; hay camino para coches, más tendido y cómodo, pero más largo. Descansa a media ladera. El Sol, en su camino hacia Europa, aún cubre de plata las aguas del Bósforo. Retoma la marcha y en pocos minutos tiene la casa a la vista. Se detiene a la sombra de la acacia que, desde hace un año, le sirve de lugar de espera y vigilancia. Toma distraídamente una hierba larga y la mordisquea.

Enseguida ve a Miray salir a la terraza, lleva un balde de latón en los brazos, lo deposita en el suelo. Sedat la observa: va descalza, lleva el pelo sujeto en una coleta, viste pantalón y una camiseta blanca. Comienza a sacar ropa del balde y a colgarla al sol. Primero coloca, en el cordel más expuesto, dos pantalones: por el tamaño son de su padre. Luego otros pantalones más pequeños, de su hermano menor, o tal vez de ella. Después toca el turno a camisas de hombre y, a su lado, blusas de la madre. La ropa se mece al sol, ordenada por tamaños y colores. Luego cuelga la ropa interior en la segunda cuerda, oculta por la ya tendida. También aquí sigue un orden cromático y de tamaños, que hace la ropa interior tan bella como si estuviera en las estanterías de una tienda. Cuando la madre lava ropa blanca, las sábanas y fundas de almohada, los trapos y la ropa interior siguen el mismo orden, las sábanas parecen banderas blancas, azules y rosas que perfuman el aire con olor a jabón.

Miray desaparece de la terraza. Cinco minutos después sale de casa, lleva un vestido negro estampado con flores y un pañuelo a juego sobre el cabello. Se acerca a la acacia, donde sabe que le aguarda Sedat, se tiende a su lado.

Ocultos por las hierbas altas se besan y acarician, las manos del chico buscan bajo la ropa, ella le rechaza y se incorpora sobre un brazo:

—¿Me has espiado mientras colgaba la ropa?

—No, acabo de llegar.

—Mentiroso.

—¿Por qué la colocas con tanto cuidado? Llegamos tarde.

Desde aquel primer beso en la noria el verano anterior, Sedat ha esperado decenas de veces a que ella acabe de colgar la ropa. Su madre cocina, limpia la casa y pone la lavadora, pero no la dejan subir a la terraza porque sufre mareos, temen que se caiga en la terraza sin baranda, o que pierda pie en la escalera de peldaños irregulares. Qué importaban la baranda o los peldaños irregulares cuando eran jóvenes y dejaron la costa del Mar Negro para instalarse en las montañas de Sariyer. Se hicieron con una hectárea de terreno con una construcción pobre, que convirtieron en hogar con sus propias manos.

Lograron un precio de saldo, pocos querían vivir allí, aparte de algunos agricultores y cabreros. El padre de Miray vendió su parte de la casa familiar, junto a la playa de Gümüsdere, en el Mar Negro: con eso bastó para comenzar una vida de agricultor.

Se quita el pañuelo Miray, caminan cogidos de la mano. Se acercan a una casa de veraneo de las que abundan a media ladera, lejos del bullicio del puertecito.

Desde allí arriba dominan el Bósforo, ven Asia enfrente, inmensa.

Los padres de Miray decidieron dejar la costa del Mar Negro para salir de la pobreza. Ironías del destino: veinte años después, al borde del cambio de siglo, su familia regenta un hotel de veraneo que les da para vivir cómodamente todo el año. «Y nosotros aquí, con nuestro huerto y las cabras... no hemos

prosperado tanto como los tíos», bromea el hijo pequeño, Kemal, sonriendo mientras toma un sorbo de té. La madre abandona por un momento la labor de punto y protesta: «Tenemos nuestra casa, la mejor huerta de Sariyer, nuestros animales. No nos falta de nada». «Hasta televisión tenemos, aunque no podamos verla», responde Kemal. El padre se levanta del sofá, «Muy bien, ya podéis encenderla, me voy a la cama», se va rezongando, «ese aparato acabará con la familia», sentencia. Se va con su pipa humeante, su madre y su hermana sonríen, el hijo conecta la televisión, va a empezar la serie: el padre siempre se va a tiempo de dejarles verla.

Son casi treinta los jóvenes que se han juntado en la casa de la ladera.

Algunos han traído bebidas alcohólicas. La piscina está llena y limpia, la mayoría se ha bañado y ahora se sientan en el borde, mojándose los pies.

Oyen música occidental, beben refrescos, fuman. Hablan de la feria de Sariyer, que están montando junto al puerto un año más. Bromean sobre lo bien que fue la feria del año pasado para algunos, miran a Sedat y Miray, todos ríen. La conversación se acaba centrandose en el fin de año. El dueño de la casa —hijo de los dueños, en realidad— propone hacer una fiesta allí el lunes siguiente, sus padres estarán en Estambul. Todos aplauden la idea y vuelven a discutir sobre el año 2000, que llega en seis meses. Acaban acordando que pertenece al siglo XX, pero representa, a la vez, un cambio de milenio. ¿Se bloquearán los ordenadores de todo el mundo, creando un caos de consecuencias inimaginables? ¿No previeron los primeros informáticos que los años comenzarían por el número dos?

Bülent, amigo del dueño de la casa y de Sedat, estudia Ciencias Físicas en la universidad. Afirma que han debatido sobre los cambios que pueden darse al entrar en el nuevo milenio, pues coincide con un momento crucial de uno de los movimientos del eje de la Tierra, el bamboleo de Chandler. Hay risas por la pedantería, pero el joven no se ofende, sonríe y prosigue: explica que el calentamiento global aumenta el bamboleo del eje de la Tierra y la entrada en el nuevo milenio puede coincidir con movimientos más acusados. Los chicos a su lado empiezan a bailar parodiando un bamboleo, todos ríen, intentan tirar

al agua a Bülent, que les agarra y acaban cayendo tres juntos, otros se zambullen entre risas. Tras el baño, la música se impone. Algunas parejas se esconden en el jardín, Miray y Sedat bailan junto a otros amigos, luego se abrazan y bailan pegados cuando suena una balada. Pasan las once de la noche cuando desandan el camino, guiados por la luz de la Luna. Ha refrescado, Miray lleva el pañuelo sobre los hombros a modo de chal.

—Has estado muy callado, Sedat.

—La fiesta de fin de año. Yo estaré en el ejército, me incorporo a filas el uno de septiembre.

—¿Ya tienes fecha? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Ha llegado la carta hoy.

—Tendrás permisos, seguro que en fin de año puedes venir unos días.

Calla Sedat, ella toma su mano, le obliga a parar, le besa suavemente. Las manos de él recorren el vestido, acarician el cuerpo firme, los muslos, las manos suben pero ella se separa.

—Quieto Sedat... tengo que irme.

Caminan hasta la casa, ante la fachada el silencio de la noche es apenas roto por nuevos besos y suspiros. Sobre ellos, la ropa tendida se agita con la brisa.

Ella se separa bruscamente, temiendo no ser capaz de despegarse, abre la puerta. Sedat susurra:

—Dime que me amas. Que me amarás siempre.

Acaricia Miray el rostro del joven, sonrío al hablar:

—Te amaré hasta que cambie el eje de la Tierra.

Sonríen ambos, se besan de nuevo, les cuesta separarse, al fin ella lo hace y habla desde el umbral:

—El fin de semana próximo estaremos solos.

Sonríen ambos, ella desaparece, él comienza a descender hacia su casa.

Es viernes. El autobús va repleto y avanza lentamente, la radio crepita entremezclando canciones populares. Sedat combate las incomodidades cerrando los ojos y pensando lo que debe hacer al llegar a Gümüşdere. Tendrá que encontrar la vieja caseta de pescadores en la playa, última posesión de los padres de Miray en su pueblo. Nota en su mano la llave que le dio ella la tarde anterior, pasa un dedo lentamente por el borde, aprendiendo la forma de sus dientes.

Dos horas después parte otro autobús desde Sariyer, con destino final en la playa de Karaburun. En la estación de autobuses se han juntado Miray y cinco amigas del instituto. Van a realizar un pequeño viaje de fin de estudios, volverán el domingo por la tarde. Las madres de las amigas han ido a despedirlas, no la de Miray porque su casa queda lejos, a ella le ha acompañado su hermano Kemal. «Pásalo bien hermana», se despide. Miray camina por el pasillo del autobús y ve a Kemal por la ventana, se sonríen y siente una punzada en el corazón. La incomodidad de la mentira; cómo contarle la verdad a su hermano de tan solo catorce años. Aunque algo le dice que él sabe y calla. Comienza a moverse el autobús, las madres saludan a las hijas, también Kemal agita las manos en un último adiós.

Las amigas están más nerviosas que ella, a la emoción del viaje juntas se une la cita de Miray con su novio, aventura que genera risas y envidia, si tuvieran un novio tan guapo como Sedat, tan formal, tan maduro, harían lo mismo, aseguran. Ese autobús, más que el inicio de un viaje, es el fin de una época de sus vidas. Adiós a las confidencias diarias, adiós a los sábados en la plaza Taksim luciéndose ante los jóvenes de la capital, tan osados y divertidos. Una de ellas tiene novio, se casará, desaparecerá como si cambiara de planeta.

Sedat encuentra la cabaña sin dificultad, la rodea. La arena ha creado una pequeña duna ante la ventana lateral; la puerta mira hacia el mar, es de madera y ancha, lo suficiente para meter y sacar una barca de pesca. Los padres de Miray la usan cuando vienen a alguna boda, nacimiento o entierro.

También en sus cortas vacaciones, no más de una semana: el padre no puede dejar huerta y animales al cuidado del vecino más tiempo.

Al entrar le golpea el olor a humedad y la luz crea rectos caminos de polvo en suspensión. Las estancias de la familia de Miray la han mantenido en mejor estado por dentro que por fuera. Abre la ventana del salón y pasa al baño: un lavabo, una letrina y un grifo con una manguera sujeta a la pared a modo de ducha. Gira el grifo del lavabo y, tras unos gorgoteos, sale un agua marrón, que va aclarándose poco a poco. Abre el ventanuco de cristal traslúcido, deja el baño aireándose y el agua corriendo.

En la estancia principal hay un sofá y dos colchones recogidos uno sobre otro, con colchas encima, más una mesa baja y cojines sobre una vieja alfombra.

Las paredes están desnudas salvo un calendario de 1998: un año antes, el tiempo que lleva sin usarse la cabaña. La pequeña cocina de gas sobre una repisa de ladrillos está unida a una bombona. Prueba los fuegos, funcionan.

Abre la ventana sobre los fuegos y se dirige al único dormitorio. Observa la cama y las dos mesitas a juego, el armario a un lado, la ventana al otro. Allí van a dormir juntos, van a hacer el amor por primera vez. Siente inquietud y deseo.

Abre la ventana, ahora toda la casa está abierta y el cálido viento penetra secando los muros y el aire. En el armario encuentra sábanas, hace la cama.

Dedica un buen rato a quitar el polvo. Empieza por el dormitorio, luego prosigue con el salón, después limpia el baño. En las estanterías bajo los fuegos deja los alimentos que ha traído, entre ellos un bocadillo, sale con él a comerlo a la sombra de unos arbustos cercanos, el calor aprieta. Al acabar en-

ciende un cigarrillo, el viento le agita los rizos sobre la frente y le arrebató el humo de la boca.

Revisa el dinero que lleva encima, cierra las ventanas y la puerta de casa, camina hacia el pueblo.

Las amigas avivan los cuchicheos cuando el conductor dice el nombre de la siguiente parada: Gümüşdere. Miray sonríe, intentando aparentar una calma que no siente. Pasar el fin de semana con Sedat tras de un año de relaciones no le preocupa, lo desea. Lo que le molesta, hasta doler en algún lugar indefinible entre la cabeza y el corazón, es mentir a sus padres y a su hermano.

Tiene ya dieciocho años, de nada serviría recordar a su madre que ella se casó con diecisiete, que son otros tiempos, que van a entrar en el siglo XXI.

Miray cruza con sus amigas besos nerviosos y miradas cómplices, toma su bolsa de viaje y desciende del autobús. El sol la ciega por un momento, busca entre la gente hasta que oye tras ella una voz, «Hola, mi amor», se vuelve, sonríen ambos, se abrazan. Ella teme que alguien la reconozca, es el pueblo de sus padres; buscan un lugar menos concurrido, doblan una esquina y allí vuelven a abrazarse. «Tengo todo lo que necesitamos», dice Sedat sopesando su mochila, ha hecho compras en el pueblo mientras esperaba el autobús. Se toman de la mano alejándose de la gente, en silencio. La playa está aún concurrida cerca del pueblo, pero casi vacía a la altura de la caseta de pesca.

Abre él y deja pasar a Miray, ella observa la sala limpia, pasa al dormitorio y coloca su ropa en el armario, Sedat relata la limpieza y enumera la compra que ha hecho, ella le mira con ojos chispeantes, «¡Vamos a bañarnos!».

Sale Miray del dormitorio vistiendo traje de baño de una pieza, sandalias en los pies, el pelo recogido en una coleta, una toalla entre las manos. Él se ha cambiado en la salita, lleva traje de baño y camiseta, toalla al cuello, los pies desnudos. Se dirigen a la playa, son solo unos metros entre plantas que medran en la arena. Dejan las toallas y se acercan al borde del mar, se mojan los pies, las piernas. Caminan mojándose los pies, Sedat empapa de una pa-

tada a Miray, que grita y finge enfadarse, sale del agua, el chico se acerca y la abraza. «Cierra los ojos, a ver cuántos pasos das sin abrirlos», dice él, miran los dos hacia delante, nada se interpone entre ellos y el final de la playa. «Tú también», responde ella. Cierran ambos los ojos y comienzan a caminar, Sedat avisa que hay un árbol ante ella, luego rocas y precipicios, ella grita, él se une a sus gritos, no lo saben, pero han abierto los ojos al tiempo, se acusan mutuamente de haber hecho trampas, ríen y se abrazan de nuevo. Vuelven a jugar entre promesas de sinceridad, caminan a ciegas unos pasos hasta que Sedat abre los ojos y ve los de Miray cerrados, la besa. «¡Vamos al agua!» propone ella, es casi una súplica, Sedat sonríe, corre hacia el agua y se zambulle, saca la cabeza, los rizos empapados giran hacia atrás desprendiendo una corona de gotas. Ella llega a su lado, el bañador está mojado y los pezones erectos se marcan en la tela azul. Él se sumerge de nuevo para evitar el deseo creciente, ella le imita, salen del agua juntos. Nada hay más intenso y real que su amor, indestructible y eterno.

Hambrientos y cansados tras horas de paseos, baños y descansos al sol, se apresuran a comprar *simít* y agua a un vendedor ambulante que recorre la playa. Descansan sobre sus toallas, el sol comienza a crear sombras largas sobre la arena, la tarde comienza a declinar cuando entran en la caseta. Sedat y Miray aprenden ese juego imposible de desnudarse sin dejar de abrazarse; acarician sus cuerpos, sus respiraciones agitadas se llenan de palabras de amor cuando se tumban en la cama. Comienzan a conocer las respuestas a las caricias y a los besos íntimos. Allí, en la caseta de pescadores reconvertida en humilde hogar, los dos jóvenes se aman por primera vez y, de todas las maravillas que el mundo ofrece, nada les falta.

Entrada la noche, ella se levanta y va al baño, él sale de la cabaña y orina entre el barrón que crece sobre las dunas. Desnudo, mira hacia arriba: hasta la luna parece sonreírle. Su felicidad es solo comparable con la de ella, lo nota cuando, al entrar, encuentra a Miray en la salita, envuelta en una toalla, con el pelo húmedo. Vuelven al dormitorio.

Sedat prepara la cena. La caseta tiene electricidad, pero no quieren llamar la atención, comen a la luz de velas que compró. Miray friega los platos, él se lava los dientes, ella le imita. Las ventanas abiertas crean una corriente que refresca la estancia, Sedat se ha quemado la espalda y los hombros, Miray le pide que se quite la camiseta y comienza a extender crema hidratante. Son jóvenes y están descubriendo el goce de sus cuerpos, pronto están en la cama en una nueva lección de amor, de dar y recibir caricias. Duermen después como los niños que han dejado de ser hace tan poco, mecidos por el sonido de las olas que trae la brisa que se cuela por la ventana.

Despiertan con el escándalo de los estorninos al amanecer. Se abrazan y se aman, es siempre diferente, sigue siendo la primera vez. Exhaustos, vuelven a dormirse, abrazados. Despiertan de nuevo horas más tarde, la luz duele en los ojos. Se sobresaltan con voces cerca de la caseta. Sedat mira por la ventana, después por la del salón, vuelve con una sonrisa:

—Gente que va a la playa.

Vuelve a acostarse, besa y abraza a Miray, acaricia sus pechos, ella se incorpora.

—Vamos a desayunar, estoy hambrienta.

Desayunan, se ducha Miray, luego él. Ella extiende crema por la espalda del chico, por los hombros, luego por el rostro, él la acaricia en el pecho y ella le da un manotazo, «estate quieto». Salen con sus toallas al cuello y la mochila con bebidas y comida. La playa está más concurrida, sombrillas multicolores salpican la orilla como flores de verano. Se alejan hacia la izquierda buscando soledad, no necesitan a nadie, ellos son toda la humanidad.

La mañana pasa lentamente entre baños de sol y de mar. Con unos palos y una toalla improvisan un parasol, comen acostados con las cabezas y hombros a la sombra. Descansan abrazados, despiertan cuando unos niños gritan de emoción en el agua, se incorporan, van a la orilla. Pasean a lo largo de la playa levantando con los pies perlas de agua, acaban mojándose el uno al otro,

las risas y chapoteos llaman la atención de la gente, pero ellos no lo notan, el mundo se reduce a ellos dos, el resto ha desaparecido, no existe. Se bañan, ella le abraza y cruza las piernas alrededor de su cintura, se besan y vuelven las urgencias, las miradas arden, se sumerge Sedat arrastrando a Miray bajo el agua que nada logra enfriar. De vuelta en la caseta, apenas cerrar la puerta se desnudan y caen en la cama, entrelazados. Un tiempo después —inmensurable, el amor no conoce medidas—, ella está sentada a horcajadas sobre él, extendiendo de nuevo crema hidratante por la espalda. Sedat habla mirando a la pared:

—¿Cuando me vaya al servicio militar, te acordarás de mí?

Miray acaba de extender la crema, se tumba a su lado, pasa una mano por los rizos de Sedat.

—Disfrutemos hoy, mañana no existe.

Se incorpora el chico, mira a la joven:

—¿Me amarás siempre, Miray?

La joven ve en sus ojos más que pasión, ve un mundo, toda una vida, siente un vértigo que calla, sonrío al hablar:

—Te amaré hasta que cambie el eje de la Tierra.

—Ese Bülent... qué sabrá él, está en el primer curso de la universidad. — responde Sedat, incómodo.

Cenan a la luz vacilante de las velas, se aman, duermen. Su segunda noche tiene sabor a sal, a sudor joven y a saliva, con un toque amargo de despedida.

La mañana es bochornosa, en el aire se barrunta tormenta vespertina. La playa está atestada cerca del pueblo. Han dejado la caseta recogida, intentando no dejar rastro de su presencia. La vida prosigue a su alrededor como

si nada hubiera ocurrido: familias bajo las sombrillas, gritos infantiles llegan desde la orilla, donde las olas rompen hoy con más fuerza. Carga Miray su bolsa de viaje, Sedat su mochila a la espalda y una bolsa con basura. Separan sus manos al acercarse al centro de Gümüşdere. Dejan la basura y entran a un café, piden dos granizados. Sorben en silencio, la calle parece arder, los muros apenas crean sombras. Sedat posa su mano sobre la de Miray, que habla:

—Nunca había visto tanta gente aquí.

—Es quince de agosto, Miray.

Han hablado por romper el silencio, sus cabezas siguen en una nube. Su mundo ya no son ellos dos solos, la vuelta a la realidad genera una resaca emocional que comparten sin palabras.

—Mañana te recogeré por la tarde. Hay fiesta en casa de Kadir y su hermana.

—¿En lunes?

—Aprovechan que sus padres se van a Estambul.

Cruzan sonrisas tristes, el café se llena de clientes, bajan sus manos y las unen bajo la mesa. Pregunta ella:

—¿Bajaremos a la feria? Se inaugura esta semana.

—Había pensado que fuéramos el martes, es nuestro primer aniversario.

Sonríen ambos, aprietan sus manos bajo la mesa, mira Sedat el reloj de pared.

Apuran sus granizados, caminan hasta llegar a la parada del autobús. Cuando llega, ven por las ventanas a las amigas de Miray, agitando sus manos. Se despiden con un beso fugaz, monta Miray y se une a sus amigas, que le han guardado un asiento. Con la mano aplastada en la ventana sonríe a Sedat, éste envía un beso cuando arranca el autobús dejando tras de sí una densa nube negra. Él se queda solo, busca la sombra, acaba en el café del que han salido minutos antes, pide otro granizado, esperando al siguiente autobús.

Miray relata su fin de semana, explicaciones susurradas en el autobús, recibidas por sus amigas con grititos y risas ahogadas. Está cansada, sus amigas hablan y hablan, ella desea volver a estar con Sedat. Mañana volverán a verse, cuando él acabe sus tareas de pescador irá a buscarla; ella dedicará el día a sus quehaceres domésticos, mientras inventa para su madre detalles de su fin de semana con amigas.

Tumbado sobre la hierba seca, Sedat observa en silencio, bajo la acacia. Miray comienza a colgar la ropa: prendas azules oscuras seguidas de una camiseta azul clara: la llevaba en Gümüşdere. Cuando acaba, toma el balde vacío y desaparece. Poco después se acerca, Sedat escupe la hierba que mastica y se levanta, se abrazan protegidos de la vista de la casa por el pequeño terraplén, a la sombra del árbol. Tomados de la mano comienzan a descender. Habla el joven:

—Ya han levantado la noria, la vi funcionando desde el barco cuando nos acercábamos a puerto.

Sonríe ella y cruza el brazo por la cintura de Sedat. Éste para de caminar, abraza a Miray, se besan, sus cuerpos comienzan a bullir, se separa ella:

—Quieto, Sedat, aquí no.

Continúan el camino hacia la casa de los amigos, es una suerte que sus padres trabajen en Estambul. La música les recibe antes que los amigos y amigas, todos saben que han pasado el fin de semana juntos, las chicas rodean a Miray mientras los chicos ofrecen cerveza a Sedat, que brinda con un punto de azoramiento feliz. Se han reunido casi cincuenta jóvenes que bailan, comen y beben refrescos, también cerveza y *whisky* con hielo. Algunos se zambullen en la piscina. Cuando cae la noche se reencuentran los amantes, caminan hacia un rincón apartado, se tumban sobre la hierba recién cortada. Oyen a otras parejas escondidas, pero nadie les molesta cuando se van desnudando y sus cuerpos vuelven a unirse.

Vuelven a la fiesta, Miray se va con sus amigas, Sedat se junta con amigos; están hablando de nuevo sobre el fin del siglo y del milenio, hacen promesas

de quedar en la plaza Taksim la noche de fin de año. Bebe Sedat cerveza tras cerveza, se le desata la lengua y cuenta sus planes de futuro: cuando vuelva del servicio militar se convertirá en el patrón del barco y necesitará una nueva tripulación, joven y dispuesta a salir al Mar Negro a por merluzas y lubinas, también pez espada; venderá directamente a restaurantes de Estambul, ganará mucho dinero, lo necesitará en su nueva vida con Miray. Ella se ha acercado a por un refresco y oye el final del discurso de Sedat, una punzada atenaza su corazón, se aleja, baila con sus amigas.

La fiesta está en su apogeo, Miray busca a Sedat, le toma de la mano, le besa alzándose de puntillas. Después empieza a hablar, le dice que quiere ser maestra, se va a estudiar a Estambul. Él se extraña, nada sabía. Ella explica que tiene ya la aprobación de sus padres, harán un esfuerzo para pagar sus estudios, ella trabajará los veranos para ayudar con los gastos. «¿Y yo dónde quedo, cómo encajo en tus planes?», pregunta Sedat. «Tienes casi dos años de servicio militar por delante, nos veremos en tus permisos, no pensemos más allá». Él va a protestar, pero para qué enturbiar la noche con una discusión, la abraza. «Acompáñame a casa, es muy tarde», concluye ella.

Son más de las dos de la madrugada, se van sin despedirse. Toman el camino de vuelta, la luna en cuarto creciente apenas ayuda a vislumbrar el sendero.

Caminan en silencio. Minutos después están ante el muro de la casa, sobre ellos sigue la ropa está tendida, inerte, los colores apagados por la oscuridad.

El abrazo de despedida se prolonga, los cuerpos se acarician, se aparta Miray, «no, loco», sonríe y se dispone a irse, pero él la retiene con sus palabras:

—Mañana iremos a la feria, es nuestro aniversario.

Se abrazan, esta vez las manos de él están quietas, Miray le abraza más fuerte. Los perros pastores aúllan, Miray les ordena callar con susurros, obedecen, pero los de las granjas vecinas siguen ladrando y aullando; en el corral de los animales se oyen carreras apagadas por el heno.

—Algo pasa, Sedat. Los animales están inquietos.

Quedan callados escudriñando la noche. Algo se mueve sobre ellos, es la ropa tendida, parece haber tomado vida, está bailando, no es una visión, la ropa baila y todo comienza a estremecerse, el suelo vibra, desde las entrañas de la Tierra llega un ruido sordo que nunca antes han escuchado. Se miran mudos, las ovejas y cabras rompen la puerta del corral y salen en estampida corriendo enloquecidas.

—¡Un terremoto, Miray!

El instinto les ha hecho agacharse y ponerse a gatas, como si intentaran calmar la furia de la Tierra con sus manos. La casa tiembla, caen cristales desde una ventana del primer piso, se asoma el padre por el hueco, le ve Miray y grita:

—¡Salid todos, padre, terremoto!

El temblor y el bramido prosiguen, entremezclados con los balidos de las ovejas y los aullidos de los perros. Salen de la casa los padres de Miray junto a Kemal, todos en pijama, la madre atándose al cuello un pañuelo que cubre los cabellos. Y de pronto, todo ha acabado, cesa el temblor y el rugido desaparece.

El padre ordena:

—Kemal, encierra a los animales.

Obedece el hijo, quedan los demás mirando la casa, ha aguantado sin grietas, al menos en la fachada. «Vamos arriba», dice el padre. Sedat nunca ha entrado en casa de Miray y apenas ha saludado a sus padres en un par de ocasiones, pero no es momento de convenciones, sigue al padre, le ve comprobar los muros, las ventanas, curiosamente solo se ha roto el cristal del dormitorio del primer piso. Los perros siguen aullando y ladrando, se va la luz eléctrica, la casa queda a oscuras. A tientas sube el padre la escalera hacia la azotea, le siguen Sedat y Miray. Sin luz eléctrica en las granjas cercanas, la noche es negra. Estudian el tejado, no encuentran grietas, el depósito de agua no pierde.

Se asoma el padre hacia el corral y pide a Kemal que use la linterna para comprobar los muros exteriores. Quedan los tres callados por un momento, dirigen la vista hacia el sur: un fulgor creciente comienza a llenar el horizonte sobre las colinas. Asciende el padre por una escalera de mano hasta el techo del depósito, le sigue Sedat, ambos quedan mudos viendo la escena. No llegan a ver llamas, pero las colinas parecen cubiertas por un paraguas rojizo, Estambul está ardiendo.

—Mi familia. Tengo que irme— Dice Sedat, mientras desciende del depósito.

En la azotea, entre la ropa tendida que ha vuelto a recuperar su quietud, abraza a Miray. Segundos después está ya saliendo de la casa, levanta la cabeza y va a decir algo a Miray pero encima, sobre el depósito, ve al padre; saluda con la mano y se va corriendo.

Solo la luna parece haber conservado la quietud en una noche de espanto.

Bajo su incierta luz se acerca Sedat hacia el puerto, desciende al tiempo que su angustia aumenta. Ataja monte a través, llega a ver el mar y las calles de Sariyer en poco más de cinco minutos. Las farolas siguen encendidas alumbrando la feria vacía. En ese momento la tierra vuelve a temblar bajo sus pies, se escucha el bramido aterrador. «Una réplica», piensa mientras extiende sus brazos a los lados. El temblor hace oscilar la noria, se mece a un lado y luego al otro, parece recuperar la verticalidad por un instante, pero se inclina de nuevo y cae; lo hace con una majestuosidad impropia, la enorme rueda choca contra los cables del alumbrado entre chisporroteos, se va la luz al tiempo que toca el suelo, aplastando varias casetas. Sedat corre, pasa junto a la feria destruida, ve gente en la calle y cristales en el suelo. La Tierra se mueve una vez más, se oyen gritos angustiados, pero él mira hacia delante, hacia el puerto, donde extrañas olas rompen contra el dique. Pronto ve su barco de pesca, está intacto. Corre ahora hacia su casa, siente alivio cuando ve la mole gris, el edificio de cuatro plantas ha aguantado, en la acera, ante la puerta, encuentra a sus padres. «¿Dónde estabas?», se abrazan los tres y la madre empieza a llorar, se contagia Sedat y después el padre, sollozan los tres con las cabezas unidas, mirando a un suelo lleno de cristales.

La noche del lunes al martes 17 de agosto de 1999, a las 3:02 horas, un terremoto de magnitud 7,4 asoló Estambul y los alrededores. Duró unos eternos 37 segundos, tras los que se produjeron varias réplicas. Las viejas casas de madera, orgullo de la ciudad, equipadas a lo largo del siglo XX con gas y luz eléctrica, ardieron, convirtiendo la ciudad en una enorme pira funeraria. No solo las viejas construcciones desaparecieron: fueron más de 300.000 los edificios destruidos, casi un millón las personas quedaron sin hogar. Quien conoce Estambul sabe de sus inviernos: nunca se sabrá cuántos murieron de frío los meses siguientes.

Sariyer sufrió escasas consecuencias. Las colinas, que descansan sobre una inmensa mole granítica, resistieron la furia de la Tierra. Esa madrugada perdura en la memoria de los habitantes de la gran ciudad, también en la de los vecinos de la apacible Sariyer. Especialmente en la de Sedat. Porque esa noche, la del gran terremoto, se movió el eje de la Tierra.

Iter Auris

Victoria Rodríguez García

Iter Auris

Victoria Rodríguez García

Paseo mis manos por el frío metal de la baranda. Llevo oyendo historias de expediciones desde que soy pequeña. A los diez años colgué un póster de un buque oceanográfico en la pared. A los doce, compré mi primer libro sobre Jeanne Baret, la primera mujer en embarcarse en una expedición; le siguieron novelas de ficción inspiradas en viajes transatlánticos, monografías de las campañas oceanográficas, maquetas de buques... Incluso mi madre afirma que mi primera palabra fue «barco». Vamos, que no iba precisamente a quedarme en casa, y menos, conformarme con un puesto de oficina.

El olor del mar se filtra en mis pulmones. Aún estamos en el puerto. El buque zarpará en unos diez minutos.

—¿Recreándote en el paisaje? —pregunta una voz divertida a mi lado.

—Me ha costado muchos años, mucho trabajo y mucho dinero obtener el título como para no hacerlo —le respondo a Iván.

—No seré yo quien te lo impida —levanta las manos con gesto de rendición.

—Además no estaría aquí si no fuera por ti. Iván es meteorólogo climático, y él fue el primero en recibir la llamada para participar en la expedición, de su profesor Víctor Núñez. Y luego fue mi amigo quien me recomendó para otro puesto.

Nos sonreímos, a sabiendas de que esos sueños infantiles plasmados en inocentes juegos, donde ambos navegábamos en increíbles y fantásticos barcos y descubríamos grandes tesoros... esos juegos ahora son una realidad.

—¡Y ninguno estaría aquí de no ser por mí! —nos giramos, sorprendidos, y observamos cómo Gladis (o la catedrática Mary Angelica Gómez, apodada Gladis desde que se casara) nos mira con impaciencia—. ¡Iris, no te quedes ahí! Tienes que ayudarme con el equipaje.

Tiene fama de ser muy dura. Al fin y al cabo, nació en una época en que una mujer oceanógrafa no estaba bien vista. Es doctora en Oceanografía, especializada en fitoplancton. Ha participado en numerosos proyectos nacionales e internacionales. Y es verdad que, si no fuera por ella y la beca que le han ofrecido para estudiar el impacto del cambio climático en los afloramientos de California y Perú, ninguno de nosotros estaría aquí. Además, es mi compañera de camarote, y he prometido ayudarla a deshacer el equipaje.

En el camino, nos encontramos al capitán del barco, Gary, y a la segunda de a bordo, Adelle, que han bajado a cubierta para revisar los preparativos de la salida. En el buque somos unas cincuenta personas: Gary, Adelle, Gladis, Iván, Antonio (catedrático en Microbiología Marina), Víctor (meteorólogo), Alma (química marina), yo (la cartógrafa) y el personal del buque oceanográfico *The fish II* (médico, marineros...). El anterior *The fish* colgó el ancla a los veinte años de trabajo.

Ya en el camarote, Gladis y yo ordenamos nuestros equipajes, mientras ella se queja de Antonio —antiguo amante (aunque sea unos años más joven que ella), alumno y compañero de profesión—, quien le robó una investigación, fir-mándola con su nombre y publicándola tal cual.

—Consiguió su título en Biología Marina solo porque su padre se lo pagó. Tuve que aguantar años de arrogancia desde que me robó mi investigación para obtener el doctorado. Ya te lo digo, niña, ese hombre no se trae nada bueno nunca. No debería sorprendernos si, al final de esta expedición, decide quedarse con todo el mérito...

Y sigue hablando, pero apenas le presto atención: estoy admirando la credencial plastificada que me identifica como *cartógrafa de la Expedición Iter Auris*... Lo que aún no entiendo es para qué les haría falta alguien como yo.

Horas después de zarpar, rumbo a Perú, desde el Puerto de los Ángeles, en California —donde han pasado varios días tomando muestras de agua y midiendo diferentes variables meteorológicas—, estamos todos en la zona de la cocina en una reunión. Víctor explica cuál será el itinerario del viaje y dónde tomarán muestras. En unos dos días y medio llegaremos al Puerto del Callao, Lima, donde nos quedaremos otros dos días y, después, volveremos a California. La misión es recoger muestras de agua y medir datos climáticos, tanto para analizar en el laboratorio como para introducir en modelos de predicción.

En cuanto a mí, soy cartógrafa y geógrafa especializada en cartas de navegación de la Edad Moderna. Y no he visto ninguna de esas por aquí. Mi única tarea en esta expedición, comparada con las que tienen mis compañeros —más emocionantes, sin duda—, es estar junto con los marineros en cabina vigilando los GPS y SIG que permiten informar de nuestra posición.

Y así empieza mi aventura...

El primer día no ha supuesto gran problema, al menos para mí: los demás han tenido bastante trabajo. Yo solo he tenido que sentarme y leer coordenadas y rumbos. He tenido tiempo de pasearme por la cubierta del barco y he visto lo que creo que eran delfines, no soy yo la bióloga aquí. Al menos me pagan y podré poner esto en mi currículum para futuros trabajos.

Por la tarde tomamos un café, con bollos de acompañamiento. Todos hablan de lo cansados que están después de horas mirando el microscopio o leyendo bibliografía... Y yo no puedo sentirme más fuera de lugar. ¿No debería estar en algún otro sitio donde fuera... más útil?

Gladis es la más parlanchina del equipo, aunque siempre habla con un tono crítico y condescendiente. A veces puede ser bastante cotilla. Y solo se calla cuando Antonio está cerca. La mujer echa pestes del microbiólogo, pero yo lo encuentro muy encantador y profesional, aunque algo tímido. Cuesta

creer que le robara la investigación a Gladis. Además, no deberíamos juzgar a las personas por su pasado, sino por su presente, ¿verdad?

La científica ha observado que el capitán Gary y la segunda de a bordo, Adelle, pasan bastante tiempo juntos. Gladis asegura que están liados, incluso ha montado una historieta en la que él está casado y ella es la amante... Una hipótesis de la que todos disfrutamos escuchar mientras tomamos un café por la tarde de ese día.

De repente, Antonio entra en la sala y el silencio se extiende enseguida. Él nos saluda a todos, solo Gladis hace una mueca de desagrado.

—Un día largo, ¿verdad? —pregunta, apoyado en la barra, con una sonrisa.

Nadie responde inmediatamente. La tensión puede palparse en el ambiente.

Cuando Iván va a hablar, Gladis se levanta y dice con sorna:

—Al menos para los que trabajamos de verdad, no como otros, que prefieren lo que ya está hecho. Si me disculpáis, queridos compañeros, hay personas que no somos unos vagos— y sale rumbo a su (nuestro) camarote.

Nos quedamos mirando la puerta con cierta incomodidad. Antonio resopla.

Murmura algo inaudible, y se marcha también. Justo en ese momento entra el jefe, Víctor, frotándose las manos: hace frío fuera. Se hace a un lado para dejar salir a Antonio y nos mira con cara de confusión.

—¿Me he perdido algo? —pregunta.

—Lo de siempre —responde Iván, cansado.

Esa noche, la mar no está nada tranquila, no tan mala como cuando hay tormenta, pero sí lo suficiente como para que te pienses dos veces el ir al baño por los posibles tropicónes que puedas darte. Gladis no ha venido a dormir. Su cama está perfectamente hecha desde esta mañana. Yo, a pesar de no ha-

ber hecho gran cosa hoy, caigo redonda en la mía. Son las once y algo cuando me quedo dormida...

Y, de repente, un grito.

Me levanto de sopetón, desorientada y aterrada. ¿Lo he soñado? Por un momento creo haber tenido una pesadilla... Pero aún es peor cuando se oye el disparo. Creo haberlo soñado... hasta que se escucha otro.

El corazón me late con fuerza. Estoy paralizada, en la oscuridad de mi camarote, que tampoco es tan grande y donde casi no hay lugar para esconderse... Solo cuando oigo pisadas apresuradas por el exterior, reacciono. Oigo gritar algo a Adelle, mientras personas van y vienen. Mi cuerpo se mueve sin yo ser consciente.

Cuando salgo al pasillo todas las luces están encendidas.

—¡Iris! —miro a Iván venir hacia mí. No lo enfoco del todo. Me habla pero no entiendo qué dice. Me pitan los oídos—. ¡Iris! —vuelve a llamarme, tomándome de los brazos, fuerte. El dolor me despierta.

—¡Iván! —su nombre sale de mí como un grito de auxilio. Veo un punto rojo en su camiseta... O eso creo.

—Antonio está muerto. Lo han matado —me informa él, con prisa—. Ven, nos han pedido que nos reunamos con el capitán.

Dejo que Iván me guíe por los pasillos, hasta el despacho del capitán. En un momento del camino, pasamos junto a los espacios habilitados como laboratorios, y ahí está Antonio. En el suelo, boca abajo y el rostro, pálido.

Seguro que aún se puede sentir el calor corporal emanado del cuerpo. Observo a los marineros traer cinta para bloquear el acceso a la zona. Mis ojos bajan cuando ellos se acucillan para precintar la parte de debajo de la puerta. Veo la sangre. Roja, viscosa, incluso el charco. Veo que aún sale de su cuerpo...

Reprimo una arcada y me dejo arrastrar por Iván hasta la sala del despacho.

Luego llegan Alma y Gary. A continuación acude Víctor y, finalmente, Adelle con dos marineros. Gladis no aparece. Mi estómago se revuelve.

Gary está hablando con Adelle, que le cuenta que ya ha avisado a la policía del puerto más cercano y a la policía francesa: estamos en aguas internacionales y el barco navega bajo pabellón francés.

—Gracias por venir —empieza a hablar el capitán. Su voz suena tranquila, aunque sé que está tan alterado como yo—. Acabamos de notificar la muerte del profesor Antonio, que nos acompañaba en esta expedición. La policía de México nos ha pedido que mantengamos la zona del crimen lo más intacta posible.

Lamento decirles, señores —añade, despacio, pero con firmeza—, que alguien de este barco es el responsable, se trata de un asesino. Todos somos sospechosos —a todos nos sorprende que se incluya—. La segunda de a bordo, Adelle, será ahora su capitana. Me temo que el crimen me sorprendió en mi camarote, y no habría forma de probar mi inocencia. Adelle se encontraba en el puente de mando, haciendo el turno con los dos marineros que nos acompañan.

—Debo pedirles a todos —toma la palabra Adelle mientras nos mira— que no salgan de sus camarotes hasta que avistemos tierra. El asesino aún está entre nosotros. Les manten...

—Capitán —un marinero entra corriendo—, hemos encontrado algo.

He sido yo.

Admito mi culpabilidad. Ese hombre estará mejor muerto que robando más trabajos.

A mi edad no pensaba ir a la cárcel, y prefiero morir a esperar la muerte.

Eso es lo que Gladis ha dejado escrito. Al lado de la nota está el arma, bañada por un charco de sangre que gotea. Lo veo todo desde la puerta del camarote de Antonio.

—¿Estás bien? —Iván se ha acercado y ha pasado un brazo por mi cintura, abrazándome.

Me dejo hacer y lloro. Iván me lleva a rastras hasta mi camarote. Allí, Adele nos repite las instrucciones: no salir de la habitación, no llamar a nadie, habrá rondas de vigilancia. El desayuno lo traerán por la mañana. En unas doce horas, llegaremos al puerto más cercano y la policía determinará qué hacer.

Ambos asentimos. Iván se marcha a su camarote, compartido con Víctor, y yo entro en el mío. Allí están las cosas de Gladis. No debo tocar nada. La policía de México nos recibirá en el puerto de Chiapas y requisará sus pertenencias como parte de la investigación.

Observo la estancia. Nos dieron la única habitación que no contaba con literas. Apenas un espacio pequeño de diez metros cuadrados, con una mesita de noche para las dos, las camas, una lámpara y un espacio sobrante donde dejamos las bolsas del equipaje. Gladis llevaba su maleta, casi tan vieja como ella. Conserva las pegatinas de los diferentes viajes que ha hecho en su vida. Sus apuntes están justo encima: ella no usa ordenador. Para eso ya tiene compañeros y becarios. Sonríó al recordar su mueca de desagrado al verme con mi portátil...

Según mi reloj, son las doce y cuarto. La primera muerte sucedió cinco minutos antes de la segunda: Antonio murió a las doce menos cinco y Gladis, a las doce en punto.

Parece un sueño. O una pesadilla, más bien...

Me tumbo en la cama, mirando al techo. Intento dormir, pero no puedo. Doy vueltas durante mucho tiempo, pensando en si lo de esta noche ha sido una pesadilla. Recuerdo nítidamente la cabeza de Antonio doblada, en una posición extraña. Su cuerpo atravesado por una bala. Y a Gladis, inclinada so-

bre la mesa, con sus gafas puestas y todo. Su pelo bañado en sangre, que se desparramaba.

Todo es tan claro... y, sin embargo, tan solo parece un mal sueño.

Tras una hora de dar vueltas y no conseguir dormir, decido leer. Saco el libro del cajón de la mesita, con manos temblorosas, y lo abro. De él cae un trozo de papel viejo y desgastado, de color amarillento. Miro el libro y encuentro que hay algunas palabras y letras subrayadas. Intento leerlas, pero no tienen sentido.

Entonces decido probar con el trozo de papel. Parece muy antiguo, cosa que ya se confirma por las arrugas y la calidad, pero no estoy preparada para lo que esconde: un mapa. Y no uno cualquiera. Podría datar del siglo XV o XVI, tendría que estudiarlo a fondo para saberlo. Con mucho cuidado lo deposito sobre la cama, observándolo con minuciosidad.

Se trata de una especie de carta náutica de la costa este de América del Sur. No podría decir quién realizó semejante trabajo y menos podría responder por qué no está en un museo, bien conservado y guardado. Podría romperse en cualquier momento. Los topónimos están en latín, pero son fáciles de entender, ya que muchos puertos continúan existiendo actualmente.

Me fijo en el mapa más detenidamente. Los meridianos y los paralelos apenas se distinguen por el paso de los años. De entrada, parece muy normal, algo que podría encontrarse perfectamente en un museo. ¿Podría ser el motivo de los asesinatos? Desde luego, un mapa del siglo XVI valdrá una fortuna. Sin embargo, no hay nada especial en él. ¿Por qué lo querría alguien?

Miro de reojo el libro y, de repente, mi cerebro encaja dos palabras subrayadas al final de la página: *Guarda. Mapa.*

La adrenalina corre por mis venas y noto mi corazón latir incluso más fuerte que antes. Me acerco al libro y lo miro con atención. Cuando he intentado descifrar el mensaje secreto no he tenido éxito, porque quizá no entendía qué estaba buscando, pero ahora... mi mente conecta las palabras y las letras. Y todo cobra sentido.

Guarda. Mapa. Espíritu. Auris. Confía. Peligro.

Las palabras no están en ese orden, sino desperdigadas por toda la página.

Algunas incluso se han formado con partes de otras palabras ya escritas, o solo con letras. Las últimas forman un nombre: *Gladis*.

¿Qué está pasando?

Miro mi reloj: la una y media pasadas.

Vuelvo sobre el libro, buscando algún indicio de que me he equivocado, de que estoy sugestionada por los sucesos de esta noche. Pero no.

Al menos está claro lo que significan algunas: *Mapa* es por el mapa que tengo delante; *Guarda* supongo que quiere decir que lo cuide, pero ¿por qué yo? No quiero ser asesinada. *Peligro* es más que evidente después de lo que ha pasado.

Confía, ¿en quién? Todos pueden ser asesinos. *Auris*. Oro, dorado, de oro. Es el nombre de la expedición, que siempre me ha parecido algo extravagante para solo estudiar las algas del mar. Gladis me miraría con reproche por decir algo así, seguro...

Gladis. Ella me ha dejado esto. Me ha cargado con el muerto, nunca mejor dicho...

La última palabra es *Espíritu*. No quiero pensar que se refiere a que hay un fantasma y que es el que asesina...

Suspiro. Ni siquiera sé si ese es el orden de las palabras. Nunca me ha ido el misterio.

Y entonces caigo. ¿Para qué querrían una cartógrafa especializada en mapas antiguos en una expedición que busca estudiar efectos del cambio climático, en un barco que cuenta con GPS y SIG?

Miro el mapa de nuevo. No hay fecha ni firma. La luz de la lámpara se proyecta sobre el pergamino y lo hace más amarillo aún. Al inclinarme sobre una zona, otra queda totalmente iluminada y, por un momento, creo ver un círculo. Tomo con mucho cuidado el mapa y lo pongo a contraluz. Y ahí está: un círculo negro dibujado con una tinta más oscura. Podría ser posterior al propio mapa. Hay también trazada una fina línea, que comienza en el norte de América, donde estaría ahora el puerto de los Ángeles y termina en...

—El puerto del Callao— susurro.

Asimismo, hay algo escrito en la misma tinta: *Iter Auris*, 1634.

Todo en mi cabeza empieza a cobrar sentido. El nombre, la zona, mi presencia aquí... ¿Entonces Gladis no se suicidó? ¿Y si la mataron como a Antonio? ¿Acaso ambos sabían sobre esto? Está claro que ella sí, ya que era quien escondía el mapa...

Sin embargo... esta tarde han salido de la cocina con muy poco tiempo de diferencia. Y ella no ha regresado a dormir. ¿Estaría junto a Antonio? ¿Quién los mató?

El motivo, no obstante, está más que claro. No es la primera vez que un mapa esconde algo así: la ruta a un tesoro. Durante los siglos posteriores a la llegada de Cristóbal Colón a América, todas las naciones conocían que, en ese territorio sin explotar, había grandes tesoros: oro, plata, metales necesarios como el cobre, piedras preciosas... No es casual que haya un país que se llame Argentina o que Brasil sea conocido por sus esmeraldas.

Me fijo de nuevo en el camino trazado: solo puede accederse a través del océano. Al parecer no está del todo claro el lugar exacto. Hay algo apuntado junto con el nombre de la expedición y el año... Como unas coordenadas, pero están muy borrosas.

Sacudo la cabeza y doblo el mapa. ¿Qué hago? ¿Le presento esto a la policía sin más? ¿Acaso me creerían si les dijera que no es robado? A todo esto, ¿de dónde ha salido el maldito mapa?

Ahora estoy más desvelada que nunca.

Leo el mensaje del libro, en busca de algo que pueda ayudarme. *Guarda. Mapa.*

Peligro. Espíritu. Confía.

— *Espíritu, confía...*

Al leerlo en ese orden, casi tiene sentido. Confiar en un espíritu, pero sigue pareciendo descabellado. A no ser que... Pero no puede ser. Durante un instante, apenas reacciono. Cierro los ojos e intento recordar lo que sé. Alma conoce a Gladis ya que fue una de sus profesoras. Y Antonio también trabajó con la química. Y, por lo que me contó Iván, Gladis fue quien eligió a Alma, y quien recomendó a Antonio, a pesar de que fue Víctor quien terminó contratándolo... Y Alma es el sinónimo de *espíritu*.

Cierro el libro con el mapa dentro. Cojo las llaves de mi mochila (el arma defensiva de las mujeres) y salgo. Observo que el corredor contigo está con luz, aunque han apagado la mitad de las lámparas. El buque ha aumentado la velocidad y tiene que ahorrar energía. Me quito los zapatos para no hacer ruido y avanzo descalza hasta el camarote de Alma, que duerme sola. Por suerte, Adelle estará en el puente de mando, y los demás, de ronda por otros lados.

Suspiro de alivio.

Toco la puerta, suavemente. Al inicio no se oye nada. Maldigo hacia dentro. Toco más fuerte. Espero durante lo que podrían ser años, con el terror carcomiéndome y el corazón latiendo tan fuerte que parece que vaya a salirse del pecho. Alma abre la puerta. Me mira, confundida.

—Tengo el mapa —susurro, desesperada. No se me ha ocurrido otra cosa.

Me agarra del brazo y me mete en el camarote. Luego cierra y atranca la puerta.

—Gladis me dijo que podía fiarme de ti. Pero después de esta noche ya no sabía en quién confiar. ¿Cómo lo sabes? —pregunta, seria, mirándome.

Yo paso a mostrarle el libro con las palabras y letras subrayadas. Le cuento todo lo que me ha llevado a averiguar el motivo de los asesinatos y cómo el mensaje escrito me ha traído hasta su camarote. Alma solo asiente, mirando el mapa.

—¿Qué está pasando, Alma? ¿Quién quiere el mapa?

Ella me observa. Supongo que no confiará del todo en mí. Tampoco puedo culparla. Yo no lo haría, sobre todo después de esta noche.

—Víctor —susurra.

Claro. Estaba claro. Tan claro, tan delante de mis ojos, que era imposible sospechar. El jefe de la expedición. ¿Quién sino?

—Pero... ¿cómo consiguió el mapa? ¿Cómo supo Gladis de eso? ¿Cómo os enterasteis Antonio y tú... ?

—¡Baja la voz! —se acerca a mí, con pánico—. No sabemos quién está involucrado. Nadie puede oírnos...

En ese momento unos pasos fuertes se acercan. Alma apaga la luz y me insta a callarme.

Los pasos se detienen frente a la puerta. No nos movemos. Apenas siquiera respiramos. Tras unos instantes, o unas horas, alguien grita:

—¡No es nada! ¡Aquí todo despejado! — la voz del hombre nos sobresalta y noto el sabor salado de las lágrimas en mi boca.

Luego los pasos se alejan y podemos respirar de nuevo. Alma está muy cerca de mí. Me toma de las manos y me susurra:

—Tendremos que quedarnos a oscuras. Te contaré lo que sé. Pero tienes que estar muy callada, ¿me entiendes? El asesino aún anda suelto, y no podemos fiarnos de nadie —de nuevo me recalca eso: no sabemos quién es el responsable. Todos podrían estar implicados. Eso me lleva a pensar en Iván. Acaso él también... —. Gladis, Antonio y yo trabajamos en varios proyectos juntos durante unos meses —explica ella, muy bajito, con un tono nervioso—. Conocíamos a Víctor porque, en ese tiempo, su mujer trabaja también con nosotros. Él sabía que a Gladis le habían dado una beca para estudiar el impacto del cambio climático en los afloramientos. Su esposa, Silvia, tiene cáncer de mama, en estadio cuatro. No hay previsiones de mejoría. Víctor debe de creer que con el tesoro que hay en ese lugar podrá salvarla.

—Pero ¿qué cree que es? Ni todo el oro podría curarla —susurro, a pesar de que debía permanecer callada.

—Ni idea. Sin embargo, el dinero como la posibilidad a una cura, sea mágica o no, mueve la ambición humana hasta límites... Bueno, ya has visto hasta qué límites.

—¿Cómo consiguió el mapa? —pregunto.

—No lo sabemos —admite—. Antonio lo encontró en California, antes de que tú llegaras. Vio un trozo de pergamino que sobresalía bajo unos papeles y lo cogió, pensando que era algo para tirar. Cuando lo abrió supo qué era. Le preguntó a Víctor y él le dijo que era una copia barata. Nada de lo que preocuparse —hace una pausa y suspira—. Antonio nos contó que Víctor parecía nervioso, no lo miró a la cara cuando le respondió. Eso al inicio no nos alertó. Hasta que Gladis oyó, momentos antes de salir del puerto, una conversación entre Víctor y otra persona. Hablaban de la expedición. Nombraron el mapa y a Antonio. El interlocutor de Víctor se fue momentos después. Gladis sorprendió a Víctor, pero no le preguntó nada.

—¿Quién era la otra persona?

—No lo sé. Gladis no pudo reconocerlo por su voz.

Me quedo pensativa. Finalmente pregunto:

—¿Cómo consiguieron el mapa Gladis y Antonio? ¿Dónde lo encontraron?

Alma me mira. Aun en la oscuridad, soy capaz de detectar el brillo del miedo en sus ojos, ese que solo aparece cuando presientes que algo malo puede ocurrir.

—Yo lo encontré. Pusieron una de las mochilas de Víctor en mi camarote y, cuando la cogí para devolvérsela, vi el mapa. Con todo lo que sabía, lo guardé.

Se lo di a Antonio, y supongo que él se lo dio a Gladis y así es como llegó a ti, Iris.

Guardo silencio.

—¿Víctor sabía que tú lo tenías? —inquiero, despacio. Ella asiente en la oscuridad. A la luz del pasillo sus mejillas brillan, con las lágrimas surcándolas.

Capto el leve asentimiento.

—Y también sabía que Antonio y Gladis tenían el mapa —de nuevo asiente.

Así que... Ella puede ser la tercera víctima.

La realidad de esas palabras me golpea con fuerza. Me dejo caer contra la pared, mientras oigo a Alma sentarse en la cama. La miro en la oscuridad. Es una mujer fuerte, de mediana edad. Desconozco si tiene hijos, pero, al igual que Antonio y Gladis, tiene una familia, amigos y quizá pareja, que la esperan al volver. ¿Por qué tanto dolor por un supuesto tesoro?

Sacudo la cabeza y digo:

—¿No podemos decírselo a Adelle? ¿Al menos...?

—No. No sabemos quién es la otra persona. Puede ser cualquiera.

—¿Crees que esa persona pudo asesinar a Gladis? ¿O a Antonio?

No me hace falta verla para saber que asiente. Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Crees que pueden...? —no puedo terminar de formular la pregunta.

—Sí. Por eso he atrancado la puerta —en la oscuridad veo cómo levanta el brazo y señala la puerta—. Solo podemos esperar a mañana. La policía se encargará de todo.

Sin embargo, algo me dice que eso no va a ser así.

—Ven a mi camarote —sugiero yo—. Es menos probable que te encuentren allí. Al fin y al cabo, no saben que yo tengo el mapa.

Son las cuatro de la mañana. Alma y yo no hemos hablado desde que hemos llegado al camarote que compartía con Gladis. La luz se mantiene apagada y el mapa, en el libro. Esperamos que, en unas horas, con la policía en el barco, podamos sentirnos más seguras y salir y contar lo que sabemos. Quizá nos tomen por locas, pero toda prueba cuenta.

Volver a mi camarote ha sido más difícil que salir. Adelle estaba rondando por allí. Hemos tenido que esperar hasta que ha recibido una llamada por el *walkie-talkie* para poder acceder a la habitación. Después hemos atrancado la puerta y nos hemos tumbado en las camas.

Aún aferro las llaves entre las manos. Tal vez tenga heridas. Sé que Alma se siente igual de nerviosa que yo, de aterrada. Siento la amenaza sobre nosotras, y la impotencia, la desesperación por que llegue el nuevo día.

Las pisadas de los marineros cambian de intensidad conforme se acercan o se alejan. El tiempo pasa lentamente. La luz titila tras la puerta.

A veces me descubro dormida, apoyada contra la pared, sentada en la cama.

Cabeceo, pero nunca consigo llegar a un sueño profundo.

En un determinado momento, oigo cómo llaman a la puerta. Enseguida Alma y yo nos levantamos, alteradas. Miro el reloj: las cinco menos cuarto de la mañana. Los golpes se repiten. Y entonces una voz, muy conocida, habla desde detrás de la puerta:

—¿Iris? Soy Iván.

Mi corazón se detiene. ¿Qué quiere? Cuando voy a abrir, oigo a Alma susurrar que me detenga. Me quedo quieta, esperando.

—¿Iris? —repite. Su tono es más autoritario de lo que recordaba—. No parece que haya nadie.

¿A quién habla?

—Alma no estaba en su camarote, ni en ningún otro lugar. No pueden haberse escondido en otro sitio.

Esa voz... Mis ojos se abren como platos: Víctor.

—Por favor, no creo que Iris sepa nada. Si es tal como me has contado, solo Alma sabe del plan. No metas a mi amiga.

Nunca había oído a Iván hablar así. Suena irritado, nervioso. Hay algo en su voz que denota culpabilidad.

Luego, silencio. No escuchamos nada. Noto a Alma acercarse. Yo sujeto el libro con el mapa en una mano y las llaves en la otra.

—¿Crees que se han ido? —susurro, con angustia.

Alma niega.

Nos acercamos a la puerta, lentamente. Ni un ruido. Quizá ha llegado algún marinero de guardia y han tenido que esconderse. Quizá han aceptado que no estoy y se van. Ojalá se hayan ido. Por favor que se hayan ido...

¡POM!

Asustadas retrocedemos. Están golpeando la puerta. Quieren entrar.

¡POM!

Otro golpe aún más fuerte. La puerta chirría.

¡POM!

¿Cómo es que nadie lo oye?

Y, tan rápido como han iniciado, paran. Escuchamos unos pasos que se acercan, corriendo; otros se alejan. La luz que se cuela por la puerta se ha hecho más intensa. Hay gente al otro lado. Se oye una llave girar. Intentan abrir la puerta.

—¿Hay alguien ahí dentro? —esa voz es de alguien del personal del barco—. ¿Estáis bien?

Alma se acerca hacia allí. Quita la silla que mantenía atrancada la puerta, y esta se abre en un agudo chirrido. Al otro lado hay dos marineros que nos miran con preocupación. Uno de ellos enciende la luz del camarote. Parpadeo para acostumbrarme a la claridad.

—¿Estáis bien? Hemos oído golpes desde el otro lado del pasillo. Al llegar hemos visto a dos personas frente a vuestro camarote... —se calla durante un segundo. Creo que se ha dado cuenta de que, precisamente, aquí dormía Gladis, una de las víctimas, para ellos, la asesina. —¿Estáis bien? —repite.

Nosotras asentimos. Alma se acerca, con precaución y dice:

—Creemos que esas personas han sido los asesinos —ante la mirada de desconcierto de los marineros, Alma señala—: Gladis no mató a Antonio. Sabemos el motivo por el que querían ver muertos a ambos.

Ellos asienten. Nos piden que los acompañemos hasta donde está la capitana, Adelle, en el puente de mando. Allí la encontramos, hablando por la radio con la policía de México. Al llegar se gira hacia nosotras y nos pide explicaciones. Alma cuenta la historia que ya he oído, y yo la completo, con el descubrimiento de mapa. Noto a mi compañera tensa mientras narra los hechos, a pesar de ser Adelle, no se fía de ella, ni de nadie.

Adelle asiente a cada palabra, callada, sin quitarnos la vista de encima. Finalmente pide que traigan a Víctor y a Iván, y que le enseñemos el mapa. Con cuidado lo extiende sobre una mesa. Es muy viejo y tan frágil que pareciera que va a romperse de solo mirarlo. Adelle lo revisa y asiente.

—Desde luego, algo así podría valer millones— concluye.

Yo le muestro lo que he descubierto: la expedición que partió en 1634, *Iter Auris*, mismo nombre, mismo recorrido. La capitana enseguida entiende que hay gato encerrado en los motivos de este viaje.

—Podría ser una coincidencia, sin embargo —apunta—. Es... impresio...

Pero no logra acabar la frase, porque, fuera de la cabina, se oye un disparo.

—Quedaos aquí —nos ordena. Otro disparo. Un cristal revienta—. ¡Al suelo!

Uno de los marineros sale; detrás de él, Adelle, con una pistola que nadie podría haber averiguado que tenía. Alma y yo nos quedamos en compañía del otro. Nos miramos, aterradas. Aprieto el libro contra mi pecho. Noto las llaves clavándoseme en la mano. No las he soltado desde que hubiera salido hace horas al camarote de Alma. Hace horas... Parecen haber pasado meses desde entonces...

Vemos una sombra que se acerca a la puerta, despacio, apenas sin hacer ruido. El contorno se va definiendo hasta que reconozco la figura de Iván. Mis ojos se abren al verlo. Nunca había sentido odio y terror al mirar a mi amigo.

—Iris —saluda, con una sombra pasando por su cara.

—Iván... —susurro, me hago más pequeña contra la pared. A mi lado, Alma tiembla—. ¿Qué...?

—Dame el libro, Iris, por favor. No quiero herirte.

Yo niego, aún paralizada. Iván se acerca. Yo me levanto y agarro el libro contra mi pecho.

—Iris, es importante. Nadie más tiene que morir. Nadie tenía que morir... —se calla, podría percibir un asomo de arrepentimiento en su voz—. Dame el libro —repite, pero de forma más imperativa.

—No.

Rápidamente, Iván me agarra y forcejea conmigo. El otro marinero intenta separarnos y Alma también: siento cómo tira de mí. Todo me da vueltas. Una de mis manos aferra el libro con fuerza, la otra usa las llaves para clavárselas a Iván. Solo oigo gritos, de dolor, de frustración. Miro a mi mejor amigo... Un silbido cruza el aire y noto algo impactando contra mi pecho. El sonido de mi caída llega a mis oídos ahogado por más gritos, por más golpes... Entonces, pierdo la consciencia.

Despierto desorientada. Siento todo el cuerpo cansado, débil. Mi boca está seca. Me duele la mano. Recuerdo que ahí tenía las llaves... Y el libro. ¡El libro! Me incorporo en la cama. No encuentro el libro. Veo al médico está a mi lado. Me pide que me calme, que ya ha pasado todo. Localizo a Alma cerca de mí. Tiene unos moretones en los brazos. Iván nos estaba agarrando, fuerte, muy fuerte. Iván... Giro la cabeza y lo encuentro arrodillado en el suelo. Junto a él, Víctor. La capitana Adelle y el capitán Gary comentan algo en voz baja, al lado de los dos criminales. Ella se separa y se mete en la cabina, supongo que para llamar por radio. Vuelvo a la vista al que era mi amigo. Víctor y él están maniatados.

Eso me relaja.

—¿Cómo te encuentras, Iris? —el médico se ha puesto a mi lado y pasa una luz por mis ojos. No tienes contusiones ni golpes fuertes. Has sido muy afortunada, niña. Ese libro tuyo te ha salvado la vida.

Lo miro confusa. El hombre parece comprender, porque, momentos después, me enseña mi libro, atravesado por una bala. Las lágrimas fluyen por mis mejillas. Alguien me abraza.

—Ya ha pasado todo —susurra Alma contra mi cabello.

El sol empieza a asomar por el horizonte.

El mapa ha quedado destruido. La bala perforó el libro, sin rozarme apenas, tan solo una leve quemadura. El mapa se quedó con un agujero justo en el lugar donde estaba trazado el círculo. Ironías de la vida. A su alrededor hay una circunferencia negra, de la pólvora.

Una joya del siglo XVII destruida por la ambición humana, como muchas otras.

La policía lo ha requisado nada más llegar a puerto. Nos tomaron declaración y se llevaron detenidos a Víctor y a Iván. Supimos, luego, que el primero fue quien mató a Gladis, mientras Iván me recibía en el pasillo. Mi amigo disparó a Antonio.

Según él, Víctor lo chantajeaba con unas fotografías bastantes indecentes de él y una profesora de la facultad. Antonio y Gladis se encontraban juntos en el laboratorio. Víctor e Iván los sorprendieron. Ella gritó. Antonio intentó detenerlos mientras su compañera huía. El mapa iba en mi libro en ese momento: estaban planeando contármelo. Gladis escapó y consiguió dejar el libro en nuestro camarote.

Iván disparó a Antonio cuando intentaba huir. Ese fue el disparo que se oyó en primer lugar. Víctor encontró a Gladis y la llevó a la habitación de Antonio. Simuló un suicidio. Iván lo ayudó: siempre se le ha dado bien simular la caligrafía de otras personas. Ese fue el segundo disparo. Todo fue muy deprisa. «Casi tan meticuloso como un psicópata», dijo un policía.

Bajaron a Gladis y Antonio en bolsas negras. Tras ellos, nosotras, Alma y yo, abrazadas. Víctor e Iván han sido escoltados por la policía. Al primero se le acusará de asesinato en primer grado. Mi amigo tendrá que afrontar cargos de homicidio. Hay huellas de ambos por todo el camarote y el laboratorio. Las ropas tienen salpicaduras de sangre. Me acuerdo de que vi una mancha roja en la camiseta de Iván, pero era todo tan confuso...

En cuanto al mapa, Víctor solo ha mencionado que lo encontró sobre su mesa del despacho un día. Esa semana los médicos habían anunciado que su esposa no se recuperaría.

Pensé en que era una muy oportuna coincidencia, algo que se tendría que investigar, desde luego. Pero no ahora.

Ahora vuelvo a casa, aferrando las llaves. He vivido una aventura digna de novela. Pero con trauma. Quizá me piense lo del trabajo en oficina.

Amber, es el fin

Francesc J. Barrio

Amber, es el fin

Francesc J. Barrio

Graham llega a la playa avanzando suavemente sentado sobre la tabla. Se deja arrastrar hasta la arena mientras balancea la cabeza haciendo crujir los huesos del cuello. Hoy no es un buen día para surfear en Kanaha Beach. Los vientos no acompañan, las olas no siguen el juego y él no está de humor.

Al llegar a su viejo Buick recoge la llave del tubo de escape. Lo primero que hace tras secarse es comprobar la hora en su teléfono móvil. Es tarde. No le va a dar tiempo a pasar por casa para cambiarse. Eso le incomoda. Tendrá que sacarse el traje de neopreno allí mismo, en el aparcamiento. Y no le gusta que la gente vea sus tatuajes. Son marcas de un pasado que preferiría olvidar.

Graham es un joven en la veintena, alto y fibroso. Lleva el pelo moreno muy corto. Pero unos incipientes rizos se confabulan con su tono de piel tostado, sus labios gruesos y su nariz chata para delatar su origen. Unas primeras palabras enseguida descubren su acento. «Australiano, ¿verdad?»—le dicen. A pesar del calor de la isla, siempre viste con manga larga para esconder las marcas tribales que tintan toda su piel. Hoy una camisa blanca algo arrugada y unos tejanos gastados. No, no es por moda, es por economía. Y por despreocupación quizás.

Antes de subir al viejo vehículo se acerca a un bar a pedir un café para llevar. No tiene tiempo para desayunar como es debido. Vuelve al Buick, consigue que arranque a la tercera y se pone en marcha hacia el Parque Nacio-

nal Haleakala. Cuando no tiene tanta prisa suele tomar la 36 y luego la 360 rodeando las grandes reservas forestales de la costa norte de la isla de Maui. Aunque la vegetación no es la misma, de alguna manera le recuerda a su tierra, los suburbios de Perth.

No sabe por qué lo hace, porque en realidad no le produce ninguna satisfacción especial recordar sus orígenes. Un padre ausente más abocado al activismo que a su familia, una infancia solitaria en un suburbio pobre y marginado, una adolescencia descontrolada tonteando con bandas y una juventud de orgullo racial implicándose en las absurdas luchas de su padre. Seguramente sea por el placer de recorrer las continuas curvas de la carretera costera, dejando que su mente se pierda y divague unos instantes. Quizás simplemente alguna forma de retorcida penitencia. Pero hoy tomará el camino rápido, la 377 que accede al parque por el centro de la isla. Su recorrido es muy diferente. Enseguida se sumerge en paisajes mucho más secos y abruptos que, de alguna manera, en realidad le atraen mucho más por su belleza. A medida que va ascendiendo hacia la cumbre de Haupa'Akea Peak, el suelo es cada vez más árido. Rodeado de tierras volcánicas, Graham siente esa afinidad que sólo surge cuando te reencuentras con un lugar añorado.

Tras pasar el Centro de Visitantes del Parque, sigue su ascensión para dejar a mano derecha, ya por debajo, la zona de aparcamiento de los visitantes al Observatorio de Haleakala, su destino. A esta hora no hay ningún coche aparcado. Los turistas, habitualmente americanos del continente, suelen llegar hacia media mañana e inundar las instalaciones del observatorio coleccionando selfis. Graham se desvía por Skyline Road y, al llegar a lo más alto, toma la carretera sur que rodea el complejo para detenerse al lado de las dos torres gemelas con las cúpulas de los telescopios Pan-STARRS, separadas por un pequeño edificio de contrachapado blanco, en el que lleva a cabo su doctorado.

Situado a más de 3000 metros de altitud y perteneciente al Instituto de Astronomía de la Universidad de Hawái, el Observatorio de Haleakala es una gran instalación que reúne algunas de las mejores herramientas para estudiar el espacio. Entre ellas destacan, al lado de los telescopios Pan-STARRS, el domo del Observatorio Solar Mees, el Sistema de Rango Láser TLRs-4, que proporciona datos de medición por satélite y láser lunar, el telescopio solar Daniel K. Inouye y el Observatorio de Luz Zodiaca que incluye el coronógrafo

Coronae. Aunque, desde luego, la joya de la corona la constituyen los propios Pan-STARRS. Un par de telescopios de investigación panorámica que rastrean el cielo de forma continuada, detectando objetos de hasta una magnitud aparente de 24 y proporcionando una astrometría y una fotometría precisas.

Actualmente, es la mejor herramienta para detectar un objeto en los confines de nuestro Sistema Solar. O al menos eso es lo que ha tenido que aceptar Graham. El día que la Fundación Geleentheid le concedió la beca que le permitió abandonar Perth y le ofreció una segunda oportunidad, decidió marcarse un objetivo. Y a lo largo de toda su carrera en el MIT siempre había tenido claro cuál sería el objeto de estudio de su doctorado: el Planeta Nueve. Sin presunciones, con objetividad. Las leves perturbaciones en las órbitas de algunos objetos transneptunianos parecían indicar una alta tasa de posibilidad. Su intención era confirmar o refutar la teoría. Y para ello precisaba de más datos. Era necesario localizar muchos más de esos objetos situados en el Cinturón de Kuiper, determinar si sufrían las mismas anomalías y, si era así, por fin, predecir la posición del Planeta Nueve con exactitud.

Su esperanza era contar con el mejor buscador posible. Un telescopio capaz de rastrear hasta los más pequeños objetos. La construcción del Observatorio Vera C. Rubin debería haberse iniciado durante el año 2022 en Cerro Pachón, en el norte de Chile. Graham había empezado sus estudios en el MIT y varios retrasos habían alargado los plazos. Con su título bajo el brazo en 2024, tuvo que rendirse a lo evidente. Una guerra civil en la región había paralizado definitivamente las obras. Tras casi un año de investigación con el Pan-STARRS en Maui, ya lo tenía asumido.

De todas formas, el *software* del Sistema de Procesamiento de Objetos en Movimiento con el que cuenta el equipo de Pan-STARRS es la mejor herramienta disponible para el proyecto de Graham. Por suerte, las cosas ya no se hacen como en el siglo pasado, observando y comparando diferentes instantáneas con un cuentahílos, esperando descubrir el más leve movimiento. La cámara de 1,4 gigapíxeles del PS-1 no sólo es la mejor para detectar objetos cercanos, cometas y asteroides. Durante años se ha revelado como la única capaz para detectar objetos de la órbita interior, centauros, objetos transneptunianos y objetos distantes.

Graham ha diseñado un *software* de alerta basado en el sistema que utiliza el SPOM para la detección de objetos cercanos. El programa original es un pequeño fragmento de código Python que busca eventos que requieren una notificación inmediata o un seguimiento. Cuando detecta un candidato a objeto cercano que se mueve rápidamente, el sistema descarta los posibles asteroides conocidos, crea una alerta que envía un mensaje por Twitter a todos los involucrados en el proyecto y efectúa un seguimiento del objeto. Para su estudio, Graham incluyó algunas variaciones en el *software*. Centró la búsqueda de objetos en los límites del Sistema Solar: el Cinturón de Kuiper, la Nube de Oort y más allá. Para ello se valió de la información obtenida por el proyecto *Dark Energy Survey* (DES), una investigación destinada a realizar un mapeo de la energía oscura en nuestra galaxia. Pero con unos datos muy útiles, cuyo reanálisis ya había permitido el descubrimiento de cientos de objetos transneptunianos. Graham utilizó los ingentes datos del DES para realizar una nueva búsqueda de posibles candidatos. Una vez detectado un objeto en movimiento por el PS-1 y descartados posibles objetos ya conocidos, encargó al sistema una búsqueda comparativa de la misma sección del cielo en fechas anteriores al inicio de su proyecto. Y, a diferencia del Sistema de Alerta de Objetos Cercanos, su *software* sólo envía una notificación a la bandeja de entrada de su correo electrónico. Lo llamó Djinda, «estrella» en noongar, el idioma de su gente. Una de las pocas concesiones que se ha permitido alguna vez a sus raíces aborígenes.

Al programar Djinda era consciente de que esta decisión podría acarrearle problemas. Lo más lógico en cualquier posible descubrimiento es implementar un sistema de notificaciones que incluya a todos los miembros implicados. Sobre todo, a los estamentos superiores. Y, oficialmente, Graham obtenía sus datos del resto de fuentes oficiales del SPOM. Al menos ese era su acuerdo con el Dr. Groenveld, el director de su investigación de doctorado. Su pequeño *software* de alerta era sólo un accesorio más. Además, en realidad su objetivo no era el descubrimiento de objetos transneptunianos. Ni tan solo descubrir el esquivo Planeta Nueve. Su interés consistía exclusivamente en confirmar o refutar una teoría.

En realidad, no había ninguna necesidad de trabajar directamente en las instalaciones de Haleakala. Aunque todo el trabajo de compilación y análisis lo efectuaban los potentes ordenadores de las instalaciones de Pan-STARRS,

los resultados llegaban directamente a su ordenador portátil a través de una aplicación web. Podría realizar su investigación en cualquier pequeño despacho de la Universidad de Hawái. Pero tras visitar las instalaciones al empezar su proyecto, no tardó en solicitar al Dr. Groenveld permiso para trabajar en el pequeño cuartucho del observatorio. Ante su tutor, justificó la idea con la excusa de que la universidad no iba sobrada de espacio. Su pequeño despacho como investigador era compartido con dos doctorandos más que competían constantemente por el poco espacio del cubículo. Pero Graham ocultaba otros motivos. Con su sistema de alerta en mente, no deseaba atraer las miradas curiosas de sus compañeros.

Hace apenas unas semanas que ha completado Djinda, implementando todos los datos del proyecto *Dark Energy Survey* tras extraerlos del repositorio *NOAO Science Archive*. Y en estos días, ya ha podido comprobar su efectividad con la detección de un par de objetos ya conocidos: el transneptuniano 2015 BP519 y el centauro 2007 VL305. Sin cruzarse con ningún técnico, se encierra en su despacho como cada mañana. Tras haber clausurado las cúpulas hace apenas unas horas, la función de los ingenieros de mantenimiento es efectuar la revisión diaria de todo el equipo y asegurarse de que el volcado de datos de la noche se está realizando correctamente. Graham saca su portátil de su raída mochila y lo abre sobre el escritorio. Su rutina diaria comienza con el chequeo de su correo. Tiene tres cuentas de correo electrónico: su cuenta personal, que repasa de vez en cuando, su cuenta de la universidad y una tercera cuenta que abrió para recibir las alertas de Djinda sin que constaran en el circuito universitario.

Nunca revisa su correo personal mientras trabaja en su proyecto. En realidad, pocas veces lo revisa. Le agobia ver en la bandeja de entrada los periódicos mensajes de sus hermanas. Los de Naomi, la mayor, siempre maternos. Los de Amber, la mediana, variando entre el «qué suerte has tenido» y el «qué cabrón has sido por abandonar así a la familia». En ocasiones mezclando los dos argumentos en el mismo correo y terminando con un «te echo de menos» o con un «que te pudras», dependiendo del día, de la fase de la Luna, o de la cantidad de alcohol en sangre.

Su primera tarea del día es siempre revisar la dirección de correo de la universidad. El Dr. Groenveld le recuerda que como es principios de junio sería

conveniente celebrar una reunión para ver el progreso de su trabajo. Le adjunta una cita para dentro de tres días en su despacho. Tendrá que pensar cómo justifica todo el tiempo que ha dedicado al diseño de Djinda y la integración de los datos del *Dark Energy Survey*.

Después dedica unas horas a revisar los diversos análisis del SPOM. Le gusta chequear todas las correlaciones. No es una cuestión de desconfianza en la eficiencia del potente ordenador. Simplemente, le fascinan las largas hileras de datos. Para Graham es agradable comprobar esas extensas listas de números correlacionados, esperando sentir en el fondo del cerebro un clic.

Tras pasar unas horas con la mente absorbida por los datos del SPOM, sale de su despacho para comprar un sándwich de la máquina de la entrada. Su comida diaria. Después revisa el correo dónde únicamente recibe los avisos de Djinda. Es consciente del riesgo que representa. No sólo por saltarse la imprescindible «cadena de mando» universitaria. Además, temerariamente, creó la dirección de correo electrónico en un servidor público. Con las pocas protecciones que puede ofrecer un servicio público. En realidad, no es que el correo de la universidad ofrezca un nivel de seguridad mucho mayor. Pero si se produjera cualquier filtración relacionada con algún descubrimiento de Djinda, el Consejo de la Universidad tendría una excusa fantástica para expulsarlo.

De todas formas, no es algo que a Graham le preocupe excesivamente. Diseñó las alertas de Djinda a su correo como falsas notificaciones de un servicio de citas en línea. Cuando detecta un objeto interesante, le envía un *match* con una posible cita. Si el sistema ha identificado el candidato en alguna de las listas de objetos conocidos, el mensaje del correo es del tipo «Rose disfrutó mucho de vuestra cita. Te ha valorado con un YY % y le gustaría volver a salir contigo». Donde Rose es un nombre femenino generado aleatoriamente e YY es el porcentaje de fiabilidad de identificación del objeto. Si Djinda no ha identificado el objeto, el correo que recibiría Graham diría «Dory ha visto tu perfil y le encantaría conocerte. Vuestro índice de compatibilidad es muy alto. ¿Quieres ver su perfil?». Y adjuntaría una redirección al enlace del portal web del SPOM con los análisis del descubrimiento.

En cuanto Graham accede al servidor web de su correo, en la bandeja de entrada destaca un solo mensaje con el título «Milana ha visto tu Perfil». Du-

rante unos instantes, el joven se queda absorto leyendo en bucle una y otra vez el título del mensaje. ¡Por fin un avance! Un hormigueo recorre todo su cuerpo. ¡El primer objeto desconocido!

Antes de abrir el correo, se detiene un momento a escuchar con atención. Parece que no hay nadie más en el edificio. Por precaución, se levanta y sale de su despacho a cerciorarse de que realmente está solo. Más tranquilo, vuelve a la pantalla de su portátil. Aún emocionado abre el correo. «Milana ha visto tu perfil y le encantaría conocerte. Vuestro índice de compatibilidad es muy alto. ¿Quieres ver su perfil?». Antes de clicar en el enlace, se gira para escuchar de nuevo. Sigue solo. Así que abre el enlace al portal del SPOM. Enseguida accede a la ficha del objeto analizado.

Los resultados son sorprendentes. La fotometría muestra un tenue punto brillante cuyo movimiento se ha confirmado a lo largo de varios días y que se ha podido rastrear en los datos del DES. La astrometría es, simplemente, espectacular. Dedicar un par de horas a realizar las comprobaciones pertinentes y repasar todos los datos. Finalmente, tras haberse asegurado de que no se trata de un error, decide enviar un correo electrónico a su tutor.

De: Graham Isaacs graham.isaacs@hawaii.edu

A: Archibald Groenveld archibald.groenveld@hawaii.edu

Asunto: URGENTE!!! Cambio fecha reunión – Descubrimiento objeto interestelar

Dr. Groenveld:

Considerando los datos analizados del SPOM que le adjunto en el enlace al final de este correo, creo que deberíamos adelantar la reunión que teníamos programada para el próximo miércoles 11 de junio por la tarde.

Como verá, el objeto 3I/2025 se encuentra a 3,88 UA con una elongación solar de 38°. Tiene una órbita altamente hiperbólica con una excentricidad orbital de $2,955 \pm 0,001$ y una velocidad orbital media de $31,28 \pm 0,01$ km/s. Indicativos evidentes de su origen interestelar. A diferencia de los objetos 1I/

Oummuamua y 2I/Borisov, no me ha sido necesario esperar dos semanas de observaciones para obtener estos datos. Tampoco me ha sido necesario contrastarlo con observaciones *precovery* del *Catalina Sky Survey*. Para su detección he contado con el mapeo del *Dark Energy Survey* con lo que he obtenido suficiente información para establecer los parámetros diferenciales. En el análisis del SPOM podrá ver todos los datos, sus fuentes y los resultados obtenidos.

Por cierto, como descubridor «oficial» no espero ningún mérito. De hecho, este objeto no tiene ningún interés para mis investigaciones. Tan sólo he pensado que lo único justo sería otorgarme el honor de adjudicarle el nombre, que, por supuesto, estoy dispuesto a consensuar con usted. Pero seguro que también lo encontrará adecuado. Siguiendo la tradición del primer objeto interestelar descubierto por esta institución, Oummuamua, he pensado en una palabra hawaiana. ¿Qué le parece Kuewa? Significa vagabundo. Muy apropiado, ¿no cree?

Por último, quería hacer hincapié en unos datos que me preocupan un poco y que quizás sí precisarían ser contrastados. Me refiero a la órbita calculada por el módulo de detección de órbita IOD. Aunque se ha demostrado la fiabilidad del paquete Orbfite, éste se basa en muy pocas lecturas y, en este caso, dispersas en el tiempo. Una segunda lectura con un seguimiento continuo durante las próximas semanas a buen seguro confirmaría o descartaría la órbita prevista para el objeto 3I/Kuewa.

Así mismo le informo de que ya he transmitido aviso a la central de NEOCP para el seguimiento de objetos cercanos. Y he enviado una petición al telescopio William Herschel para un análisis espectrográfico.

A las seis de la tarde del día nueve de junio del año 2025, el día del descubrimiento de Kuewa, Graham recibe una llamada en su móvil del Dr. Groeneweld. El joven astrofísico lleva unas horas haciendo cálculos orbitales. El módulo de detección de órbita IOD del SMOP cuenta con el *software* de Dinámica del Sistema Solar del *Jet Propulsion Laboratory*, una herramienta que calcula las efemérides de asteroides y se utiliza para corrección de órbitas diferenciales. Es el caballo de batalla en la guía de misiones espaciales hacia asteroides y cometas, y en la evaluación de las probabilidades de impacto de los objetos

cercanos. Por lo tanto, es considerada la mejor herramienta para determinar la órbita de un objeto en nuestro sistema. De hecho, al conjunto del IOD, el paquete Orbit y el software SSD del JPL se le otorga un 100 % de eficiencia para todos los objetos del Sistema Solar. Pero es cierto que, en algunas ocasiones se han detectado ciertas configuraciones geométricas que han conducido a convergencias de órbitas incorrectas. Éste podría ser un caso. Y, en realidad, cuantos más datos se tengan para introducir en el sistema, más aumentará su fiabilidad.

– Le felicito, Isaacs, por su descubrimiento –es la primera frase que escucha nada más descolgar la llamada. Inesperadamente, su tutor se encuentra de un humor excelente–. Y olvídense de todas esas tonterías de no aceptar el mérito. Usted ha realizado todo el trabajo. No pretenderá que me lo adjudique yo y todo el mundo piense que ahora me dedico a analizar reportes diarios del PS1, ¿verdad? –se ríe de su propia broma–. Además, he de decirle que valoro muy positivamente su iniciativa y que me ha parecido muy ingeniosa la integración de datos del mapeo del *Dark Energy Survey*. Tiene que explicarme con más detalle toda la idea. Aunque hubiera preferido que me informara de ello cuando hablamos de su proyecto –leve pausa en la que a Graham aún no le da tiempo a decir nada–. De todas formas, en estos momentos lo que importa es que está dando resultados.

– Muchas gracias Dr. Groenveld. Sobre el tema de la órbita...

– Sí, sobre ese tema –le interrumpe Groenveld–, ya he enviado una solicitud de datos en las coordenadas del objeto al *Catalina Sky Survey*. En cuanto tengamos más información, podremos realizar unos cálculos más afinados. Por el momento no se preocupe, Isaacs.

– ¡Perfecto!

– También he pedido a la ESO unas horas con el VLT de Cerro Paranal para conseguir algunas imágenes y he pedido acceso al Hubble y al James Webb –le interrumpe de nuevo–. Y ¿supongo que no se lo habrá comunicado a nadie, verdad Isaacs? A partir de ahora se encarga de todo el Departamento de Prensa de la Universidad. Le espero mañana a las nueve en mi despacho. Por cierto, me encanta el nombre que ha elegido. Le felicito de nuevo.

Dos semanas después del gran descubrimiento, Graham se encuentra en la oficina del Dr. Groenveld, molesto con el mundo, esperando para una enésima reunión. La universidad y el observatorio anunciaron su descubrimiento, presentándolo como una gran hazaña y exponiéndolo como un héroe de la ciencia.

Como es una celebridad no ha tenido que esperar y la asistente del doctor le ha hecho pasar a su despacho con admiración. Desconoce el motivo del encuentro. Supone que será para preparar alguna entrevista con algún medio importante. En el mejor de los casos, quizás hayan llegado datos de algunas de las fuentes externas que estaban esperando. Sería estupendo que le dejaran trabajar un poco.

Mientras Graham sigue inmerso en sus cavilaciones, el Dr. Groenveld llega por fin a su despacho. Es un escocés corpulento, de enmarañada melena pelirroja y piel rojiza, no se sabe si por el exceso de sol o por la hipertensión, que destaca en un apretado traje de lino blanco. Su rostro, en estos días alegre, incluso jocoso, se muestra hoy preocupado. Por ese motivo, seguramente, llega acompañado de dos personas más. El que inicia la llegada al despacho, el rector Wheelwright, al que Graham ha tenido la oportunidad de conocer recientemente, un hombre maduro y cano, vestido con un traje oscuro. Cerrando la comitiva, la delegada de prensa de la universidad Gay Gale, una joven menuda y amable con la que Graham ha tenido mucho contacto últimamente.

El joven descubridor, ahora algo confundido, se levanta para saludar educadamente. El Dr. Groenveld cede al rector el sillón tras su gran mesa de escritorio, mientras los demás toman asiento en tres sillas. El despacho del tutor es amplio y cuenta con aire acondicionado, pero se respira una cierta tensión.

– Bien, hijo, tenemos un problema y queremos que sea absolutamente sincero con nosotros –comienza la conversación el rector dirigiéndose a Graham con total seriedad. Para hablar ha adelantado el cuerpo, ha juntado las manos y le mira fijamente a los ojos–. Al parecer se ha producido una filtración.

– ¿Una filtración? –balbucea Graham casi tartamudeando–. ¿A qué clase de filtración se refiere? Yo sólo he hablado con los medios que ustedes me han indicado y siempre me he ceñido al guion que me dieron. No he explicado

nunca ni nada más ni nada menos –siente cómo va perdiendo el control de la situación y aflora el chaval de suburbio.

– Isaacs, mire esto, por favor –el Dr. Groenveld hace un gesto a la delegada de prensa. Ésta abre su maletín y de su interior saca un portátil. Lo enciende, accede a Twitter, entra en la cuenta de la universidad, y desde allí busca un hilo de un usuario llamado HackleyQueen. Su imagen de perfil es la cara del personaje de Harley Quinn, la eterna villana de Batman, difuminada en blanco y negro con una sonrisa retorcida. Le pasa el ordenador a Graham para que lea el hilo.

El joven lee con atención. El primer mensaje del hilo, hace apenas unas horas, anuncia que está previsto que el objeto 3I/Kuwa impacte con la Tierra en 7 meses. Un enlace en el mismo tweet redirige a una página de descarga de archivos que permite visualizar pantallazos de los análisis del objeto en el SPOM. En otro de los mensajes del hilo se adjunta un enlace para descargarse directamente los datos. Entre ellos están los datos analizados por el módulo de detección de órbita IOD. En tweets posteriores se añaden interpretaciones de estos datos efectuadas por astrofísicos de diversas universidades. Todos ellos concluyen que existe una muy alta posibilidad de que el objeto Kuwa impacte con la Tierra. El resto de los mensajes del hilo es simple diatriba quejándose de la ocultación de información por la Universidad de Hawái y haciendo apología de la libertad de conocimiento. El joven se ha quedado mudo.

–¿Entiende que esta información sólo puede haber salido de un sitio, hijo? –le reprende el rector–. ¿Y que esto es muy serio? Crear este tipo de alarma sin haberlo confirmado podría...

– Deben estar ustedes de broma, ¿verdad? –le corta Graham, tajante, mientras se arremanga la impoluta camisa *beige*, dejando ver por primera vez sus tatuajes tribales–. Cuando dice que sólo puede haber salido de un sitio, ¿a qué se refiere exactamente? ¿A qué yo he filtrado esa información directamente? ¿O que me la han *hackeado* a mí? Pues vayamos por partes –el joven sigue su defensa de pie, apoyado con los dos brazos sobre la mesa, mirando fijamente al rector y alzando cada vez más la voz–. Si la he filtrado yo, ¿qué narices se supone que gano con ello? Hasta hora, siguiendo su juego, lo único que he conseguido es perder el tiempo haciendo el payaso alejado de mis

investigaciones. ¿Qué gano? ¿Dinero por filtrarlo? La Fundación Geleentheid no sólo satisface todas mis necesidades, sino que me ha propuesto que, si no estoy satisfecho aquí, me busque otra universidad y que ellos pagarán el alquiler del tiempo del PS1. ¿O piensan que quizás sólo pueden hackearme a mí? ¿Cuántos correos deben de haber enviado ustedes enlazando los datos del SPOM? ¿Y cuántos correos deben de haber enviado el JPL, el *Catalina Sky Survey*, el personal del Hubbel, el del James Webb y entre ellos? ¿O se creen que su ciberseguridad es infalible? ¿O acaso se creen que la tienen? Miren, a mí esto me parece una nimiedad absurda. Lo cierto es que parece que Kuewa va a impactar con la Tierra y lo que sí es importante es poder confirmarlo o descartarlo lo antes posible. La cuestión, la verdadera cuestión importante es: ¿han llegado ya los datos del *Catalina Sky Survey*?

El Dr. Groenveld no puede evitar que se le escape una sonrisa involuntaria.

Aunque ya no tenía ninguna importancia la excusa de la privacidad y le habían ofrecido un despacho particular en las instalaciones de la universidad, Graham seguía prefiriendo trabajar en su pequeño cubículo del observatorio. Al final, resultaba que el encanto de todo eso estribaba en el paisaje. Tras el pequeño intercambio de impresiones con el rector, esa misma noche el joven astrofísico disponía de los nuevos datos del *Catalina Sky Survey*. También tenía la espectrografía del William Herschel. Su telescopio de 4,2 metros indicaba que Kuewa mostraba un espectro al rojo como los objetos del cinturón de Kuiper. La tarea de esta noche iba a consistir en integrar los datos del *Catalina* con el resto de los datos orbitales de Kuewa.

Situado en las Montañas Santa Catalina, cerca de Tucson en Arizona, el *Catalina Sky Survey* es un conjunto de tres telescopios formado por dos telescopios en la cima del Monte Lemmon, uno principal de 1,5 metros y uno de seguimiento de 1 metro, y un telescopio Schmidt de 68 cm cerca del Monte Bigelow. Con una fiabilidad del 90 % es el mejor observatorio en la detección de objetos cercanos de más de un kilómetro. Los datos del CSS aportaban cuatro observaciones *precovery* del Kuewa en fechas anteriores al 9 de junio. Graham introdujo los datos en el SPOM, pero también estuvo realizando sus propios cálculos durante horas. Salía el Sol entre las cumbres de Haleakala cuando Graham enviaba un correo decisivo a su tutor.

De: Graham Isaacs graham.isaacs@hawaii.edu

A: Archibald Groenveld archibald.groenveld@hawaii.edu

Asunto: URGENTE!!! Datos sobre la órbita de 3I/2025

Dr. Groenveld:

Tras la integración de los datos *precovery* de CSS le informo de los resultados finales respecto a la órbita del objeto 3I/2025. Atendiendo a los datos de astrometría actuales, Kuewa impactará con la Tierra el 13 de enero de 2026. En el informe adjunto le detallo los cálculos y los resultados exactos. Así mismo, le adjunto el análisis efectuado por el SPOM y los cálculos que he realizado yo mismo.

También he realizado una extrapolación inversa de la órbita del objeto para determinar su origen. Estos cálculos los he realizado yo mismo. No se los adjunto en este correo. Es un tema que me gustaría tratar con usted en persona.

PD.: Por cierto, si nuestro sistema está *hackeado*, la información del SPOM posiblemente no tarde en ser pública.

PPD.: ¿Tiene usted familia?

Desde que salió del despacho de Groenveld, Graham no había vuelto a subirse las mangas de la camisa. Tras enviar el correo, sale del edificio del Pan-SATRRS a ver la salida del Sol. Se quita la camisa, y los primeros rayos iluminan su piel dándole un aspecto dorado y haciendo brillar los tatuajes. A pesar del frío, cierra los ojos para sentir el calor del sol en el cuerpo. El joven extiende los brazos saludando al nuevo día.

Una hora después, tras pasar por casa, se encuentra en la arena de Kanaha Beach sentado en su tabla de surf. Creía que las olas le despejarían la mente. Pero al llegar a la playa ha descubierto que lo único que le apetecía era mecerse mirando el mar. Se siente abrumado por los acontecimientos. Desde luego no va a pasar a la historia como el descubridor del fin del mundo. Porque no va a haber más historia. Bueno, aunque quizás sea adelantarse a los acontecimientos. Aún no se sabe nada definitivo del objeto, de su potencial destructor. Ese será el día de desesperarse.

Aún ensimismado, gira la vista hacia las cumbres de Haleakala. Extrañas, pero cercanas a la vez; como es habitual, su visión le tranquiliza. Está cansado. Se irá a casa a intentar dormir unas horas. De regreso en el Buick, ve que tiene un mensaje del Dr. Groenveld en el móvil. Ha visto su correo y ha cogido un helicóptero para venir a verlo de inmediato. En media hora estará en Maui. El Aeropuerto de Kahului está justo detrás de la playa. Recoge a su tutor en las oficinas de Helicópteros Maverick y deciden ir con su viejo automóvil hasta el observatorio.

Groenveld no está muy hablador. Ha adornado su clásico traje de lino blanco con un sombrero a juego, pero el sol y el calor siguen haciendo estragos con su cuerpo. El Buick no tiene aire acondicionado y el poco aire que corre por las ventanas abiertas no ayuda. De vez en cuando saca un pañuelo para secarse el sudor. Pero más allá de ese gesto, no parece interesado en iniciar una conversación. Graham tampoco se siente con ánimos de una charla banal. El sueño acumulado y el honor de cargar con el mérito de ser el descubridor del fin del mundo no le animan.

—No he repasado todos los cálculos con tranquilidad, pero he visto que usted coincide con los resultados del SPOM. Y confío en sus datos Isaacs —dice Groenveld al sentarse en el cubículo del joven astrofísico ante una taza de té, ya con el aire acondicionado.

—Esta tarde los repetiré, pero creo que ya sabemos los resultados —conviene Graham hastiado con un gesto de hombros.

—Cuénteme el resto —su ánimo no es mejor que el del joven.

—Sí, es sobre el origen de Kuwera. He preferido no enviárselo por correo electrónico ni utilizar el sistema del SPOM para realizar el análisis, para evitar filtraciones. De hecho, simplemente empecé los cálculos por curiosidad. Pero ya le digo que no los he contrastado con el *software* por lo del *hacking* —Groenveld asiente—. Pues bien —continúa el joven—, he determinado el origen del objeto. Es la estrella de Kapteyn, en un punto a una distancia de 1,966 pársecs, lo que estaría dentro de una posible Nube de Oort y la velocidad de partida es de 267,73 km/s. El objeto partió de allí hace 13.000 años.

—¿Y qué tiene esa estrella de especial?

–Se trata de una estrella subenana roja del tipo espectral sdM1V con una temperatura efectiva de 3570. Orbita la galaxia de forma retrógrada con el segundo movimiento más alto tras la estrella de Barnard y, lo más destacable hasta hoy era que con una masa de 0,274 masas solares exhibía una metalicidad muy baja. Un M/H de -0,86, equivalente al 14 % del Sol, y un escaso contenido relativo de elementos como hierro y titanio. Es decir, es la estrella del halo galáctico más cercana a nosotros. Alejada del plano galáctico, concentrada con sus compañeras en el núcleo, pero con una órbita muy excéntrica. Formada en una época o en una región en la que hubo muy pocas supernovas. La teoría dice que probablemente se formara en una galaxia enana absorbida por la Vía Láctea.

»En el 2014 se descubrieron dos planetas de baja masa en el sistema: Kapteyn b y Kapteyn c. De hecho, Kapteyn b sería el planeta habitable más antiguo conocido. Pero todo esto no es lo interesante de esta historia. La estrella de Kapteyn tiene un papel relevante en otra historia. En la del objeto 2I/ Borisov.

»El mejor estudio sobre el origen del cometa Borisov, el segundo objeto interestelar que cruzó nuestro Sistema Solar, determinó que su origen se encontraba en el sistema binario Kruger 60. Se supone que el cometa partió de Kruger 60, a 12,7 años luz de distancia hace un millón de años. Y que, tras un periplo rocambolesco a través de varios sistemas, el último que visitó antes de llegar a nuestro Sistema Solar fue la estrella de Kapteyn. Situada a 12,8 años luz, pasó por allí hace 13.000 años en un punto situado a 1,965 pársecs con una velocidad relativa de 267,75 km/s. Muchas coincidencias, ¿no cree doctor?

– ¿Pero usted descarta un origen más allá de Kapteyn para el objeto Kuewa, Isaacs? ¿Con esa velocidad relativa? –inquire Groenveld.

– Dybczynski, Królikowska y Wysoczanska, en su análisis de la trayectoria del cometa Borisov estuvieron extrapolando inversamente los resultados hasta encontrar un sistema en el cual la velocidad relativa se acercara a la esperada para el comportamiento de un cometa. Es decir, suponiendo que Borisov era un cometa, siguieron buscando hacia atrás hasta encontrar un sistema en el cual su velocidad radial y su distancia a la estrella concordaran con ese comportamiento. Y no lo hallaron hasta dar con Kruger 60 que arrojaba unos datos

de 3418 km/s a una distancia de 1,970 pársecs, lo esperado para un objeto orbitando en una Nube de Oort.

»En cambio, –continúa Graham, ahora con más pasión–, la espectrografía del telescopio William Herschel indica que Kuewa muestra el mismo espectro al rojo de los objetos del cinturón de Kuiper. Al parecer no se trata de un objeto cometario. Ciertamente, aún necesitamos más datos sobre su composición, su densidad, etc. –conviene el joven–, pero con los datos que tenemos en la mesa ¿por qué buscar el origen de un cometa? Además, con los pocos datos orbitales que tenemos, la única trayectoria con un alto porcentaje de fiabilidad es la que lleva hasta la estrella de Kapteyn; pero a partir de ahí la variabilidad se dispara y la fiabilidad desciende a porcentajes abismales. De hecho, podríamos predecir varios cientos de posibles orígenes para Kuewa hasta encontrar uno que se ciñera a los resultados que más nos satisficieran.

–Le entiendo. Luego repasaré sus cálculos, pero asumo que serán correctos –asiente Groenveld–. Por lo tanto, según su hipótesis, ¿ambos objetos tienen su origen en la estrella Kapteyn? –dice pensativo–. Cuando publiquemos esto van a decir que alguien ha jugado a hacer puntería con nosotros.–Sonríe con tristeza.

–Por cierto, ¿ha podido leer todo el informe del William Herschel?

–¿Se refiere al tamaño del objeto? –Además del informe espectrográfico, el análisis del telescopio William Herschel aporta otros datos sobre el objeto estudiado, como el albedo geométrico y su magnitud. Con ellos se calcula su diámetro. El análisis determina que Kuewa tiene un diámetro de 215 km–. Sí, lo he visto. Voy a hablar con el rector para que se informe al gobernador y al presidente antes de que publiquemos oficialmente todo. Los fines del mundo llevan mucha burocracia.

Esa misma noche, después de muchos meses sin hablar, Graham llamaba por teléfono a su hermana Amber.

Azarquiel

Carmen Ordóñez Fernández

Azarquiel

Carmen Ordóñez Fernández

I

—*¡Fi aman illa Allah maik, Tulaytulah!* (¡Adiós, Toledo!).

Han pasado más de cuarenta años y, con una profunda aflicción, me despedido de ésta mi amada ciudad. Lo hago desde el mismo lugar y de la misma forma que cuando llegué, rezando. Los recuerdos de aquel día, solo vívidos en mí por las palabras de mi padre, contaban cómo al entrar en el que sería nuestro nuevo hogar, bajamos por estos mismos diez peldaños y entramos en esta pequeña mezquita que decían era una copia de la gran mezquita Aljama de mi ciudad de nacimiento, Córdoba. Con los ojos llorosos, pero con el corazón lleno de ilusiones, entonamos una plegaria de agradecimiento.

La Córdoba del año de 1029 había dejado de resplandecer. La principal ciudad de Occidente, la joya de al-Andalus, comparable tan solo con Bagdad, se apagaba. Las luchas entre bandos rivales, los asesinatos, los robos, los saqueos y las revueltas hacían de la antigua ciudad del Califato un lugar peligroso, y sus habitantes huían apresuradamente, buscando mejor fortuna.

La antigua capital del reino visigodo estaba situada sobre una colina, rodeada un río, que sus antiguos moradores llamaban Tagus, que como si de un amante se tratase, la abrazaba y protegía. Esta gran urbe era la de las llamadas gentes del libro, judíos, cristianos y nosotros, los musulmanes. La convivencia

no siempre deseada, era posible porque todos sabíamos de nuestros derechos, pero sobre todo de nuestras obligaciones.

La casa en la que nos instalamos era muy pequeña, pero tenía un gran patio donde mi padre instaló la fragua. Estaba muy cerca de la mezquita principal, y allí la ciudad bullía, desde las primeras horas del día el trasiego de cientos de almas era constante, una mezcla incesante de ruidos, colores y olores que me inquietaba y atraía en igual medida.

No pasó mucho tiempo hasta que mi padre fuera reconocido como el mejor forjador de hierro y metales que tenía la ciudad. Sus mejores clientes eran los sabios judíos y musulmanes, para los que confeccionaba extraños artilugios, los necesarios para descifrar los enigmas del saber.

Yo vivía pegado a él y, del mismo modo que la leña alimentaba la fragua, me alimentaba de sus conocimientos, analizaba los sutiles movimientos de sus hábiles manos; las manos del *qurtubi*, el zarco, como era conocido mi padre, y yo su hijo, también de ojos de un azul intenso, era el joven Azarquiel.

En poco tiempo, pero con mucho trabajo y tenacidad, yo también fui alcanzando notoriedad. Era conocida mi destreza manipulando metales, pero sobre todo mis vecinos quedaban impresionados por mi ingenio natural, pues no tenía más aprendizaje que el ver a mi progenitor.

II

Ya había cumplido los diecisiete años, cuando el caíd Ibn Said al-Andalusí, justicia en el reino y apasionado de las todas las ciencias, me tomó bajo su protección, introduciéndome en el estudio de los antiguos sabios. Mi preceptor admiraba profundamente a Aristóteles, y consideraba su obra *Lógica* como pilar básico del conocimiento humano. Yo me empapé de ella, aprendí la gramática de Sibawayhi y me dediqué ansiosamente a la observación de los astros. De este metódico proceso surgió lo que desde entonces soy, un humilde e incansable perseguidor de nuevos horizontes, con los que descubrir la inmensidad del Cosmos.

Había dejado la casa de mis padres y vivía en la opulenta corte del gran señor de la Taifa de Toledo Yahyà al-Ma'mun, rodeado de sabios y hombres de letras, que acudían de todas partes, atraídos por una efervescencia creativa sin límites, que añadía más y más conocimientos a los que ya existían y yo, Abu Is-haq Ibrahim Ibn Yahya, Azarquiel, estaba allí, abriendo los secretos del saber a futuras generaciones. La relevancia política y cultural de Toledo era solo comparable con la de Sevilla y con la que en su tiempo tuvo Córdoba.

Consciente de la necesidad de tener instrumentos más precisos y ligeros, que nos ayudaran en nuestros cálculos, di rienda suelta a mi inventiva y perfeccioné el antiguo instrumento que conocíamos como astrolabio. En vez de una, tenía dos proyecciones meridianas, una para cada mitad de la esfera y en ella, los planos fundamentales: el ecuador, la eclíptica y los horizontes quedaban representados por líneas rectas. Estaba hecho de engranajes móviles, que seguían un esquema concreto: el caballito; la araña; una única lámina universal, que sustituía a las cinco anteriores, y que podía usarse en cualquier lugar de la Tierra; un suspensorio; la madre; la alidada y el eje de rotación. Lo llamé *azafea* y permitía calcular la posición del sol y de las estrellas, además de medir alturas y distancias, y saber con precisión la hora.

La noticia de mi creación llegó hasta Oriente. Sus sabios quedaron maravillados de mi nueva herramienta, y del avance que suponía. Se había invertido el camino del conocimiento, ahora Occidente enseñaba a Oriente. Mientras, en Toledo surgieron voces que me acusaban de pactos extraños de los que manaban mis increíbles dones.

III

No tardé mucho tiempo en averiguar de dónde venían aquellos infundios maliciosos. ¡Abu Muhammad al-Waqqasí! Él era el causante. Abu era algo mayor que yo y pertenecía a una familia de ilustres personajes de la cultura toledana. Engreído y fanfarrón, carecía de la humildad y la honestidad con la que hay que aproximarse al conocimiento. No acierto a comprender cómo Ibn Said lo escogió para que formara parte de su grupo de estudio; pienso que

quizá fueron más los méritos de sus familiares que los suyos propios los que lograron que mi prudente y sabio maestro lo eligiera.

Trabajábamos en el conocimiento de los cielos y, como quería Ibn Said, mirábamos el infinito azul, luego meditábamos lo observado en nuestro interior y lo transformábamos en saber. Formábamos un equipo muy numeroso, muchos de ellos habían sido discípulos de mi admirado Maslama al-Mayriti, el gran maestro de astronomía, alquimia, astrología y matemáticas. Poseían el esfuerzo y consagración al trabajo heredados de su primer instructor.

Aunque Al-Waqqasí miraba con desprecio a todos los que trabajábamos con él, tenía una extraña antipatía hacia mí y hacia mi gran amigo, Eleazar. Reconozco que él tampoco me inspiraba confianza, parecía tener más interés por medrar en la corte que por aportar algo de valor a la ciencia, y confieso que lo que al principio era indiferencia, con el paso de los años se convirtió en desprecio, y la animadversión se volvió mutua. No lo quería junto a mí, pero sabía que a mis espaldas tenía un continuo peligro.

Con el mismo afán y la misma ilusión proseguía con mis mediciones todos los días sin faltar uno solo. Al levantarme, sentía el mismo asombro infantil al comprobar cómo la luz cálida del Sol penetraba en mi habitación por la misma ventana por la que durante la noche lo hacía la luz de la cambiante Luna.

A mi lado, siempre mi incondicional amigo Eleazar, y Martín, nuestro fiel sirviente, que me había acompañado cuando abandoné mi hogar.

Eleazar había sido la primera elección del caíd. Judío, hijo del médico de Al-Ma'mun, Ishai Haim, había sido sabiamente instruido por el galeno. Tenía la nariz grande y aguileña, propia de su origen hebreo, sus ojos eran pequeñitos pero muy sagaces, era de cuerpo menudo, leal y honesto. Disfrutaba tanto los grandes, como los pequeños logros y, sobre todo, yo admiraba lo concienzudo que era y la manera en que los hijos de Jehová vivían, adaptándose a la tierra y a la cultura del lugar que en cada momento habitan, sin tener el más mínimo deseo de dominar a los demás.

IV

Tras veinticinco largos años dedicados a la observación minuciosa del universo, conociendo todos los cuerpos celestes y estudiando sus movimientos, comprobé que existían diferencias entre las posiciones calculadas por los sabios antiguos: Hiparco, Ptolomeo y sus seguidores, que basaban sus mediciones en el movimiento constante de las estrellas; mientras que las que yo hacía tenían en cuenta los movimientos de avance y de retroceso que se producían en algunas de ellas. Mis cálculos presentaban mayor exactitud.

A pesar de ello, me guardé mucho de expresar duda alguna sobre la validez del sistema ptolemaico, pues hacerlo era cosa muy peligrosa. En la corte existían personajes muy poderosos, los ulemas, poco amigos de cuestionar lo establecido y apoyar cambios. Abu Muhammad los conocía bien y los utilizaba. Había conseguido pagar voluntades, chantajear, corromper, seducir, era un gran adulator que se movía como pez en el agua entre los más intrigantes de la corte.

A estos se les unirían otros que, llenos de envidia, vieron cómo el rey me había tomado grande estima, y gustaba de mi compañía y de mis consejos, más o menos acertados, pero siempre cargados de verdad. Estaba a punto de acabar el año de 1069 cuando al-Ma'mun me hizo una petición:

—¡Quiero que el mundo posea las más exactas tablas astronómicas, que sean hechas aquí en Toledo y que seas tú su artífice! —esto me decían sus palabras, y su mirada, que no se me ocurriera rechazarlas.

En ellas empleé todos los conocimientos atesorados durante aquellos años. Junto a un nutrido grupo de astrónomos, nos entregamos plenamente a la tarea, inspirados por los trabajos de los sabios orientales Ibn Qurra, al-Battaní y al-Juarizmí. Las tablas son mis hijas más queridas, las que no tuve de carne y hueso, porque nunca tuve tiempo para otra cosa que no fuera el conocimiento. Son mi gran orgullo, porque hacen mucho y buen servicio, no sólo para el mejor conocimiento de la posición de los cuerpos celestes, sino también para la orientación en los peligrosos mares y en todas las tierras, las más cercanas y las más lejanas.

V

Las ambiciones expansionistas de mi soberano eran cada vez mayores y a la vez, menos exitosas. El enfrentamiento con la taifa de Sevilla por la ciudad de Córdoba era desde siempre una preocupación en la mente del soberano. Ambicionaba poseer la ciudad que otrora fuera capital del mundo.

En febrero del año de 1075, el monarca toledano al fin cumplía su deseo, entraba en Córdoba, se sentía como el glorioso Abd al-Rahmán o el poderoso Al-Manzur, vivía un sueño en vida, pero apenas pudo disfrutarlo unos meses, pues en los primeros días del verano, de manera repentina, el que había sido gran señor del reino de Toledo murió. El rumor que se desato por toda la corte era que había sido envenenado por orden de alguien, seguramente más ambicioso y astuto que él.

Con la muerte de al-Ma'mun, Toledo se había quedado sin sultán y yo, sin mi valedor.

Su sucesor, su nieto Ismail ben Yahya al-Qadir, un joven débil de carácter y con escasas luces, tenía como consejero a Abu Muhammad.

Lo comprendí claramente, había llegado la hora de Abu, el momento de su venganza, acabar con el hijo de un simple artesano que brillaba tanto como las estrellas a las que perseguía. Demostrando lo ruin y cobarde que era, no se dirigió de frente contra mí, sino contra Eleazar; sabía que era más confiado que yo y, sobre todo, que me causaría más dolor.

Hacía varias noches que mi querido hermano hebreo no me acompañaba en nuestra rutinaria observación del cielo toledano, y mi preocupación iba en aumento. Antes de que anoheciera y cerraran las puertas de la judería me adentré en el laberíntico juego de calles y fui hasta su casa. Llamé insistentemente, pero nadie contestaba; me preguntaba que podía estar ocurriendo.

Estaba a punto de marcharme cuando observé que, en la diminuta portezuela situada en la parte superior derecha del dintel, la pequeña hoja de cuero labrada con los pasajes del Deuteronomio, al que los judíos llaman *mezuzá*, no estaba. Era muy extraño, por primera vez en mi vida sentí miedo. Un escalofrío

me recorrió el cuerpo, necesitaba escapar de allí, primero despacio, y luego corriendo. Mi corazón empezó a latir con fuerza al comprobar que alguien venía hacia mí. Las estrechas calles, todas oscuras, me desorientaban, seguía corriendo y mi perseguidor detrás. Con un movimiento rápido giré a la derecha, y me encontré en una callejuela sin salida, igual de oscura que las anteriores, pero mucho más pestilente; el intenso olor delataba la recua de mulas que debía estar tras la única puerta que a duras penas conseguí vislumbrar y que intenté abrir. El primer intento fue en vano, volví a zarandearla con mis sudorosas manos, pero nada. El sonido de los pasos delataba la proximidad de mi perseguidor. Cerré los ojos y los puños como en un intento de concentrar toda mi fuerza y, por fin, la puerta cedió y me di de bruces contra un suelo lleno de boñigas.

Allí espere temblando hasta que los pasos dejaron de llegar a mis oídos.

Tres días después encontraron a Eleazar muerto, le habían cortado el cuello. Su sangre había teñido de un rojo intenso las aguas del río. Su mano derecha estaba completamente cerrada, al abrirla encontraron un pequeño trozo de cuero.

Abu siguió tejiendo su tela de araña y todas las sospechas recayeron sobre mí, amañó pruebas y pago a testigos falsos.... Quería acabar conmigo y no pararía hasta conseguirlo.

Hace dos semanas mandé a Martín a Córdoba. Mi más que amigo no había perdido el contacto con sus hermanos de fe y sabía de un hombre santo, un tal Daniel, abad de un cenobio que llaman de San Zoilo, en la serranía cordobesa. Era un monasterio con una gran comunidad y muy alejado de la ciudad, casi escondido en el monte, un lugar ideal para desaparecer por un tiempo. Hacía allí parto, desde este, mi último lugar en Toledo, imploro a Alá que me proteja, pues tengo que vivir mucho más para poder seguir amando y sirviendo a la ciencia.

Una selección de apasionantes historias que suceden en los más diversos espacios físicos y temporales, y en las que las ciencias geográficas son protagonistas.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES, MOVILIDAD
Y AGENDA URBANA

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL

